Seix Barral

Rosario Villajos

Cortarse el cabello



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

MI PRIMER CADÁVER

UN RETRATO CON LOS OJOS CERRADOS

CAMINA DE NOCHE

GRIS AZULADO

NO TE GUSTAN LOS BEBÉS

VIVIR EL MOMENTO

FANTASMA VICTORIANO

EL HOMBRE DE AZUL CLARO

SÍNDROME DE EURÍDICE

AVE

LETRAS EN EL PALADAR

VAMPIROS EN EL TITANIC

DE MIERDA Y CHOCOLATE

EL BUEY DESOLLADO

COMO EN UN RESORT

LOS SUEÑOS, LOS DUEÑOS

CORTARSE EL CABELLO

UN TELAR DE HISTORIAS (EPÍLOGO)

AGRADECIMIENTOS

Créditos

CORTARSE EL CABELLO

Rosario Villajos

Seix Barral

A mi padre, que no leía mis libros
porque me leía los labios

[...] le guardarían luto,
pero no acuchillarían sus brazos
ni se cortarían los cabellos.

DOROTHY M. JOHNSON
«El exilio del guerrero»,
en *Indian Country*

MI PRIMER CADÁVER

Conocí a un hombre que tenía el pelo cubierto de un enjambre de abejas que lo acompañaban a todas partes. Se llamaba Abel Roux, vivía en un camping al sur de Francia y había sido apicultor. Durante tres veranos —la temporada en la que estuve yendo allí a trabajar— lo veía a diario. Al parecer todo el mundo en la región lo conocía. Incluso veraneantes belgas, suizos e italianos acampaban en la zona para ver a este individuo y hacerle una foto a más de seis metros. Como a la mayoría, a mí también me daba miedo acercarme. No es que sea alérgica a las picaduras de abeja, pero ya había probado alguna vez ese veneno y, además de la hinchazón, también me escocía saber que estos bichos morían desgarrados al despojarse drásticamente del aguijón.

No había vídeos virales el agosto que cumplí los diecinueve, así que no tenía noticias de la existencia de ese hombre hasta que empecé a trabajar en el camping. La gente que lo veía por primera vez ponía cara de estar frente a una zarza ardiente, pero yo, viniendo de una ciudad pequeña, pensé que tal vez aquello era habitual en el sur de Francia, de modo que para no resultar una paleta a nadie más que a mí misma, me limité a preguntar a quienes alternaban con él cómo hacía para que no le picaran las abejas. La dueña del camping me dijo que alguna le picaría, pero que ya estaba inmunizado.

Ese primer verano me dediqué a mejorar mi francés y a hacer bien mi trabajo para que volvieran a emplearme el año próximo. Pagaban

poco, pero me parecía mejor que irme con mi familia a la playa. Solo cuando estuve de vuelta en mi ciudad y un amigo me preguntó por aquella experiencia laboral, le hablé de que había descubierto que no todas las abejas mueren cuando pican, que había conocido a un tipo en el camping que se quedaba quieto mientras su agresora daba vueltas sobre sí misma hasta desenroscar el aguijón y liberarse de su víctima. Así al menos lo explicaba ese hombre con la cabeza llena de abejas, que era lo más interesante que había visto por allí.

La mirada incrédula de mi amigo me hizo comprender que debí haber interactuado un poco más con Abel Roux o al menos haberlo observado con detenimiento. Me sentí estúpida, como si hubiera tenido una única ocasión de sonreír en la vida y en lugar de brindársela a un ser querido la hubiera malgastado en un mostrador de atención al cliente.

Por suerte, en primavera recibí un correo electrónico de la dueña del camping para ofrecerme el mismo puesto. Esta vez me dijo que me pagaría más, pues ya contaba con la práctica y con esa imagen de esclava ideal que me había forjado el año anterior. Además, nos saltaríamos la gestión de la empresa de trabajo temporal y cobraría *au black*, en negro. Dada aquella segunda oportunidad, esperé al verano con una ilusión distinta: la promesa de dejar de ser tan dócil, de prestar menos atención a mis obligaciones laborales y exprimir más el verano.

De nuevo en el camping, me sorprendió lo poco que me costó aprender a limpiar con el único afán de ocultar la suciedad y no de poder chupar los grifos de los lavabos; a llevar una lista de la compra al mercado para no entretenerme; a ayudar a varios niños a

la vez con los cuadernos de vacaciones en lugar de atenderlos uno a uno. El resto del tiempo me dediqué a hacer retratos mentales del señor Roux.

Durante el día se le podía ver con un enjambre, como uno de esos gorros altos y peludos que usan los oficiales en Buckingham, coronando su cabeza o revoloteando a su alrededor, componiendo una banda sonora permanente. Siempre adivinabas que el hombre andaba cerca por aquel zumbido. Recuerdo que había que hablarle muy alto, no solo por la distancia de precaución, sino por el estruendo. Hablar es un decir, porque yo, al menos al comienzo de ese segundo verano, apenas intercambié un puñado de palabras con él: si había visto a Lise —la dueña—; si quería que le compráramos cerezas cuando íbamos al mercado; poco más. Y por supuesto no me oía. *«Pajlééé»* o *«plu fooooj»*, me decía, pero mi tono de voz es bajo de por sí y, además, ya venía harta de repetir las cosas en mi propio idioma: mi padre estaba sordo, si hubiera querido gritar, me habría ido con él de veraneo.

Tampoco es que Abel Roux hablara mucho. Al principio pensé que él también estaba sordo porque aquel zumbido debía ser como una rave tan cerca de los oídos, pero el runrún de esa mascota extraordinaria parecía tenerlo encantado. No paraba de preguntarme cómo lo soportaba hasta que una tarde, mientras se bañaba en el arroyo que había cerca del camping, me fijé en que usaba tapones de cera.

Agazapada entre los arbustos de *le bois* —así es como llamaban a aquel sitio los franceses—, otros mirones y yo nos quedábamos embelesados viéndolo adentrarse en el agua y dirigirse hacia la zona con más caudal. Daba la impresión de que aquello era un acto único, como nacer o morir, a pesar de que lo hacía a diario, a la misma hora, en el mismo lugar. Se introducía en el agua despacio, como en

un ritual donde el líquido iba lamiendo cada centímetro de su cuerpo en un orden preciso: tobillos, pantorrillas, muslos, caderas, esternón, clavículas. Al llegar al cuello, el tiempo se doblaba como en una danza *butoh* acompañada del baile de las abejas. Entonces sumergía la cabeza unos segundos, con cuidado, y la nube ruidosa y dorada se quedaba suspendida en el aire o avanzaba hacia donde él se dirigiera hasta que su cabello volvía a asomar. Aquella visión tenía la sincronicidad de unos estorninos en miniatura. Después salía del arroyo con la misma calma y se echaba la siesta a la sombra de los árboles del soto.

Imaginaba que por las noches se acostaría igual que cuando se tendía en la toalla, tumbándose de espaldas sobre la colchoneta con la prudencia de quien no quiere importunar a una serpiente, vértebra a vértebra, dejando la enorme rosca de pelo sobresalir por encima de la ropa que usaba como almohada. Dudaba de si las abejas habrían hecho de ese cabello una cuna donde permanecer en silencio —al menos eso intuía yo, porque desde mi tienda no se oía nada— o si se iban a dormir a otro lado. Lo que sí era seguro es que al amanecer las más madrugadoras lo despertarían como lo hacían de su siesta junto al arroyo: con el cosquilleo de unos pares de patas correteándole por la nariz y las mejillas. Lo sé porque cuando salía de la tienda ya las tenía encima otra vez.

Si veías a Abel Roux con el rostro afligido, se debía a que había aplastado sin querer a alguna abeja. El mal humor se apoderaba de él y no pronunciaba una palabra hasta el día siguiente (si es que no había matado ninguna otra abeja durante la *journée*). Y si alguien se paraba a hacerle una foto lo mandaba a la *merde*. No quería que nadie lo rondara en esos momentos, pero era muy difícil mirar hacia

otro lado cuando veías abejas entrar y salir de su boca mientras se comía una tajada de melón o una nectarina.

Uno de esos días tristes —y no fueron pocos—, en vez de quedarme entre los arbustos, lo esperé en el arroyo, más o menos a la altura de donde cada tarde se metía a bañarse. Lo saludé con un gesto de cejas y nadé unos metros para apartarme tanto de su aspereza como de sus abejas. Después nos quedamos mirándonos fijamente sin decir nada. Desde entonces el encuentro se fue repitiendo algunas tardes del mismo modo.

Poco a poco me fui sintiendo más a gusto en su presencia. También más intrépida: me zambullía y jugaba a pasar entre sus piernas como hacía de pequeña cuando iba a alguna cala de Málaga con mis hermanos. Abel Roux me imitaba, rozando con su enorme moño mis partes más beatas —no era virgen, pero casi—. Luego sumergíamos nuestras cabezas al mismo tiempo. Bajo el agua, borrosos y por tanto más hermosos, nos mirábamos de cerca y entrelazábamos unos segundos nuestros dedos arrugados como papel crepé, antes de que yo siguiera buceando para alejarme y salir a la superficie a salvo de picaduras de sus celosas amigas.

Solo muy ocasionalmente, si a Abel Roux le apetecía apagar esa radio machacona, prendía una fogata. Entonces las abejas se iban con la música a otra parte, él se sacaba los tapones de cera, suspiraba y aspiraba con ganas o, mejor dicho, sin miedo a que un bicho le taponara la nariz, invitaba a los curiosos a cenar junto a su lumbre, y después se iba a dormir como una persona vulgar y corriente. Pero, como fuera, a la mañana siguiente, allí estaban sus abejas de nuevo. No se las quitaba de encima muy a menudo, tal vez cada diez o doce días. Y, además, esas noches casi siempre

acababa en los brazos de la dueña del camping. Eso sí que se oía desde mi tienda. Seguro que ella también estaba inmunizada.

Con ese otro sonido de fondo, yo me abandonaba al sueño después de restregarme con ansia aquellas zonas que habían sido bendecidas en el agua por sus cabellos.

En una de esas ocasiones en las que encendió un fuego, aproveché el hueco que dejaba un chico que se iba a dormir para sentarme a su lado. Nunca lo había tenido tan cerca, ni siquiera bajo el agua. Mi parte derecha y su parte izquierda del cuerpo se tocaban en seco. Yo llevaba pantalones cortos y una buena capa de Autan en las piernas. Él, unos pantalones largos de lino remangados de color marrón claro y una camisa de color hueso que, junto con su barba corta y muy rubia, resaltaba la tez morena a fuerza de vivir en el campo. El blanco de sus ojos era muy blanco y la piel se le veía cuarteada por encima de los pómulos. Calculé por eso que podría tener entre treinta y cinco y sesenta años. Era una de esas personas que durante un instante eran feas y al siguiente las más guapas de todas, como Vincent Cassel o Willem Dafoe en sus mejores tiempos. Su cabello, recogido como siempre en un enorme rodete, desprendía un olor muy agradable y familiar. Inhalé tratando de recordar el tiempo perdido del que procedía y ya estaba a punto de encontrarlo cuando por fin Abel Roux se dignó a hablar.

Nos contó que hacía más de veinte años el camping había sido una comuna hippy y que él, como otros jóvenes, se había dejado largo el cabello pero que, pasada la moda, siguió dejándolo crecer, cortando apenas las puntas. Una mañana se despertó con el pelo tan enmarañado que tuvo que prepararse un ungüento casero para poder desenredarlo.

—Mientras majaba con un mortero, la habitación se llenó de moscas; no olía nada bien. ¿Cómo me iba a poner eso en la cabeza?

—¿Y qué hizo? —le preguntó una joven rubia sentada frente a él.

—Tiré lo que tenía y volví a hacerlo sustituyendo uno de los ingredientes por mimosas.

Al oír esa palabra pude olerlas y casi hasta verlas o, al menos, verme a mí misma con ocho años llevando un ramo de estas flores al altar de la capilla de mi colegio.

—Son mis favoritas —exclamé sin saber si era verdad (aunque desde esa noche lo son).

—¡Ah! Entonces tienes que volver al comienzo de la primavera, que es cuando florecen —respondió mirándome a los ojos—. Podríamos ir a Grasse para que veas las bufandas amarillas.

Les écharpes jaunes, así se refirió a los campos de mimosas. Ese ofrecimiento me hizo sentir como cuando un gato te elige para sentarse encima, solo que aquella noche, era yo la que deseaba sentarse en su cara.

—¿Y desde entonces tiene el pelo lleno de abejas? —preguntó otro campista.

—No, eso comenzó hace apenas tres o cuatro años. Se me posó una reina, atraída seguro por el aroma a flores, y las obreras la siguieron. Supongo que le gusté —dijo sonriendo a la dueña del camping.

Esta se levantó en ese momento devolviéndole el gesto, como si se supiera protagonista de una historia contada mil veces, y nos dio las buenas noches. Al observar esa complicidad sentí unos celos tremendos. No me quedó más remedio que interrumpir sus miradas con una palmada sonora en la pantorrilla: me había picado un mosquito imaginario.

Poco a poco la gente se fue yendo a la cama, pero yo aguanté despierta para poder quedarme a solas con Abel Roux. La chica

rubia, que también parecía optar a ese premio, me guiñó un ojo bostezando antes de retirarse. Abel Roux se lio un porro y me preguntó si me gustaba mi trabajo en el camping. Le dije que era algo temporal.

—Todo es temporal —soltó en un resuello como una bayeta que limpia la mugre de una pasada.

Yo le conté de mis sueños de viajar, de ser artista. Hablé y hablé sin parar —estaba nerviosa— de cine, de libros, de arte, de filosofía, de todo, en un intento de parecer sofisticada a un hombre cuya compañía habitual era un enjambre de abejas. Él asentía con paciencia mientras escuchaba todo eso que, años más tarde, tendría menos importancia que llenar la nevera o poder dormir seguidas ocho horas. Cuando me llegó el turno de hacer preguntas existenciales, acabó diciéndome que las abejas le hacían ser quien era. Y yo, que no le prestaba verdadera atención porque no estaba allí, sino en lo que quería que sucediera después, lo entendí mal.

—¿Quieres decir que forman parte de tu identidad?

—¿Mi identidad?

—Sí, ya sabes: *yo soy el hombre que habla con las abejas*.

—No —me contestó casi enfadado—. Yo no soy nada. ¿Qué es eso de la identidad? Lo que quiero decir es que tenerlas cerca... —dudó unos segundos antes de continuar—, que ese zumbido me ancla al presente.

Parecía tan desilusionado con mi pregunta que hice lo posible por desviar la conversación a algo más liviano, hasta que conseguí hacerle reír diciéndole que era «desanimadora», porque mi labor consistía en agotar a los niños con actividades por la mañana para que dejaran a sus padres tranquilos durante la siesta.

—¿Quién te corta el pelo? —preguntó de repente.

—Yo misma, todos los meses. Mi padre dice que estoy mejor así. —*Mi pidri dici qui istii mijir isí*, me oí repetir en mi cabeza.

—Te queda muy bien —dijo pasándome sus dedos por la nuca.

Cuando noté que se me derretían las piernas, decidí que era un buen momento para irme a la cama. Me levanté y estiré los brazos hacia el cielo estrellado.

—*À demain*, Abel.

—Todo el mundo me llama Roux. Abel me suena raro, aunque dicho por ti, me gusta.

—Me resulta más fácil —dije mientras me alejaba sin mirarlo.

Porque para mí no era Abel sino *Abeille*, la abeja, o también *l'homme abeille*. Era lo mejor que me había pasado en todo el año y deseaba con todas mis fuerzas que se repitiera pronto una ocasión como aquella para poder acercarme de nuevo a él: tocarlo, olerlo, hacer crecer esa sensación en la tripa que recuerda a cuando metes a tu perro en el coche y por el camino descubre que no vais al parque de siempre, sino al campo donde podrá correr hasta que anochezca.

No era capaz de dormir pensando en que apenas quedaban dos semanas para volver a casa, que tal vez había desaprovechado una oportunidad única aquella noche si es que de verdad quería llevarme *algo* de ese verano a toda costa, de modo que en plena madrugada me levanté dispuesta a meterme en su tienda, pero cuando me dirigía hacia allí me lo encontré con la rubia a punto de entrar en ella, en la tienda, quiero decir. Yo era ese perro en el coche, pero en lugar de ir siquiera al parque, mi destino era una clínica veterinaria. Lo más fácil habría sido vomitar ahí mismo, ganas no me faltaron, pero entonces no sabía qué hacer: ¿saludar o no saludar?

Finalmente, fingí que iba medio dormida y solo buscaba un sitio para mear entre los arbustos. (Había cinco baños, pero ese día me había tocado a mí limpiarlos.)

A aquella noche le siguieron varios días en el camping que entonces me parecieron nauseabundos pero que ahora recuerdo como el néctar de mi juventud. De tan humillada, no volví a acercarme a Abel Roux hasta la mañana de finales de agosto en que el hombre despertó más tarde de lo habitual, aturdido por una paz insoportable: las abejas se habían ido.

Desde entonces el hombre estuvo taciturno, abotargado, como si el silencio pesara más que el ruido, intentando buscar una explicación. ¿Dónde estarán las abejas?, preguntaba mirando las flores de las zonas verdes. De repente, aquella ausencia me parecía tan desoladora como a él. A veces alguien señalaba: ¡Ahí, ahí están! Pero en realidad se trataba de avispas o cualquier otro artrópodo mucho menos interesado que yo en el perfume de sus cabellos. *C'est bizarre*, decía, aterrado por la idea de que hubieran desaparecido del todo, no solo de su cabeza. Pasaron días en los que no se quitaba los tapones de cera y ni siquiera iba al arroyo a bañarse. Por si volvían.

Una noche escuché que le decía a la dueña que a la mañana siguiente iría a echar un vistazo a los campos de lavanda que había en la región. Cogí un gorro de mimbre, le cosí un buen trozo de mi mosquitera y pedí prestados los guantes de jardinería y otros aperos. Al amanecer me presenté ante él con ese disfraz apto para la búsqueda de vida en otro planeta, y al verme se echó a reír. A mí

me emocionó oír su risa por primera vez desde que se habían ido las abejas.

Cuando llegamos a aquel lugar violeta y verde, pensé que ninguna foto o pintura podría sustituir lo que tenía frente a mí. Era imposible que ese olor tan penetrante tuviera un color distinto. Cerré los ojos para comprobarlo y entonces llegó el sonido, claro. ¡Aquel lugar rebosaba de abejas! Dimos un paseo tan lento entre las colmenas que en algún momento pensé que perdería el equilibrio. Él se quedaba un rato observando en cada una, quizá buscando a su reina —no tenía ni idea de cómo podría reconocerla—. Algunas se posaron en su cabeza, pero a medida que nos alejábamos también ellas lo hacían. Parecían tan educadas que venían a decir adiós antes de volver a sus panales. Me pregunté si veía su partida como un rechazo, como cuando me acarició la nuca y hui a mi tienda, o como cuando yo salí arrepentida a buscarlo y él ya se había ido con otra.

De vuelta al camping, me dijo que tal vez la abeja reina hubiera muerto, aunque le parecía un poco pronto para esa especie.

—O puede que sea por el ungüento —continuó—, ya tiene un tiempo y debe estar podrido.

—¿Y por qué no haces uno nuevo?

—Porque no hay mimosas en esta época del año; habrá que esperar a la próxima primavera.

Era raro verlo sin esa tribu arropándole la cabeza. Además, parecía preocupado por algo, pero, al menos, después de visitar los campos de lavanda, había vuelto a sus baños lentos y a sus parcas palabras. No hubo más conversaciones bajo el agua ni ninguna otra noche junto al fuego. Sin embargo, el día que acababa mi

temporada en el camping me acerqué a él para despedirme. No me había fijado hasta entonces en que era tan alto que mi frente le llegaba al cuello, lo que sí noté es que seguía poniéndose el mejunje de mimosas en el cabello. Lo abracé fuerte, tan fuerte que al soltarnos pensé que lo había traspasado y estaba al otro lado.

—Me escribirás —dijo.

Y me gustó que no fuera una pregunta.

Su primera carta llegó en Navidad. Por supuesto, yo le había enviado dos antes: una en septiembre que no obtuvo respuesta y otra en octubre, esta vez asegurándome de poner en letras bien grandes mi dirección. En su *lettre* me contaba que a comienzos de otoño se había encontrado una hormiga reina y le había construido un terrario, que si regresaba ese verano al camping me lo enseñaría. Terminaba con que echaba tanto de menos el verano como el zumbido de las abejas, pero que el invierno iba a ser más cálido, y que puede que consiguiera un buen ramo de mimosas antes de tiempo. Nada más.

También por escrito era lacónico. El resto del papel estaba ocupado por dibujos a boli muy precisos de insectos, abejas y avispas que sentí que me picaban al comprobar que hasta él dibujaba mejor que yo, que estaba haciendo Bellas Artes. El papel olía a lavanda y al intentar volver a meterlo en el sobre vi que en el fondo había algunas flores secas. Las metí en el libro que estaba leyendo entonces. Ahora me apena no recordar cuál era.

Le escribí de nuevo en primavera y esperé a que me contestara con noticias sobre las mimosas, el ungüento para el pelo, las abejas..., pero solo recibí una postal de un campo de amapolas que decía *Bonjour, mon petit Chapelet*. Unos días lo justificaba pensando

que habían regresado a su cabeza, pero prefería no decirme nada para que fuera una sorpresa a mi vuelta, y otros, que estaba demasiado triste para contarme que las abejas ya no se le acercaban.

A finales de junio volví al camping a pesar de que mi acuerdo de pago era mucho peor que el año anterior. Además, se vería más reducido aún después de la primera semana. Allí me recibió Lise, como siempre, pero en vez de señalarme el calendario de actividades, me señaló el camino hacia la nueva tienda de Abel Roux, casi la última del camping. Lo primero que hice fue mirar su cabello enroscado. Allí no había ninguna abeja, pero el hombre parecía contento, al menos, feliz de verme.

Me enseñó una caja de metacrilato cubierta de acetato rojo transparente donde tenía a sus hormigas. No sé por qué me había imaginado algo más grande. Ahí no se veía nada. Me pasó una lupa y me explicó cómo funcionaba la jerarquía entre hormigas. Cuando acabó de relatar su estructura social me preguntó qué me parecía eso de que las obreras estuvieran al servicio de un bien común.

—Bueno, dar tu vida por la reina no es exactamente un bien común.

—Pero si la reina muere, no habrá más crías. Para las obreras, su única razón de existir es defender la supervivencia de la colonia. Es como si todas formaran parte de una gran hormiga.

—Ya, pero tú y yo sabemos que no es así.

—Te equivocas: no lo sabemos, ni siquiera entendemos cómo son sus conexiones neuronales. Solo sabemos que la reina simboliza la supervivencia y que las demás morirán con tal de protegerla.

—Pues menuda mierda.

—¿Qué esperabas? Mucha gente piensa que la naturaleza es perfecta. La naturaleza es lo que es. Y a veces es muy cruel.

Abel Roux parecía tan enfadado como cuando mataba sin querer alguna abeja.

—No sé, Abel, no sé nada de hormigas, pero detesto cuando se usan como metáfora del orden o para justificar jerarquías, monarquías y ejércitos. Yo no soy una hormiga... ni una abeja.

Él se quedó callado y yo quería salir de esa oscuridad cuanto antes.

—Pero, bueno, al menos queda clara una cosa: que las hormigas son las mascotas definitivas.

Él me miró como a un burro que habla.

—Porque, si te mueres, te puedes enterrar con ellas, ¿no?

Abel Roux soltó una larga carcajada.

—Tal y como están las cosas —contestó—, sería un honor acabar siendo sustrato para hormigas.

No me apetecía hablar de la muerte en esa tienda, a más de treinta grados.

—¿Quieres que vayamos al arroyo?

—Vale. Pero primero me tienes que cortar el pelo.

Sin las abejas —me dijo— ya no tenía sentido llevar el cabello así. Había estado esperando mi llegada para que lo hiciera yo, porque —según me aseguró— a juzgar por mi aspecto sabría cómo cortarlo. Salimos de la tienda y se sentó en su silla de camping llena de remiendos. Luego se llevó las manos a la cabeza para acariciar aquella montaña peluda por última vez. Se deshizo el rodete lentamente, como si no quisiera molestar o no supiera lo que se iba a encontrar ahí después de tanto tiempo. Una vez suelto, le dije que era el pelo más largo que había visto en mi vida. No mencioné nada

de que era muy fino y había poca cantidad, de modo que el moño había disimulado todos estos años que la coronilla empezaba a clarearse.

Se lo corté como me pidió, dejando apenas dos o tres centímetros de largo. Mechón a mechón, los fuimos depositando uno encima de otro en el suelo. Le pregunté si tenía a mano una escoba para barrerlos y tirarlos a la basura, pero me respondió que todavía eran útiles. Cuando acabamos, los metió en una bolsa de tela, como las que se usan para guardar el pan.

Más tarde lo acompañé al soto cerca del arroyo. El hombre se subió a un árbol con una cuerda y después de pasarla por encima de una rama me pidió que le atara la bolsa. Pesaba poco más que un paquete de harina; no le costó nada tirar de ella.

Así, fue soltando mechones de pelo entre las hojas de los árboles mientras a mí me daban pequeños infartos cada vez que crujía una rama. A punto estuvo de caerse en un par de ocasiones.

—Ya verás cómo los pájaros usan estos pelos para sus nidos.

Fue decir esto y al momento vimos una abubilla llevándose un matojo en el pico. Aún nos quedaba media bolsa cuando le sugerí que nos metiéramos en el agua un rato para refrescarnos.

—Tienes razón —dijo—, ya seguiremos otro día.

Fue hermoso verlo darse su primer baño con el pelo corto. Desde la orilla me pareció oírlo gemir de placer al notar el agua helada penetrándole la cabeza por completo. ¿Se sentiría liberado o indefenso?

Al final de aquella semana, discutí con Lise porque me pagó aún menos de lo acordado el primer día y le anuncié que no contaría conmigo el próximo año.

—Bueno —murmuró—, os echaré de menos a los dos.

—¿A los dos?

—Roux tendrá que irse. Aquí ya no tiene cómo pagar ni cómo hacer negocio.

Mi cara de boba la obligó a aclararme que la mayoría de la gente venía solo para hacerse la foto con el hombre de las abejas y que, a cambio, él tenía un trato con el camping: además de la estancia gratis, recibía un porcentaje por atraer a los turistas, sentarse al fuego con ellos y contarles *une de ses histoires*.

Ses histoires...

No tuve más remedio que aceptar las condiciones de Lise porque era demasiado tarde para buscar otro trabajo a esas alturas de verano, pero no volví a merodear a Roux —yo también comencé a llamarlo así— y durante los siguientes días evité coincidir con él en el arroyo. Si no tenía más remedio que cruzármelo de frente, guardaba el mismo respeto que antes me habían impuesto sus abejas; le saludaba con un escueto *bonjour* que puede que ni llegara a sus oídos, avergonzada al acordarme de que meses antes le había mandado incluso una foto mía en una de mis cartas sin respuesta. Me consolé pensando que pertenecía a una tira de esas hechas en un fotomatón, sin personalidad, con el fin de usar tres de ellas para la matrícula de la universidad y repartir el resto entre familiares y amigos.

Ya no era *Abeille* o *l'homme abeille*, sino el domador de pulgas de un circo crepuscular, y prefería pasar los meses que tenía por delante juntándome con gente de mi edad, bebiendo litronas al final de la jornada, dándome unos besos con alguien apoyada en el tronco de un árbol o pidiendo prestado el Autan antes de irnos a *le bois* a bañarnos desnudos cada noche.

Poco a poco conseguí no encontrarme tan incómoda con él, pasar de la tolerancia a la convivencia e incluso sonar natural cuando, de tanto en tanto, le preguntaba por las hormigas. Su fascinación por ellas me provocaba lástima, decía que la colonia crecía por momentos y que pronto tendría que construir un terrario más grande.

Dos semanas antes del fin de la temporada, los alaridos de Lise se oyeron desde el parking. Parecía que le hubieran abierto el pecho y el sonido partiera directo de sus pulmones. Yo me encontraba despidiendo a una familia. Seguro que no es nada, les dije mientras agitaba la mano deseándoles buen viaje antes de salir disparada hacia el lugar del que procedían los gritos.

Encontré a Lise sentada en la recepción, con la cara descompuesta en pleno llanto y unas campistas pidiéndole que se calmara, pasándole las manos por los hombros. Fueron ellas las que me dijeron que habían hallado a un hombre muerto cerca del arroyo. Me marché de allí corriendo, pero a medida que me acercaba al lugar, fui aminorando el paso hasta hacerlo tan lento como cuando había paseado por los campos de lavanda.

Por el sendero encontré la bolsa de tela con mechones de cabello tirada entre unos arbustos; la tomé como si fuera mía. Cuando llegué, la zona ya estaba acordonada por los gendarmes, pero pude ver su cadáver a apenas seis metros, una distancia conocida. Escuché al forense tomar notas: «Varón; unos cuarenta años; rotura de cuello; posiblemente al caer de un árbol». Miré hacia arriba buscando la rama causante de todo esto. Fue el sonido lo que me llevó hasta ella. No el de las hojas movidas por las ráfagas del mistral que anunciaba el fin del verano, sino un zumbido proveniente de un nido de abejas. Ahí estaban las abejas. Cuando volví a mirar a

Abel Roux, algunas le revoloteaban en la cabeza como en los dibujos animados cuando alguien se marea tras un golpe.

Las actividades del camping quedaron paralizadas por un luto de dos días. Algunos fuimos al funeral en Gordes, un pueblo a media hora en coche de allí. Yo iba en el de Lise, con ella, que no paraba de llorar y frotarse los ojos, al volante. Nunca he amado tanto la vida como durante el escaso cuarto de hora que duró nuestro trayecto.

Abel Roux no era de Gordes, sino de Córcega, pero la ley en Francia te dejaba poco margen para enterrar o incinerar a alguien, así que a sus hermanos, su exmujer y sus dos hijos —yo también me enteré ese mismo día de que había estado casado y tenía prole— les compensaba viajar hasta ahí en lugar de pagar por el traslado a casa. En el rostro del mayor de sus hijos se podía ver cómo la genética había dejado allí el recuerdo escandaloso de su padre.

Fuimos a una misa en su nombre en la iglesia del pueblo. Tampoco sabía que era creyente, no sabía nada de él en realidad. Que le interesaban las abejas y las hormigas, que había tenido el pelo más largo que había visto nunca, que le gustaba hacer todos los días lo mismo, a la misma hora, de la misma manera.

Después nos dirigimos al cementerio de Gordes en procesión. Era un sitio con unas vistas espectaculares. Para entrar a morir. Pero lo que me convenció de que aquel era el lugar perfecto para Abel Roux fue el zumbido constante de insectos yendo y viniendo de entre las flores.

Mientras bajaban el ataúd, Lise leyó unas palabras sobre él que no escuché porque solo era capaz de oír el *bizz bizz* de las abejas, como si le dedicaran una oración a un viejo amigo, y cuando vi que cada uno de sus familiares se acercaba a lanzar un puñado de tierra sobre

la caja, yo también me acerqué y eché mano de lo que llevaba en la bolsa de tela para volcarlo. No me refiero a los mechones de pelo —esos me los quedé para otra historia—, sino a las hormigas de su terrario.

UN RETRATO CON LOS OJOS CERRADOS

Mi padre sentado en su sillón con un libro en la mano, mirándome acercarle una galleta de la mesa. A mí me da un poco de vergüenza porque apenas lo conozco, no lo veo mucho, ni siquiera cuando está en casa porque los niños le molestan. De modo que, si él se encuentra en una habitación, mis hermanos y yo debemos permanecer en la opuesta (dentro de los pocos metros cuadrados que conforman el piso). Creo que si soy una niña buena, se me permitirá estar cerca de él. Creo que buena es no mearme ni cagarme encima, creo que buena es estar sentada frente a un papel, con un lápiz en la mano, dibujando en silencio, o acercarle una galleta. Tal vez por eso soy la única de la casa con la que un día va a dar un paseo. Ni mis hermanos ni mi madre: a solas mi padre y yo.

Mi mano agarrando fuerte la suya. Mi boca balbuciendo tímidas preguntas por el camino. Él no me responde a ninguna. Mi padre señalando desde el autobús este o aquel sitio, contándome alguna anécdota del lugar. Eso antes eran unos grandes almacenes o Este parque lo abrieron el año en que nació tu hermano grande. Recuerdo el paseo para siempre porque no vuelve a ocurrir en los días sucesivos ni en los siguientes. Recuerdo el paseo para siempre porque le pregunto a mamá si esa tarde papá me va a llevar de paseo como aquel día, y pienso en aquel día cada día de mi vida desde entonces porque deseo que se repita el paseo. Así funcionará mi memoria, como un rumor que me voy contando a través de los años, y así conservo hasta hoy el recuerdo de mi primer y único

paseo con mi padre. Un día me llevará de viaje, pero no se parecerá en nada a ese paseo.

Sé que mi madre me llevaba a pasear a menudo, al menos hasta que empecé a jugar con las niñas vecinas en la escalera, después en nuestra calle, más tarde por el barrio, así hasta alejarme del todo, pero no consigo acordarme de ninguna de esas salidas con ella. A veces casi puedo ver su figura sentada en un banco del parque con otras mujeres, mirando de lejos cómo juego con otras niñas o cómo me levanto del suelo y corro hacia ella con un poco de sangre en las rodillas, pero no creo que sea un recuerdo real ni que yo sea siquiera esa niña. Si acaso, soy aquella otra mujer sentada en el banco de más allá, la que observa a los niños de los demás jugar y después mira al cielo como buscando algo, quizá un vencejo.

Mi padre con un libro en una mano y un cigarro en la otra. Pasando las páginas, haciendo filigranas con los dedos, apagando la colilla en el cenicero de pie junto a su sillón, cerrando el libro con un golpe que suena tan seco como su tos. El olor del fumador reciente y el fragor de su respiración dejan saber en qué habitación está.

No hace falta que te vayas, me dice una vez al verme pasar junto a la puerta. Yo ya no soy ningún bebé y mamá me deja salir a jugar un rato con las hijas de las vecinas a la escalera, pero allí me quedo frente a mi padre, quieta, en silencio. Me pide que me acerque a prender la tele. Niego con la cabeza porque tampoco soy tan mayor y aún no sé cómo se hace, nunca me han dado permiso para arrimarme tanto al televisor. Se levanta y me lleva hasta el objeto más preciado de la casa. Telefunken, color, 27 pulgadas. Pone la yema de mi dedo en los botones. «Aquí encender y apagar, aquí cambiar de canal, el 1 y el 2 —hay cinco más donde solo se ve nieve

—, pero no dejes el dedo pegado, ¡que da calambre!» No les cuento a mis hermanos ni a mi madre que ya sé encender la tele porque, si no, me usarán ellos también de mando a distancia.

Mi padre en la terraza del bar de la esquina jugando al dominó con otros hombres. Me hace una señal para que me aproxime. Solo se oye el sonido de las fichas contra la chapa que cubre las mesas de conglomerado con un plástico jaspeado que trata de imitar la madera. Tac. Tac. Tac. Luego el torbellino estridente que se forma al ponerlas boca abajo y removerlas antes de comenzar una nueva partida. Yo me acerco y él me manda a hacer algún recado, por ejemplo, ir a comprar tabaco al estanco, o ir a la bodeguilla a por el vino y las aceitunas que le gustan, o lo que más me gusta a mí: ir al quiosco a por el periódico. Regreso a toda prisa, motivada por la calderilla que sobra y que voy juntando para comprarme un tebeo o un *Hazañas del Oeste*.

Mi padre levantándose de las sillas metálicas, dejando a medias la partida, acompañándome a la barra del bar. Le pide al tendero una Fanta sin hielo para la niña y me pone en la mano unas monedas para la tragaperras. Me explica lo que significan *Tres campanas* o el *Avance*. Le doy a todos los botones de forma compulsiva mientras le pregunto cosas sobre la palabra *tragaperras*, pero no las contesta. Yo achaco su forma de ignorar mis dudas a que son muy tontas o a que ya debería saber la respuesta.

Quizá si leo tanto como él —pienso—, mis preguntas serán menos idiotas. A los tebeos y los *Cuentos de la media lunita* les siguen Enid Blyton, Marcial Lafuente Estefanía y Robert Louis Stevenson. Así es como descubro que me gustan las historias y empiezo a encontrar más momentos de felicidad en las vidas hechas de palabras que en la vida propia.

Mi padre viéndome coger un libro de cuentos del mueble del salón, levantándose de un salto y arrebatándomelo de las manos. Con una mezcla de pudor y algo de orgullo en la mirada —porque a la niña le gustan más los libros que las muñecas— me explica que ese libro es para mayores y, cuando está a punto de devolverlo a su sitio, se arrepiente y me dice Bueno, puedes leer el último cuento del volumen. Me busca la página y deja *Las mil y una noches* en mis rodillas, plenamente confiado de que no leeré nada más ni ojearé los dibujos que contiene la edición. Los miraré después, durante su siesta, durante todas las siestas de los próximos meses.

Mi padre llevándome de viaje en tren para despedirnos de su hermana, mi madrina. Tiene treinta años, dos niños muy pequeños y un cáncer terminal. Es ella quien se despide de mí con un beso que parece de porcelana. «Sé buena.» «Lo seré.» ¿Lo seré? La cara de mi padre ensimismado, la imagen de los niños, mis primos, jugando en el suelo del salón, disociándose de lo que está pasando. Mi padre no llora, así que yo tampoco lo hago. Lo miro acariciar los libros de una estantería. Coge uno que me llama la atención por el título —*La ciudad y los perros*—, lo sostiene un rato como si pensara en llevárselo, pero después lo devuelve a su sitio. La habitación huele a fruta macerada, al agua turbia de los jarrones cuando se estropean las flores. No le digo adiós a mi tía. Cómo se va a morir alguien que se llama Aurora.

El teléfono sonando en plena madrugada. Es mi madre quien responde, pero enseguida cuelga y vuelve a la cama, llorando. Mi padre pidiéndole que no llore, pero mi madre no para. Por qué no llora mi padre —me pregunto mil veces esa noche—, que es su

hermano, y sin embargo llora mi madre —su cuñada— sin conocerla tanto.

Mi padre cada vez más callado, sin ningún libro en la mano, mirando la nada, con un cigarro tras otro en los labios junto a una pared amarillenta, inhalando y exhalando el humo despacio. El último —dice haciendo volar el cartón entero de tabaco por la ventana—, aunque luego mi hermano mediano tendrá que ir a comprarle uno con urgencia. Así hasta que por fin, un día, mi padre vacío, sin libro, sin cigarro. Tan sólo un hombre solo. Pero, para no hablar, su silencio empieza a ocupar demasiado espacio.

Mi padre: un oxímoron gritando que todo sonido le molesta, que respetemos su siesta, que no hagamos ruido. La música queda terminantemente prohibida en su presencia. A veces nos encerramos en nuestros cuartos para poder escuchar la radio. The Cranberries, UB40, Duran Duran, pero él dice que quiere las puertas abiertas, que en esa casa no hay secretos, aunque yo intuyo que él se guarda al menos uno y bien grande. Mi padre malhumorado se queja porque la tele se oye muy alta si la ponemos nosotros y muy baja si él pone el telediario.

Mi padre a primera hora de la mañana cada 1 de enero con el concierto de Año Nuevo a todo volumen. Mientras, mis hermanos y yo refunfuñamos en voz baja que lo hace a propósito. Una tortura para ellos, que han llegado hace un rato a dormir la mona de Nochevieja, y también para mí, que duermo a cualquier hora porque me reconfortan los sueños tanto como las historias. Así nos saca a todos de la cama, molesto con quienes pasearon su juventud por la calle la noche anterior. Yo todavía no salgo, y un par de años

después me quedaré en casa igual: despierta y angustiada. Todavía hoy no sé si porque no me dejaba ir a bailar a ninguna fiesta o porque ya me sabía la función que tendríamos al día siguiente. Durante el primer desayuno del año, no dejo de preguntarme: ¿Cuándo acabará esto?

Si hoy pudiera, me aparecería como el fantasma de las Navidades futuras ante ese yo de trece años para decirle: «¡Nunca! Cada 1 de enero tendrás escalofríos y se te acelerará el corazón al oír el concierto de Año Nuevo, pero lo peor de todo es que no podrás evitar querer escucharlo».

Mi padre volviendo a casa de trabajar y mis hermanos y yo saltando del sofá para irnos al cuarto donde está mi madre tejiendo jerséis por encargo. Un dinero extra porque estamos siempre hasta el cuello. Mi padre se queja a mi madre de que sus hijos nunca se quedan con él en el salón comedor. Mi madre, que ya no puede dominar a mis hermanos, diciéndome a mí Vete al salón con tu padre. Es como oír: «Vete a la cueva con el ogro». O peor: «Vete a la feria con el poni, el triste poni que da vueltas esclavo de una rueda».

Mi padre mirando el título del libro que tengo entre manos. No leas tanto, que te va a pasar como a don Quijote, me dice. Le gusta que lea, pero que lea lo que a él le dé la gana. Y a mí me dan ganas de estamparle *La soledad era esto* en la cabeza, tantas ganas que me doy miedo, así que ese día dejo el libro en la mesa y me quedo mirando a la pared sin pestañear, tal vez así crea que ya no tengo remedio.

Mi padre leyendo una carta del vecindario a mi madre en la que pone que le toca ser presidente de la comunidad. Mi madre le dice que así no puede, que es imposible. Pero mi padre resuelve la ecuación. Diles que podría ser el tesorero. Después se aleja por el pasillo a dormir su siesta. Yo aparto la vista de *La tienda* de Stephen King y pregunto a mi madre: ¿Por qué papá no puede ser presidente de la comunidad? Porque está malo, responde, poniendo fin al primer acto.

Segundo acto: Mi padre caminando solo por la calle, el rictus serio, tan serio que se ha vuelto una línea enemiga. Ya no juega al dominó los sábados ni me manda a hacer recados. Un día los niños del vecindario le persiguen para reírse a sus espaldas. Lo llaman tonto. *¡Toooooonnnntooooo!* Pero él no se vuelve ni les regaña. Desde la acera de enfrente, yo hago como que no veo lo que sucede, y sigo comiendo pipas con una chica de mi clase que también lo ha visto todo. Cuando mi padre se mete en el portal, los niños se dan cuenta de mi presencia y me miran: miran cómo finjo no haber oído nada tampoco.

Tercer y último acto de esta tragedia: Mi padre llegando a casa con un calendario de bolsillo. Por una cara tiene los meses del año y por la otra el alfabeto de la lengua de signos. Dice que se lo han dado con la compra del *aparato*.

Mi padre sordo. Me aterra que esto empeore aún más su carácter, pero poco a poco voy comprobando que su sordera no supone ningún cambio. De todas formas, ya hace tiempo que no intento preguntarle nada. Si no sé el porqué de algo, acudo a mi hermano mayor, al mediano o me invento con historias las respuestas. A estas alturas, el tono grave y alto de su voz se ha vuelto un acúfeno

desagradable. No soy la única en casa que tiene estas impresiones y, si bien a veces acabamos riéndonos a escondidas cuando responde sinsentidos a lo que nadie ha preguntado, yo nunca comparto mi presentimiento de que, a pesar de todo, estoy ante un ser ya no solo solitario, sino frágil ante la burla, acomplejado y aislado por completo.

Y, sin embargo, le tengo el mismo miedo que a una serpiente.

Mi padre sentado en su sillón viéndome buscar el calendario en el cajón donde lo había guardado. Me aprendo el alfabeto para sordos en una tarde, se lo hago saber, esperando a que él haga lo mismo. No ocurre nunca. Borro un par de años más tarde aquellos signos de mi memoria para dejar espacio a otras cosas, por ejemplo, al lenguaje musical. La hija de un sordo quiere apuntarse al conservatorio. No es casual: hay ciertas ventajas en que tu padre no te pueda evaluar.

Se coloca el audífono una o dos veces al mes a lo sumo. Yo aprovecho cada ocasión para pedirle algo: su autorización para alguna actividad del instituto, su firma trimestral en mis terribles notas. Jamás se me ocurre decirle que escuche mis canciones. ¿Qué habría pasado si lo hubiera hecho? ¿Se comportaría como aquella vez que llegué a casa con un regalo especial para él?

Era una pizarra blanca de tamaño folio y había escrito en ella, con un rotulador que traía colgando, *Usemos esto para comunicarnos*. Mi padre tirando la pizarra por la misma ventana por la que salió el tabaco el día que no dejó de fumar mientras decía: «Me vas a tratar a mí como a un subnormal». Nunca supe si era una orden o una pregunta.

La tarde en que compro la pizarra, voy de camino a casa pensando que es la mejor idea del mundo, ensayando abrazos como

los que padres e hijos se dan al cierre de cada episodio en las teleseries americanas. Al final, jamás le pediré que se ponga el audífono para escuchar alguna de mis canciones y él tampoco lo hará *motu proprio*. ¿Cómo se oiría con un cacharro de esos? El famoso aparato ha llegado para convertirse en un objeto de valor incalculable, mucho más que el televisor y el teléfono (recién comprado) juntos, y solo se lo pondrá en ocasiones muy especiales, de las cuales yo no sé si formaré parte alguna.

Mi padre asomándose un momento a mi habitación cuando estoy practicando con la guitarra. La puerta abierta, como a él le gusta. Lo miro un instante, preguntándome si esta música también me la va a prohibir, pero no dice nada, solo mira, y entonces me doy cuenta de que mi padre se parece más a un gato que a un padre. Sigo tocando, moviendo mucho los dedos a lo largo del mástil, por si eso me hiciera parecer más profesional. Se va y al rato vuelve con una caja de latón llena de cintas viejas. Antônio Carlos Jobim, Sérgio Mendes, Elis Regina, Vinícius de Moraes, también Johann Sebastian Bach y The Beatles, pero sobre todo Roberto Carlos, Gal Costa, Luiz Bonfá. Mi padre hablándome (¡a mí!) de su película favorita —*Orfeo negro*—, porque la música... (¡la música!), la música que ya no oye. Me cuenta primero el mito de Orfeo y Eurídice. Yo ya me lo sé, pero dejo que lo haga porque nunca antes me ha contado un cuento.

Un talentoso músico conoce a una ninfa hermosa; se enamoran; ella muere. Él baja hasta el infierno por ella y ofrece un concierto privado para Hades en el inframundo, a ver si así lo convence para que la deje salir. Hades, conmovido, permite que Eurídice se marche con Orfeo con una condición: él hará el camino, irá delante y no se girará a mirar a su amada hasta que hayan salido por completo del mundo de los muertos. Parece sencillo, pero cuando anda cerca de

la salida, Orfeo desconfía, pues los pasos de la joven Eurídice son tan silenciosos que es difícil saber si realmente está ahí (o si nuestro héroe se ha quedado sordo). Orfeo se gira, y Eurídice es arrastrada de nuevo —y para siempre— al inframundo. Fin.

Después me dice que la caja (de Pandora) es para mí. Para ti. Eso ha dicho, pero otro día que se asoma, se enfada porque ve las cintas fuera de sus carcasas, se lleva la caja (que era para mí) y la esconde encima de su armario.

Mi padre tenso, nervioso y preocupado por todo, haciendo mucho ruido, hablando por encima de las voces de los demás, interrumpiendo. Desde entonces, siento que la voz de cualquiera está por encima de la mía. Desde entonces, me dicen que hablo siempre muy bajito. Pero no es cierto que hable bajito siempre, al menos no cuando escribo. Porque para mí escribir es eso: hablar alto y sin que me interrumpan.

A veces veo un brillo de luz en algo de lo que cuenta. Por ejemplo, que tiene un compañero de trabajo enganchado a la heroína al que a veces le presta dinero. Mi madre corrige: se lo presta no, se lo regala. Lo dice mirando para otro lado, por si le leyera los labios. Mi padre continúa con que lo conoce desde hace muchos años, compartieron muchas horas juntos desde Madrid a Algeciras como horas de sueño en pensiones de mala muerte. Yo dudo de si con eso de darle dinero está o no ayudando al compañero y parece que mi padre no solo lee los labios sino también mi mente, porque entonces me mira y añade: Está solo y está sufriendo.

Me voy de casa antes de que mi padre encuentre una sola oportunidad para ponerse el audífono y poder intuir cómo se han desarrollado mis cuerdas vocales. Aprendo a vivir mi propia soledad,

una llena de canciones, de pinturas, de libros, de amantes y amigos. Si estoy feliz, no me doy cuenta porque a veces es difícil compaginar tu dicha con la amargura de quienes te trajeron al mundo. Lo compruebo cada semana, cuando llamo a casa desde una cabina al final de la calle donde comparto piso.

Mi padre cogiendo el teléfono y repitiendo ¿Diga? ¿Diga? Yo gritando una y otra vez ¡Papá, papá, soy yo, tu hija! Ahora mismo no hay nadie en casa, llame dentro de un rato. Así responde, como un contestador automático. Horas más tarde, en otra visita a la cabina, le cuento a mi madre lo ocurrido y ella le hace saber —en algún lenguaje matrimonial que desconozco— que la niña está bien, que se ha vuelto a cortar el pelo, que viene este fin de semana, que pregunta por él y que por qué no se pone alguna vez el maldito aparato.

Mi padre acudiendo con mi madre y mis hermanos a mi primer concierto remunerado. Cuando acaba lo busco con la mirada y lo encuentro muy serio, marchándose entre los aplausos. Unos días antes le había enseñado un papel con la lista de los temas del repertorio: la primera era *Manhã de Carnaval*, el tema principal de *Orfeo negro*. Él aprobó mi elección con la cabeza mientras intentaba cantarla y resultó que lo hacía fatal. Decir que no tiene oído en este contexto tiene su gracia. Querría saber en qué pensaba mi padre durante aquel concierto, aunque recuerdo lo que pensaba yo al verlo largarse: que hay ciertas ventajas en que tu padre no te pueda evaluar y demasiada tristeza en no poder compartir.

Cada dos fines de semana me encuentro el mismo paisaje cuando voy a comer a casa: ya no hay un televisor preciado en el salón, sino dos. Mi padre, sentado frente al suyo, viendo una peli del Oeste con

subtítulos, sin volumen. Mi madre, en el otro, mira y escucha lo que toque: el tomate, la novela o, según la hora, el telediario. Agito los brazos para que noten que he llegado, pero la tele me roba todo el protagonismo. Me dejo caer en el centro del sofá, mareando los ojos de izquierda a derecha, como si las pantallas, casi enfrentadas, fueran dos vaqueros midiéndose antes del disparo.

Mi padre un 28 de junio diciendo al ver el arcoíris en todos los informativos que no entiende a qué viene la palabra *orgullo*. Es la primera vez en mi vida que le contesto, y hasta me levanto para que vea que le estoy gritando. De lejos soy el hongo de la bomba atómica. Uso palabras sencillas para que me pueda leer bien los labios: «Cállate, papá. ¡Cállate!». «Y a ti qué más te da, qué tendrás tú que ver con esa pobre gente», me responde. Y yo me quedo sin voz de tanta rabia reprimida, temblando. Me quedan los gestos, por eso le miro a los ojos mientras me apuñalo el pecho con aire, para que no le quepa duda de quién es mi gente. Él se va a echar una siesta; yo no vuelvo a comer en esa casa en una buena temporada.

Mi padre levantándose de la mesa desconcertado, tocándome la cabeza como lo haría un sacerdote en la unción de los enfermos, diciéndome: «No llores, que te queremos mucho». Parece el padre Merrin en *El exorcista*. Yo parezco Regan. Tengo un buen trabajo, un buen novio y muchas ganas de morirme. Ni siquiera «No llores, que te queremos mucho» me sirve para dejar de producir mocos en esos momentos.

Horas más tarde, sigo con las piernas entumecidas en su brasero. Mi madre, después de hacerme una tila, ha salido a hacer unas compras y él, tras un silencio ininterrumpido de dos horas, me dice Yo sé lo que te pasa: tienes cansancio de vida.

Mi padre asomándose a un pozo oscuro, sacándome de allí de la mano por un momento. Luego me suelta, coge el mando a distancia y pone la tele.

Mi padre dándome la enhorabuena porque, cada tanto, me dan becas y subvenciones para ser artista. He dejado aquel trabajo, y el novio aquel me ha dejado. Mientras que mis amistades se aprenden nombres de recién nacidos, yo me aprendo los de nuevas canciones, nuevas películas, nuevos objetos que no sirven para nada, cosas que, como decía Borges, no sabrán nunca que nos hemos ido.

Mis amigas ahorran para la entrada de una hipoteca, yo para un Omnichord, porque no quiero volver a ser diagnosticada por mi padre de nada. Son unos meses muy creativos hasta que un día se acaban las subvenciones, se acaban las becas y comienzo a sustituir el arte por tres meses sin pagar el alquiler.

Mi padre diciéndome que me vaya a vivir con ellos. Y yo: Ni muerta. Me busco una excusa —un amorío— para marcharme a Inglaterra.

Mi padre preguntando cada Navidad, cada Semana Santa, cada día de vacaciones que dedico a visitarlos a él y a mi madre, cuándo voy a regresar a España. Un día me dice Se busca dependienta en el quiosco de prensa de la esquina. Así, como un anuncio. No pierde su estilo de contestador automático. Buscan dependienta sin contrato, le respondo, pero no me oye. Se lo repetiré más tarde, cuando llegue mi hermano mediano de Nueva York, porque a veces, cuando él viene, sí que se pone el aparato.

Mi padre quedándose solo en casa mientras mi madre y yo vamos a la presentación de mi primer libro. Él aún no sabe ni que escribo.

No quiero que lo sepa, todavía me da pánico salir de ese armario. Sé que desaprobaría cada palabra, cada frase, cada historia. Dejo a mi padre metido en su burbuja. No tiene amigos ni WhatsApp con los que recibir un meme que diga buenos días-buenas tardes-buenas noches como los que le envían a mi madre. No tiene a nadie que le diga Tu hija es escritora. Tal vez se lo cuente más adelante, cuando sepa si las palabras vienen a mí para quedarse.

Mi madre saludando a Yago, mi editor de entonces. En algún momento él pregunta el clásico ¿Cómo y cuándo se quedó sordo tu padre? Respondo rápido que poco a poco, cuando yo era adolescente. Mi madre me corrige:

—Tu padre se quedó sordo cuando tú tenías dos años y medio, y fue por un medicamento que le administraron cuando pasó la tuberculosis.

—¿Tuberculosis? —¿Eso no es una cosa del siglo XIX?

—Tú no te acuerdas porque aún eras un bebé.

—Que no puede ser, mamá —le insisto yo—. Tuvo que quedarse sordo más tarde. Recuerdo muy bien cuándo se compró el audífono.

—Yo también me acuerdo, cuando ya no le quedó más remedio.

Mi padre sentado en su sillón, mirando lo que dan en su tele con subtítulos. Esta vez es una de John Ford: *Centauros del desierto*. Sin que lo sepa, le tomo una foto y empiezo todo de nuevo. Leo desde el principio este retrato, pero esta vez con los ojos abiertos.

CAMINA DE NOCHE

Decir que Tillie Jones fue capturada por los indios sería una exageración. Más bien se entregó a ellos huyendo de su padrastro, el maldito Henry Cliff. No entendía cómo su hermano Jimbo había decidido seguir allí después de cómo se había desentendido de Madre o de cómo se enfadaba con ellos por cualquier cosa.

La última discusión se había desencadenado tres días antes porque, según Henry, Tillie no sabía ni sentarse en la silla como una señorita. ¿Quién va a querer casarse contigo? —le había gritado durante el almuerzo—. Y, créeme, pequeña peste, nada me gustaría más que librarme de ti y del vago de tu hermano.

Quizá si Jimbo Jones hubiera querido fugarse con ella, no se encontraría en la situación en la que se encontraba ahora.

Tillie había llegado al campamento sioux en mitad de la noche, sorprendiendo a un par de guerreros que no debían de estar muy despiertos durante su guardia, pues no la oyeron ni vieron acercarse. Venía vestida de negro, confundiéndose con la oscuridad, a pie, tirando de la rienda de su caballo. Entregó al animal, sabiendo lo valioso que era aquel ejemplar, mientras ella se entregaba a su suerte.

En la tribu había una mujer blanca, probablemente raptada de niña, que todavía recordaba su lengua materna.

—Aún no saben qué harán contigo —le dijo—, depende del humor del que esté mañana Caballo Loco, el jefe de la tribu. Después de dormir lo decidirá.

Pero Caballo Loco no podía dormir ni decidir nada porque su única hija estaba postrada y con fiebre muy alta por la mordedura de una cascabel. Tillie no conocía a nadie en el pueblo que se hubiera salvado del veneno de una de esas serpientes, mucho menos un niño. Tampoco sabía mucho de los indios, pero su mente le devolvió imágenes de despiadados sacrificios humanos para realizar una especie de intercambio con la muerte: entregar el alma de la chica forastera a cambio de la salud de la hija del jefe sioux.

La mujer blanca la llevó a la tienda donde estaba la niña enferma. Era muy pequeña, seis o siete años, todavía no había tenido tiempo de forjarse un nombre más allá de Pluma. Tenía los labios secos, los ojos húmedos y estaba ardiendo. Su madre se hallaba sentada en unas pieles junto a ella. Una anciana acababa de entrar para ponerle una plasta color verde claro en el tobillo, donde la serpiente había depositado su veneno.

Un chamán —¿o era una chamana?— decía algo que parecía una oración en su lengua mientras iba de un lado a otro con movimientos repetitivos, como una danza estudiada, alrededor de la niña, que deliraba y temblaba y se retorcía como una trucha fuera del río. Solo dejó de bailar cuando se acercó para hablarle a Tillie.

—Te pregunta si sabes de algún remedio —le tradujo la cautiva.

Tillie no sabía nada pero respondió que sí, ¿qué otra cosa iba a hacer si no? Debía demostrarles que era útil. Pidió que le desataran las manos. Se arrodilló junto a la hija de Caballo Loco y se acercó a su oído para susurrarle una nana, la misma que le cantaban a ella para calmarla cuando era pequeña y le costaba dormirse. Mientras le acariciaba el pelo oscuro, recordó que su propia madre había muerto hacía tan solo diez días con el pelo igual de húmedo por la fiebre. Deseó al fin llorar como no había podido hacer antes, pero aquel no

era el momento, no debía asustar a la niña, sino tranquilizarla para hacer creer a la tribu que la pequeña estaba mejor.

La nana, como fuera, tuvo que surtir algún efecto porque enseguida el miedo que agitaba a Pluma quedó reducido a un recuerdo de otra vida. Está dormida, pensó Tillie, ¿y si se salva? La mujer blanca, a su lado, le leyó el pensamiento.

—Ahora tiene posibilidades de salvarse.

Esa noche aprendió de los indios que el pánico a la muerte contribuye a que el veneno se extienda más rápido. Si el enfermo consigue calmarse, su cuerpo podrá ganar tiempo y prepararse para combatir lo que venga.

A la mañana siguiente, la hija de Caballo Loco volvía a tener color en las mejillas, sonreía y hasta pidió que le acercaran su juguete favorito, claras señales de estar fuera de peligro. El jefe indio parecía tan contento que incluso se animó a contar alguna anécdota que hizo reír a la cautiva. Tillie aprovechó la alegría para preguntar, a través de ella, si la dejarían con vida. Fue la mujer de Caballo Loco, Piel de Sombra, quien le respondió que podía marcharse o establecerse con los indios si así lo deseaba. Tillie se permitió al fin llorar, entre el alivio de seguir en el mundo y el otro alivio, ese que se mezcla con la pena de haber perdido a alguien y a la vez forzado la libertad, puesto que la muerte de su madre era mejor que verla con vida, si es que a aquello se le podía llamar vivir.

Tillie y Jimbo no recordaban nada de su verdadero padre, apenas tenían uno y dos años de edad cuando su madre volvió a casarse. Tan solo sabían de aquel hombre que se llamaba James Edward Jones y que murió en un accidente en las obras del ferrocarril que, catorce años después, todavía no habían acabado. Al poco tiempo de la muerte de su esposo, la entonces joven y hermosa Thérèse

Jones conoció a Henry Cliff, dueño de tres cuartas partes del pueblo y de varias minas de alrededor, que aceptó criar a Tillie y a Jimbo como a sus propios hijos. Tres años más tarde, Thérèse volvió a dar a luz.

Llamaron Thomas al nuevo miembro de la familia, como al padre de Henry, pero resultó ser un niño enfermizo que no pasó del tercer año. La muerte del pequeño hizo que la mirada de Henry se volviera un paraje desértico y que Thérèse se acomodara en una tristeza tan líquida que penetraba todos los rincones de la casa. Henry la culpó a ella de la muerte de su hijo y Thérèse pareció aceptar ese título como quien se acostumbra a una mala postura. Dejó de salir a caminar, dejó de moverse, dejó de hablar apenas. En los años que vinieron solo abrió la boca para comer, y comía con la misma ansia con que una locomotora consume la madera. Los últimos meses los pasó en un lecho maloliente donde, desde la llegada de la primavera, Jimbo y Tillie se turnaban para abanicarla y espantar a las moscas que venían a posarse en sus piernas putrefactas.

Ese último verano había sido un infierno en la región. Tal era el hedor con el que sacaron a su madre de la casa después de tres días muerta, que se confundía con el del cerdo que usaron como contrapeso de la polea para poder levantar el cadáver. Thérèse había fallecido pesando casi 350 libras, y Tillie y Jimbo tuvieron que esperar a que regresaran de la mina los hombres de Henry Cliff para que lo fueran a buscar, pues hacía tiempo que no sabían nada de él; no había vuelto a asomarse por casa desde aquella mañana en la que casi deja a Jimbo sordo a golpes por haber regresado tarde la noche anterior, después de perderse con su amigo Roger, apestando a whisky e incapaz de levantarse para ir a la iglesia.

Henry Cliff se avergonzaba de su hijastro como hacía tiempo que Tillie se avergonzaba de su madre, pero desde que esta había

fallecido, solo podía evocar su imagen de una década atrás, cuando Thérèse se asemejaba más a una espiga de trigo que a una estampida de bisontes, cantándole a Thomas la misma nana que le había cantado a ella pocos años antes. También la recordaba sosteniendo al niño, nerviosa, cansada, desesperada por no saber cómo bajarle la fiebre y conseguir que dejara de llorar de una vez.

Es la inquietud, se dijo Tillie, el peor veneno de todos: no solo se expande, sino que además se contagia. Cómo había podido cambiar tanto Henry, se preguntó, cómo había pasado de ser el tipo caballeroso que había cortejado a una mujer con dos criaturas a su cargo, a las que al principio trataba con cariño, a convertirse en el tirano que los obligó a mudarse prendiéndole fuego a su hogar, a la misma casa en la que había nacido Thomas, con todas sus pertenencias todavía dentro, sin darles tiempo siquiera de sacar al pájaro que él mismo tenía enjaulado y cuyo canto tanto gustaba a Madre.

Tillie nunca olvidará las primeras horas de la noche en vela, llorando al contemplar cómo ardía su casa, así como las horas cercanas al amanecer, llorando aún más al ver cómo se apagaba.

Este será mi sitio, le dijo esa tarde a la mujer blanca, percatándose de que tal vez no fuera una cautiva, sino una joven que, como ella, había elegido vivir entre los indios.

Para cuando las primeras anémonas empezaron a motear de púrpura la pradera, Tillie ya no era Tillie Jones sino la que Camina de Noche. Hablaba como una sioux, vestía como una de ellos y participaba en todo lo que aconteciera en la comunidad. Como, por ejemplo, ayudar a envolver en pieles de búfalo el cuerpo diminuto

de la hija de Caballo Loco. La pequeña Pluma cayó muy enferma durante el invierno y no logró recuperarse. Estaba en su destino morir siendo aún una niña, se dijo Camina de Noche, y le agradeció que no hubiera fallecido a su llegada, que la hubiera ayudado, sin saberlo, a quedarse, y que le hubiera ofrecido el tiempo suficiente para quererla como a una hermana e incluso el privilegio, ahora, de poder amortajarla. El olor agrio del cuero ocultaba el de fruta podrida de su cuerpo desprendido de chispa. Le habría gustado que Madre hubiera podido tener un funeral tan digno como el que ella estaba a punto de presenciar.

—Ahora Pluma será Pluma cayendo en la Nieve —dijo Piel de Sombra mientras pintaba el rostro a su esposo.

Camina de Noche notó que las líneas dibujadas en la cara de Caballo Loco estaban hechas con pulso firme, a pesar del temblor que causaba la tragedia. A diferencia de los suyos, esos padres habían aceptado la pérdida de su hija como una posibilidad desde el momento mismo en que vino al mundo.

Observó cómo algunos guerreros se cortaban el cabello en señal de duelo. Ella se quitó la cuerda en la que llevaba recogida su trenza, imitando a otras mujeres de la tribu, y siguió a una comitiva que llevaba el cuerpo envuelto de la niña. Se dirigían a una colina que se divisaba desde el campamento, donde ya trabajaban varios indios en la construcción de una especie de altar, a bastante altura del suelo, hecho con troncos y ramas gruesas. Le pareció estable pero ligero, como ligera era Pluma cayendo en la Nieve.

Habría sido imposible elevar a Madre hasta ahí, se dijo, y, al pensar esto, el llanto por la niña se entremezcló con la risa que provoca una pena más antigua. Todo cabía. Rio y lloró. Y no le avergonzó gritar su dolor al viento, pues hasta los hombres de la tribu gemían con la misma intensidad que las mujeres. Cuando se

calmó, Piel de Sombra le pidió que cantara como lo hizo la noche en que llegó.

Dors, ma petite, dors aussi
Le soleil vient de partir...

Después llegaron las ofrendas. Un guerrero alzó a una niña para que depositara sobre las pieles un saquito lleno de tabaco silvestre, artemisa y cedro rojo; otros niños dejaron trozos de madera tallada que representaban seres en miniatura: un caballo, un oso, un búfalo. Camina de Noche dejó una muñeca de trapo que ella misma había cosido para la pequeña poco después de empezar a vivir entre los indios.

De regreso al campamento pensó, como cada día, en Jimbo. Deseaba que estuviera bien, pero algo, un ruido constante como el zumbido de un insecto, le murmuraba al oído que su hermano ya no pertenecía al mundo de los vivos.

Jimbo Jones desapareció poco después de su hermana. Su padrastro le había dado una última paliza y le había echado del pueblo junto a su amigo Roger, advirtiéndole que si volvía a avergonzarlo acabaría colgado de un árbol. Finalmente, Roger y él terminaron ahorcados en otro pueblo, por lo mismo que podrían haber sido ahorcados en el suyo.

Camina de Noche supo de esto varios inviernos después de la muerte de Pluma cayendo en la Nieve, cuando uno de los hombres de Henry Cliff se acercó al campamento sioux. El mensajero envió un caballo solitario con algunas viandas en los faldones, como muestra de venir en son de paz, y una carta para Tillie, confiando en que, pese al tiempo que llevaba allí, recordara aún cómo leer.

Le llevó tiempo descifrar las sílabas que formaban las letras y cómo estas, a su vez, se convertían en palabras que daban lugar a oraciones complejas. Se dio cuenta de que, a pesar de que adoraba los libros, no había echado en absoluto de menos la lectura, pues no había noche sin que algún sioux se animara a contar una historia. Para cuando logró leer el mensaje entero, hacía ya varios días que el mensajero se había marchado de los alrededores.

La carta, además de contar lo de Jimbo, decía que Henry Cliff tenía tuberculosis y que, en ese invierno —el más crudo que se recordara desde el que se había llevado a la hija de Caballo Loco—, su salud había empeorado. Y siendo Tillie su única familia, había rogado que la encontraran.

Camina de Noche dio un beso a su hijo, todavía un bebé, lo dejó al cuidado de Piel de Sombra e hizo uso de su nombre para salir del campamento sioux igual que había entrado tiempo atrás. Cuando estuvo lo bastante lejos, montó el caballo mensajero y cabalgó de regreso a su antigua morada al amparo de las estrellas y el aullido de los coyotes que anunciaban la proximidad de la primavera. El cielo despejado le permitió ver infinidad de estrellas. Una de ellas titilaba. Decidió que era Jimbo, que le guiñaba un ojo para saludarla.

Le costó reconocerlo: Henry Cliff, antes corpulento, ahora era un pobre espantapájaros despojado de relleno y aparentaba más edad de la que en realidad tenía. Una monja o enfermera —quizá ambas cosas—, sentada al pie de su cama, se santiguó al verla entrar como si hubiera visto al mismo demonio, pero ella la echó con un gesto seco; después de más de un lustro sin hablar su idioma natal, no fue capaz de traer a la boca una sola de aquellas palabras. El vocabulario que aprendió de niña ahora le parecía un engranaje

dirigido a reforzar la codicia de poder y dinero, y acaso pudiera ser, se dijo entonces, el origen de casi todos los males. Desde luego era inútil para la vida —*Mitákuye Oyás'iŋ*— como la entendían los sioux.

Henry abrió los ojos y miró a la joven que tenía delante. Desde que no la veía, su piel se había curtido y bronceado, haciendo resaltar aún más el verde de sus ojos; llevaba el pelo recogido pulcramente en dos largas trenzas y adornado con cuentas de colores a la altura de las orejas. El hombre intentó hablar, pero casi no podía respirar, se estaba ahogando. Ella negó con la cabeza. No hacía falta decir nada. Tomó la silla en la que se había sentado la monja para colocarse frente a él. Se acordó de su última noche en esa casa, de la discusión por no saber sentarse como corresponde en ese artilugio de cuatro patas y un respaldo.

Al poco llegó el doctor, que le tomó el pulso en silencio. La monja regresó un instante para dejar en la mesa una jarra de agua. El médico vertió dos dedos en un vaso, añadió unas gotas de un frasco que sacó de su bolsillo y revolvió el líquido antes de acercarlo a los labios de Henry Cliff. Después se volvió hacia ella y le pidió que saliera con él de la habitación.

—Le he dado las últimas gotas de láudano que tengo —dijo el médico—, pero en unas horas, a medida que el efecto vaya desapareciendo, la sensación ante la falta de aire se le hará insoportable.

Ella regresó junto al enfermo. El pecho le subía y bajaba tres veces más rápido que el suyo. Si ya le parecía que estaba sufriendo, ¿cómo sería entonces cuando se disipara el influjo del opio?

Poco a poco lo fue descubriendo. De la boca de Henry Cliff, cada vez más abierta, emergía un sonido que unas veces recordaba al resuello de un caballo exhausto tras un galope y otras al murmullo del agua al hervir al fuego. Ella le acercó la mano y él la tomó con

un apretón involuntario, pues tenía las suyas muy hinchadas, aunque aún dejaban ver unas uñas cortas y aseadas que indicaban que no le habían ido mal los negocios. Y, sin embargo, se estaba muriendo de la peor forma posible, asfixiándose lentamente.

Por un instante se acuchillaron los ojos con el brillo de antiguos rencores, pero al final ambos estuvieron de acuerdo en que nadie merecía morir así, aunque cada cual por distintas razones. Henry, por la agonía que estaba padeciendo; ella, por lo irrecuperable: todo lo que ese hombre no había sido capaz de amar.

Su padrastro desvió la mirada como quien está avergonzado, o como si eso pudiera ayudarlo a respirar. Por unos instantes a ella también le faltó el aliento. Un calor nauseabundo le invadió la garganta al verlo así. Debería matarlo de una vez y ahorrarle el sufrimiento —se dijo volviendo a ser la Tillie Jones de años atrás—, como se hace con un caballo o cualquier bestia cuando no hay forma de salvarlos.

Se puso en pie y apartó la silla, se acercó a él con miedo, como si Henry Cliff fuera una serpiente que aún pudiera morder.

—*Dors, mon petit, dors aussi...*

Le levantó un poco la cabeza y retiró con cuidado una de sus almohadas. Se miraron de nuevo: él con unos ojos que parecían querer huir de aquel trabajo espantoso que era morirse; ella sosteniendo la almohada con ambas manos, tan cerca de la cara del hombre al que de niña había llamado padre tantas veces.

Ahuecó la almohada con rabia, como quien quiere sacudirle el polvo a una alfombra. Se quedó absorta un momento mirando cómo una de las pequeñas plumas del relleno se posaba con delicadeza en las sábanas blancas. *Mitákuye Oyás'iŋ* —todos estamos conectados —, se dijo recordando a la hija de Caballo Loco y a su propio hijo. Entonces se apartó, dejó caer la almohada al suelo frío y se sentó

encima cruzando las piernas. Le resultaba imposible estar cómoda en una silla.

GRIS AZULADO

Piedras las hay de todos los colores.
He encontrado una que quema como el fuego
y otra que nunca se calienta
yo busco una de color verde claro
porque dicen que cura la tristeza.

JOAN BROSSA,
Piedras

Entré encorvada a casa, la barriga acalambrada sujeta por ambas manos —*no llego, no llego*— temiendo habérmelo hecho todo encima. No sé cuánto tiempo me quedé ahí sentada, seguro que hasta mucho después de empezar a sentir hormigas subiéndome por las piernas, quieta, la mirada fija en lo que había en mis bragas: no medía más que la llave de mi apartamento.

Qué extraño es descubrir de esta forma que has estado embarazada. Ni siquiera había tenido tiempo de pensar si era algo que desease, pero me pregunté, ilusa, si aquella criatura diminuta, azul amoratada, respiraba. ¿Quizá lo deseaba después de todo? En ese momento acepté que fuera así: silenciosa. No importa que no se mueva, me dije, porque a veces es mejor que todo se quede como está. Y al momento me repetía: Esto ha partido de mí. ¡De mí! Hasta me detuve a buscar un parecido —¿a quién podría haber salido?—, e incluso me reí un poco al ver que su preludio de rostro me recordaba al de Winston Churchill, como todos los que había visto alguna vez en ecografías 3D.

Lo recorrí con el dedo hasta llegar al cordón fino y deforme que aún nos unía y pensé que sería una pena cortarlo y separarnos tan pronto. Lo tomé con delicadeza entre mis dedos que al instante se volvieron pegajosos y me metí con él en la ducha para lavarlo, cuidando bien de que el agua no le cayera directamente, pues temía que se deshiciera. Al secarlo, su color se volvió azul grisáceo.

Aquello, vivo o no, me parecía un prodigio. Por eso habría querido que todo el mundo nos viera, pero no como esa gente que muestra sus lágrimas delante de la cámara, sino como cuando escribes un libro y deseas, de todo corazón, no solo que alguien lo lea, sino también que lo comprenda.

Salí a caminar, llevándolo metido en el bolsillo del pantalón del chándal, siempre con mi mano rozándolo: me sentía culpable, como si la criatura pudiera notar el abandono por haber cortado aquel cordón que nos conectaba.

Tenía la esperanza de encontrarme con algún amigo o vecino, pero no me topé con nadie a quien poder enseñárselo. Alguien a quien poder decirle: mira, ¿no te recuerda a mí?

No debería haber salido, me reproché cuando empezaron a fallarme las piernas, de modo que busqué un banco en el parque donde poder sentarme. Me quedé dormida unos instantes con él en mi regazo y, al despertar, lo tenía cubierto con mis manos, tal vez para protegerlo de la brisa. Al apartarlas vi que su color había cambiado de azul grisáceo a gris azulado.

El aire olía a primavera, el parque estaba a rebosar de gente; sin embargo, nadie reparaba en mí ni en lo que llevaba. ¿Cómo no se daban cuenta de la magnitud de lo sucedido? Lo miré de nuevo y entonces lamenté que no se moviera; estaba segura de que, de haberlo hecho, alguien nos habría tomado en cuenta. Un niño se acercó unos metros, pero solo para señalar bajo el banco: tenía

sangre traspasando el pantalón y goteaba formando un charquito sobre el albero. Cuando levanté la vista, el pequeño ya se había esfumado, como algunos amantes cuando oyen ciertas palabras: *precaución*, *responsabilidad*, *amor*.

Me apresuré a casa, dejé la ropa ensangrentada en el cesto de la colada y me di una ducha para tratar de borrar el olor a chatarra de entre las piernas. Solo me mantenían en pie las ganas de abrazarme a la almohada, nada más, pero cuando al fin estaba a punto de quedarme dormida, me acordé de él. ¿Dónde lo había dejado? No podía haberlo perdido. ¿Cuándo había sido la última vez que lo había visto? ¿Qué hice después de tenerlo en mis manos, en el banco del parque? No sabía si lo había vuelto a meter en el bolsillo. Corrí a la percha de la entrada, pero tampoco encontré el abrigo. Entonces recordé que se había manchado de sangre y lo había dejado en la cesta de la ropa sucia. Busqué en los bolsillos y ahí estaba: Gris Azulado.

Pensé en llevármelo a la cama conmigo, pero temí aplastarlo. Lo dejé en el cesto, acunado entre la ropa sucia, como un Niño Jesús en el pesebre.

Al día siguiente, mi primer pensamiento fue para Gris Azulado. Me acerqué al lavadero cargando con mi pijama sucio y las sábanas manchadas de sangre. Arrebujado entre los pliegues del abrigo y los pantalones, me fijé en que se había vuelto más oscuro, como una sombra. Junto a la luz de la ventana, aún conservaba algunos de sus reflejos azules. Lo acaricié: ya no era la carne blanda de ayer sino una masa rígida que parecía más pesada. No debí dejarte aquí solo.

Lo metí en el bolsillo de la bata de andar por casa. Puse una lavadora, tendí la ropa, preparé algo de comer para distraerme, pero lo sacaba a cada instante, como el móvil que miras de forma

compulsiva para ver si ese amante te ha respondido al mensaje. Esperaba que se moviera o que, al menos, cambiara de color de nuevo. Al terminar las tareas me encontraba sin fuerzas y, como seguía sangrando, llamé para pedir cita con el médico. Me ordenaron que fuera de inmediato a Urgencias.

No les mencioné que llevaba a Gris Azulado conmigo porque se dedicaron a regañarme, a hacerme preguntas cuya respuesta no sabía, a no entender que no vine antes porque, a veces, lo más sencillo es no hacer nada y dejar que todo se quede como está. Después aspiraron de mi cuerpo cualquier materia restante. Al acabar me dieron unas compresas enormes y unas cápsulas enanas de dos colores que debía tomar cada ocho horas. También me dijeron que hiciera reposo.

De vuelta a casa, ya no me apetecía encontrarme a nadie para contarle lo que había pasado, tenía miedo de que me preguntaran lo mismo que ellos. Además, Gris Azulado se había tornado tan oscuro que parecía uno de esos trozos de plastilina que se ponen duros cuando hace tiempo que nadie los toca. Sus reflejos azules se habían vuelto de un zarco mate. Cuando llegó la hora de acostarme, lo llevé al lavadero. No quedaba ropa sucia en el cesto de la colada, de modo que lo llené de ropa limpia para que asomara a la superficie o quizá pensando en que estaría más a gusto (al menos, mi pensamiento).

Por la mañana me preparé un gran desayuno, me tomé las pastillas, hice la cama, lavé los platos, me vestí —aunque no tenía previsto salir a la calle—, alargué cualquier tarea pendiente con tal de posponer la hora de asomarme al cesto y encontrarme con algo que recordara a un trozo minúsculo de carbón. Si me decidí a ir a verlo, fue porque oí un ruido en el lavadero, como un aleteo.

Era un vencejo, sí, una de esas aves de patitas cortas que suelen morir si caen al suelo. No parecía herido, solo desconcertado. Le acerqué al pico mi dedo con una gota de agua y vi que bebía. ¿Eres tú Gris Azulado?, le pregunté acariciándole con el mismo dedo tembloroso la coronilla, pero cuando paré, se revolvió con fuerza.

Durante un tiempo lo alimenté con gusanos vivos, lo que me aconsejaron en una tienda de animales cercana. Lo tenía junto al cesto de la ropa, metido en una caja con un papel al fondo que le cambiaba a menudo para que estuviera siempre limpia. También en sus ojos grandes y pico pequeño buscaba unos rasgos míos, pero vi que, si acaso, se daba más un aire a María de Medeiros.

Cada dos días lo sacaba de la caja y, conteniendo la respiración, me subía con él en las manos a una silla del rincón del salón —la estancia más amplia de la casa—. Allí extendía las palmas abiertas para comprobar si podía volar. A veces amagaba un batir de alas hasta que poco a poco se volvió menos tímido, y un día, por fin, se animó a saltar.

Lo siguiente era envolverlo en un trapo y llevarlo al parque, buscar un espacio abierto donde pudiera tomar el vuelo. Retiré la tela haciéndole un hueco en mis manos como el teatrillo que habíamos ensayado en casa. Después levanté los brazos hacia el frente y, como no se iba, los moví arriba y abajo para ver si eso le daba impulso.

Se tomó su tiempo. Con cada segundo en que no se iba, se me fue instalando una pregunta en el pecho. Al final, él salió volando y yo regresé a casa por un camino distinto.

Pasé el resto de la semana en reposo. Los siguientes días me iba al parque y miraba al cielo. Al ver pasar los vencejos, jugaba a adivinar cuál de ellos sería Gris Azulado. Cuando el verano dio paso al otoño, dejé de verlos; llegaron otras aves. Mientras observaba a

las lavanderas con sus colas de telégrafo, me preguntaba si alguna de ellas habría sido el fruto descarrilado de otra mujer.

Meses después, un día de comienzos de invierno, fui a meter las toallas sucias en la lavadora y descubrí que Gris Azulado había estado ahí todo ese tiempo, en el fondo del cesto, junto a restos de polvo y pelo que se adhieren a la ropa, algún botón fugado de una camisa y hasta una moneda que no sé cómo fue a parar ahí. Lo cogí con cuidado. Se había vuelto más pequeño, de un blanco celeste, y en mis dedos parecía una roca a punto de hacerse arena. Por eso no me atreví a limpiarlo, ni siquiera a quitarle los dos o tres cabellos que se le habían quedado pegados. Lo envolví en un trapo, como al vencejo, y lo llevé al mismo parque, escarbé un hoyo junto a un árbol y allí lo enterré. Antes de irme, busqué una piedra y marqué la corteza del árbol con una A.

No sé por qué hice una señal, no he vuelto a ese parque. Al menos sé que aquel era un buen árbol, uno muy cerca del estanque, donde no suelen acercarse a mear los perros. La piedra gris con la que lo tallé, en cambio, la tengo en casa. A veces la saco del cesto de la ropa y la miro cambiar de color cuando la caliento con las manos.

NO TE GUSTAN LOS BEBÉS

No te gustan los bebés. Acabas de nacer, eres uno de ellos, así que no importa que no te gusten porque solo te gustan las tetas, sí, las tetas, a ser posible las de mamá, de las que en una semana te ha obligado a despedirte a cambio de un biberón al que tampoco haces ascos.

Tienes dos años y medio y papá te dice que ya no eres un bebé. A ti te da igual, solo estás deseando que te pregunte cuántos años tienes porque tus hermanos te han enseñado a contarlos con los dedos. Con una mano haces la V y, con la otra, le enseñas un dedo que luego doblas para dejar visible lo que te parece un muñoncito parecido al de la vecina del tercero, esa a la que le falta un pulgar.

Tienes cinco años y no te gustan los bebés y así se lo dices a esa vecina cuando te pregunta si estás contenta porque vas a tener otro hermanito.

Tienes seis años y el hermanito no ha llegado a nacer. Cuando preguntas por él, tu madre te dice que se ha muerto porque tú no lo querías. Nunca más vuelves a decir en alto que no te gustan los bebés.

Tienes nueve años y, aunque no te gustan los bebés, pides que te regalen un muñeco bebé por tu cumpleaños solo para parecerte a

una niña del vecindario a la que le dejan tener el pelo mucho más largo que a ti. Se llama Alicia y es especial porque ha visto en el cine la película que tú estabas deseando ver, pero que no viste porque tu madre confundió marionetas con dibujos animados y os metisteis con tus hermanos en la sala en la que daban *Vampiros en La Habana*. Alicia dice que *Dentro del laberinto* trata de una chica a la que no le gustan los bebés, y te lo cuenta con tanta ilusión y tantos detalles que años más tarde creerás, y hasta jurarás, haber visto esa película.

Estás a punto de cumplir diez años y no tienes más remedio que admitir de nuevo que no te gustan los bebés, aunque se lo dices a mamá de forma muy sutil. Dices No me gustan los *muñecos* bebé. Te has peleado con Alicia, así que ya no quieres parecerte a ella ni escuchar todo sobre las películas que la llevan a ver al cine. Mamá al menos te lleva al quiosco y escoges un cuento del Oeste y el quiosquero dice que trata de una jovencita que se va a vivir con los indios.

Tienes catorce años y no te gustan los bebés, pero nunca lo mencionas y además estás a salvo porque acabas de comenzar el instituto y hace tiempo que no ves a uno de cerca, aunque eso podría cambiar en cualquier momento porque una compañera de clase se ha quedado embarazada y dice que está deseando ver la cara de su bebé.

Tienes dieciséis y conoces a una chica en las clases de francés que un día durante el recreo te dice que no le gustan los bebés y solo por eso crees que seréis mejores amigas y os hacéis amigas hasta la universidad, aunque no sabes si sois mejores o tan siquiera buenas.

Tienes diecinueve y no te gustan los bebés pero sabes perfectamente cómo se hacen. Te encanta el proceso, pero no el resultado, te pasarías el día haciéndolos, y que después se encarguen otros, como quien escribe un libro para que los demás lo lean, solo que para escribir un libro se puede estar sola, y en esto no estás sola. Por eso sospechas que en realidad hacer bebés se parece más a cuando tienes que trabajar en un proyecto artístico por parejas y te lo pasas genial apuntando ideas y fumando porros con tu compi, e incluso lo presentáis en clase creyendo que es perfecto, pero años después descubres que lo que tú veías como algo maravilloso en realidad era bastante cutre.

A los veintiuno no te gustan los bebés y tu amiga del instituto deja de llamarte porque se ha echado un novio. Pasan un par de años y un día te llama, quedas con ella (y con su novio, que parece un verdadero bebote porque nunca se separa de ella) y te cuenta que van a tener un bebé (otro, si contamos al bebote). Creía que no te gustaban los bebés, dices después de darle la enhorabuena, pero ella se enfada y contesta que no recuerda haber dicho eso jamás. ¡Jamás!

Tienes veintimuchos y hace tanto que no ves un bebé que ni te acuerdas de que no te gustan hasta que descargas en tu ordenador la que dices a todo el mundo que era tu película favorita de niña. Escuchas la frase más icónica: «Ojalá vinieran los goblins y se te llevaran ahora mismo», y de repente caes en que nunca llegaste a verla, pero lo que más te sorprende no es eso, sino que no consigues meterte dentro del laberinto porque no soportas el

sufrimiento real al que está expuesto el pobre bebé que hace de hermanito de la protagonista.

Quitas la película a la mitad. Necesitas olvidarte de lo que acabas de ver, aunque salga David Bowie, así que te descargas *Vampiros en La Habana*, pero cuando abres el archivo pirata no es una peli de dibujos animados sino una en blanco y negro sobre vampiros en el Titanic. La peli te engancha y te quedas a verla. Casi al final sale un bebé que no para de llorar, pero es una escena breve. Menos mal.

Tienes más de treinta años, y sales con gente de veintipocos porque sabes que son jóvenes para pensar en bebés. Alguna amiga de esas dice que le encantan los bebés, pero pensar en tenerlos es como imaginar la vida en una galaxia lejana; en cambio, te pregunta ¿Y tú para cuándo? ¿Cuándo vas tú a tener un bebé?

Tienes casi cuarenta y las amistades que ayer tenían veinte te invitan a *baby showers* porque, aunque te parezca increíble, de repente, van a tener un bebé. Ya no sabes ni cuántos bebés tienen, y aunque tengan tres cada una y tu madre te pregunte por qué ya no ves a fulanita, tú respondes que porque tiene que cuidar *del bebé*, como algo singular y abstracto.

Tienes cuarenta y dos y un retraso. Crees que podrías estar embarazada. No quieres tener un bebé, pero aún tardas tres días más antes de atreverte a comprar una prueba de embarazo. Te haces la prueba y sale negativa. Tranquila, no vas a tener un bebé. Esa noche sueñas que te sale una criatura azul grisácea, amoratada y sin vida de entre las piernas, parece un bebé aunque mide apenas cinco centímetros y está unido a ti por un cordón muy elástico y pegajoso que te recuerda a la *mano loca*, aquel juguete que Alicia y

tú lanzabais contra los cristales de las ventanas cuando erais pequeñas, a pesar de las veces que su madre y la tuya se enfadaban porque dejabais los cristales hechos una porquería.

La criatura del sueño te parece bonita incluso siendo tan oscura, así que decides quedártela, aunque no se mueva, y llevarla contigo a todas partes como un llavero, pero con sumo cuidado de no quebrarla, nunca se te ocurriría estamparla contra una ventana. Te la dejas asomando por fuera del pantalón, para que se vea, a la espera de que alguien te pregunte por ella. Nadie te pregunta y eso te entristece. Te despiertas empapada en sudor y con las sábanas manchadas de sangre. Definitivamente, no vas a tener un bebé.

Tienes cuarenta y cuatro y tus amigas ya no tienen bebés porque sus bebés han crecido y ahora son prepúberes, púberes o adolescentes. Ya no se habla de bebés, ya no tienes miedo de que te acerquen uno a la cara. Ya no tienes que decir que estás incubando una gripe y ver cómo algunas madres lo apartan poniéndole una mano en la boquita al bebé para que no respire cerca de ti, rata asquerosa. Ya puedes estar tranquila junto a ellas, y un día quedas para tomar un café, pero cuando estás con la taza en la mano, una de esas amigas dice que su prima, la que vive en Inglaterra, está de visita y que viene de camino con su bebé.

Y llega el bebé, aunque te fijas más en la madre, que viene empujando como puede un carrito lleno de cosas, como el océano arrojando un tsunami con los plásticos que los turistas vertieron en el mar. Y al llegar hasta vuestra mesa saca del carrito al bebé medio adormilado para, según ella, *introduce her*. El bebé se presenta llorando. Tú le dices hola a la madre con el mismo tono que usas para saludar al tesorero de tu comunidad de vecinos, uno que no oye nada y por eso mueves mucho la boca para que vea que estás

diciendo hola e incluso lo repites varias veces moviendo la cabeza hasta que te cercioras de que te ha visto y él también te dice hola. Pues así, así saludas también al bebé mientras ves cómo se lo pasan unas a otras para que deje de llorar, poniendo morritos y diciendo Ooooh o Aaaah, hasta que solo quedas tú por cogerlo en brazos y cuando te lo acercan pones cara de que mejor no.

Pero la prima de tu amiga, que no te conoce tanto, que no espera a que digas que estás incubando una gripe, que no imagina siquiera que no te puedan gustar los bebés, te lo ordena: *Take her*. Lo hace en inglés, y le dices, para ganar tiempo, que pensabas que era española, y ella te aclara que le cuesta pensar en español después de tanto tiempo en Londres. Y tú quieres contarle que también estuviste en Londres una buena temporada, incluso que una vez viviste en una casa victoriana, porque no sabes qué otra cosa hacer ni cómo se coge un bebé siquiera, pero ella te lo planta en las narices y no tienes más remedio que sostener al bebé en brazos.

Por primera vez tienes a un bebé encima, por primera vez miras a un bebé de frente, miras a ese bebé de mofletes tan inflados como la manzana más apetitosa del Paraíso y ahí es cuando notas algo en él. Perdón, en ella, porque te han dicho que es una niña. No es miedo ni rechazo, es otra cosa. Te preguntas qué será, te la pones más cerca y la hueles, como hacen las bestias salvajes, le cantas bajito *Hello, hello*. El bebé te mira y entonces te das cuenta: a este bebé no le gustan los bebés. Pobre bebé, te compadeces, cómplice de su secreto, y, en un lenguaje que solo el bebé y tú podéis comprender, le dices que no se preocupe, que no se lo contarás a nadie, y le prometes que todo irá bien.

VIVIR EL MOMENTO

> —No creo en eso de vivir el momento, Molina, nadie vive el momento. Eso queda para el paraíso terrenal.
>
> MANUEL PUIG,
> *El beso de la mujer araña*

—Al tipo se le ve que algo raro tiene. Como si estuviera ido. Además de ir encorvado, hace unos gestos con la lengua que dan asco. *Miedm niedm diemn*, como Ron Perlman en *El nombre de la rosa*. El caso es que además va vestido de forma miserable y nadie le presta atención, pero de repente saca un buen fajo de billetes y se lo da al de la taquilla. Entonces la cosa cambia: el de la taquilla le da los pasajes y llama a unos empleados para que vayan a por sus cosas. Al momento unos muchachos están cargando unos baúles, varias maletas y una caja rectangular y enorme de madera.

—Ahí va el vampiro, ¿verdad?

—Sí. Pero sabes cómo va el tema con los vampiros, ¿no? Lo de los ajos, los espejos, las cruces, el agua bendita...

—Claro.

—Bueno, pues entonces sabrás también lo que los mata.

—El sol; una estaca de madera clavada en el pecho; la decapitación... ¿Qué más?

—Pues, de forma algo menos popular y consensuada, lo de beber sangre de muerto y el agua corriente. Bueno, pues el vampiro quiere

huir de Europa porque otros vampiros se la tienen jurada, aunque no se explica todavía por qué, y la idea es cruzar el Atlántico, pero para eso necesita ayuda. En general, los vampiros tienen un siervo entre los mortales al que le han prometido, a cambio de unos cuantos años de servidumbre, la vida eterna.

—Convirtiéndolo en vampiro.

—Exacto. Eso también sabes cómo se hace, ¿no?

—¿Lo de la saliva en los colmillos o que te muerda pero te deje con vida?

—Algo así. Pues, el que ha comprado los billetes es el siervo del vampiro. Aparenta la edad de un jubilado, uno enorme, aunque le faltan dientes y se nota que lleva demasiado tiempo sirviendo, pero el vampiro le ha dicho que llegar a salvo a América será su pasaje a la eternidad.

—Toda la vida trabajando para llegar a vampiro de viejo. Es como cuando te venden un fondo de pensiones carísimo pero las fuerzas no te dan ni para viajar con el Imserso.

—Pues más o menos. El pobre hombre en particular es un desgraciado al que se le coge manía enseguida. Nada más subir al barco, se da cuenta de que los muchachos han olvidado traer su propio equipaje, queda poco para zarpar y no tiene más remedio que intentar bajar a buscarlo él mismo, pero no puede porque hay demasiada gente que viene en dirección contraria. Entonces aparece una joven que está a punto de subir y se percata del problema del viejo, así que le pide a gritos a su prometido, que todavía está abajo, que tome una maleta que parece abandonada. El novio la acarrea pensando que es de la chica, pero al llegar, esta se acerca a dársela al viejo, que se la arrebata desconfiado, mientras le hace un buen escaneo. La joven tiene el pelo larguísimo y rizado. Y esto te va a hacer gracia: juraría que la peli era en blanco y negro pero,

cuando pienso en ella, me imagino a la chica pelirroja, con los ojos de color miel y vestida de color verde claro.

—Entonces la llamaremos la pelirroja. ¿Quieres chocolate?

—Me van a salir granos.

—Estamos en pleno duelo. Tenemos derecho a una tableta entera por lo menos.

—Sigo. Por la noche, el siervo quita el candado al arcón donde está su amo. La caja, que es bien grande, contiene a su vez un ataúd rodeado de tierra. El siervo dice que esa tierra pertenece al lugar de donde procede su señor, pues se supone que es la única forma que tienen los vampiros de cruzar y atravesar el mar, pero ahí está una de las claves de la película, porque después de contar esto, hay una escena del capitán hablando del barco, explicando la grandeza del Titanic, con capacidad para más de tres mil personas, y cuyas dimensiones hacen que resulte una especie de pueblo, una pequeña isla. Así que el vampiro no solo podrá salir del cofre cada noche, sino que hasta se paseará por la cubierta.

—Entonces lo de la tierra sobra, ¿no? ¿Para qué lo cuentan?

—Pues porque hará falta más adelante y porque así tienen una excusa para introducir el flashback en el que se dice cómo llegó el protagonista a ser un vampiro trescientos años atrás. Verás, él toma un puñado de tierra del ataúd con sus manos y al dejarla caer, la imagen se funde con la de un muchacho sacudiéndose el polvo. Es él mismo, pero va vestido de una época anterior. Sabemos que es la de Shakespeare porque hay un cartel de *Hamlet* y parece que sale de ver la obra en The Globe. Se dirige a una taberna en la que se emborracha y tiene una pelea con unos tipos, por lo que acaban echándolo del bar. Es de noche, las calles están vacías, pero una sombra lo sigue, mezclándose con la niebla sobre el puente que está cruzando y, cuando el muchacho llega a la mitad, se detiene. Vemos

su cara iluminada en primer plano: está llorando. En esas, pasan los mismos con los que se estaba pegando en la taberna, que empiezan a reírse de él, a decirle que los hombres de verdad no lloran, que parece una mujer.

—¿Tú crees que en la época de Shakespeare estaba mal visto que un hombre llorase?

—Yo creo que estaba peor visto cuando se hizo la peli, fíjate lo que te digo.

—Puede ser. Bueno, perdona por interrumpirte.

—Tú puedes interrumpirme lo que quieras. Ni que tuviéramos prisa hoy. Sigo. El joven corre hacia ellos plantando un puño en la cara del más grande, pero después lo muelen a palos porque son tres contra uno. Entonces aparece de la nada la sombra que lo seguía dispuesta a encargarse de ellos. Al grandullón lo lanza al Támesis, a los otros dos les muerde en el cuello hasta dejarlos secos. Cuando solo queda el muchacho, vemos desde su perspectiva que aquella sombra se le acerca al cuello pero enseguida se separa de él y, como si fuera un fardo, se echa al herido al hombro.

»Al día siguiente, el chico se despierta en una habitación enorme. Una luz muy tenue entra por la ventana. Sale de la cama con la camisa ancha y larga, medio abierta. Se asoma guiñando los ojos, como si le molestara la poca claridad que queda del día. Parece cansado, tiene señales de la paliza, está magullado y además se nota algo en el cuello, aunque no puede saber qué es porque, después de dar vueltas por toda la casa, no encuentra ni un solo espejo, aunque sí se percata de las marcas en la pared en la que alguna vez estuvieron apoyados. Se viste, sale a un jardín lleno de ramas secas, se fija en el suelo árido, en que no hay ni una flor, y, por fin, en el paisaje yerto. Camina por los alrededores fuera de la mansión. No tiene ni idea de dónde está. Cuando anochece, decide

regresar a la casa y al aproximarse se encuentra en su jardín a un hombre vestido como un príncipe, agachándose, cogiendo un puñado de tierra negra. Cuando la deja caer, volvemos a la mano del joven vampiro haciendo lo mismo en el barco.

—¿Sigue teniendo el mismo aspecto?

—Más o menos. La ropa es la de la época del Titanic, principios del siglo XX, pero el pelo lo sigue llevando anudado, algo pasado de moda, pero sabes que, aunque se lo corte, a los vampiros les vuelve a crecer de inmediato. Además, al hablar muestra signos de distinción de otro tiempo. Se lo hace notar la chica pelirroja, la de la maleta. Ella es dulce, la típica persona siempre dispuesta a ayudar a todo el mundo, como al viejo siervo, y cuando ella lo ve la primera noche tan solitario paseando por la cubierta, le invita a que vaya a sentarse a cenar en su mesa, con su familia y otros pasajeros. Él intenta excusarse diciendo que no tiene apetito, pero ella insiste en que se una, aunque no tome nada. Y acepta. Allí, los comensales le hacen preguntas amables a las que él responde vagamente. El prometido de la chica, en cambio, le habla al vampiro de forma cortante, desconfiado. El invitado es muy guapo y la pelirroja no deja de mirarlo; le dice que su rostro le resulta familiar.

—¿Cómo es? Yo me lo imagino como Brad Pitt.

—A ver, esta peli es bastante más antigua que *Entrevista con el vampiro*, pero también tiene el pelo y los ojos claros y un poco hinchados, como cuando has estado llorando un buen rato. Está delgado, lo que le da un aire delicado, casi enfermizo. El novio de la pelirroja, en cambio, tiene el pelo y los ojos muy oscuros, y aparenta más edad que el vampiro. A mí este me resulta mucho más atractivo. De hecho, hay un momento en que los dos están de pie, solos el uno junto al otro en el pasillo estrecho donde están las cabinas de pasajeros, en el que se nota que el moreno es más alto,

con tanta presencia que hace que el vampiro parezca casi un niño a su lado. Dame una oncita más, anda.

—¿No decías que no querías?

—Es por acompañarte. Mmmmmm. Chocolaaaateeee.

—Bueno, sigue.

—Después de la cena, el vampiro se pasea por esos pasillos poniendo la oreja casi en cada camarote, asomándose a los que no están cerrados con llave, hasta que se detiene frente a uno de ellos al oír discutir al moreno con la pelirroja. La puerta está entreabierta y escuchamos cómo el tipo le reprocha que sea tan confiada con todo el mundo y que haya invitado a un extraño a sentarse a su mesa. Ahora la vemos a ella decir que se compadeció de él, que lo había visto paseando muy serio junto a la escalera y que le pareció que incluso había llorado. El tipo cambia su actitud hacia ella y le pide disculpas. «Eres una buena persona y yo un celoso estúpido.» Entonces se abrazan y volvemos al vampiro, que continúa pegado a la puerta. Se aparta cuando oye un ruido. Es un joven camarero saliendo de una habitación unos metros más adelante con una bandeja en las manos. Seguimos al chico por una de las preciosas escaleras del Titanic hasta que alguien le pone una mano en el hombro justo cuando está a punto de subir y perderse por ellas.

—El vampiro.

—Obvio. El muchacho, casi adolescente, se asusta un poco, pero al momento le sonríe. «¿Qué sucede, señor?» El vampiro le pide que lo acompañe, le dice que la puerta de su cabina está atascada y no consigue abrirla. El chaval lo sigue hasta que el otro se detiene frente a una de las cabinas a las que se ha asomado antes y finge no poder abrir. El chico aún sostiene la bandeja. El vampiro se ofrece a sujetarla para que el muchacho pruebe a abrir la puerta. La abre sin ninguna dificultad. El vampiro se excusa. «Qué extraño», le dice

mientras se adentra en el camarote, enciende una lamparita y deja la bandeja del camarero en la mesa. El chico mira el picaporte también desde el interior, para asegurarse de que está todo bien. Lo vemos de espaldas, desde la óptica del vampiro. Suena una música de esas que parece que lo va a matar, pero, de repente, se para. El vampiro le dice que no se preocupe, que debe haber sido una tontería. El chico se gira para despedirse y se lo encuentra sentado en un pequeño sillón. Le pregunta al señor si necesita algo más. «Nada más, gracias, puedes retirarte.» Y, cuando abre la puerta para marcharse, el vampiro se pone en pie y le dice: «¿No olvidas algo?» El chico se gira, no sabe de qué le habla. «La bandeja.» El camarero sonríe. «¡Ah! La bandeja, por supuesto.» Mientras el muchacho se acerca a la mesa, el vampiro vuelve a cerrar la puerta. Y otra vez suena la música de miedo con la cámara fija en la puerta del camarote.

»Al rato el vampiro sale de allí, parece más fuerte, menos pálido, se nota que ahora tiene energía. Se está recolocando la chaqueta cuando se topa con el novio de la pelirroja, que le dice que tiene mejor aspecto que durante la cena. El vampiro le contesta que ha conseguido comer algo (¡ja!) y aprovecha para pedir disculpas si le ha incomodado o le ha causado alguna molestia. "Soy yo quien debe disculparse por mi comportamiento", le contesta el moreno atractivo. Caminan juntos hasta el balcón de la popa, donde se quedan conversando mientras vemos el reflejo de la luna en la estela de espuma y agua que deja el barco. "¿Qué va a hacer en América?" El vampiro le cuenta que hace unos años perdió a una persona importante y no ha conseguido encontrar razones para quedarse, que Europa representa el pasado y que tal vez en el nuevo continente encuentre una nueva vida. El otro le dice que lo siente y

le pregunta si no le queda nadie más en el mundo. "Nadie", le contesta, "a excepción de mi criado".

—Es verdad, ¿dónde está el siervo?

—Pues justo después de nombrarlo lo vemos en la bodega cazando una rata. Más tarde se reencuentra en el camarote con su amo y se la enseña acercándosela a la cara. La rata se retuerce intentando liberarse. El vampiro la mira un momento y le pide que la aparte, que ya está servido. Se vuelve a meter en la caja y cierra la tapa.

—A dormir.

—Eso es. A la mañana siguiente, mientras el vampiro duerme, encuentran al camarero casi sin pulso. Se lo llevan y lo dejan para que se recupere en una sala equipada con camillas. Más tarde, cuando una enfermera de la tripulación va a la sala, el camarero, ya despierto, delira y se contrae casi igual que la rata que había cazado el siervo. Llaman al médico de a bordo, pero nadie puede explicar qué le sucede. El camarero escapa de ellos, sale a proa, donde de repente grita que el sol le quema, de modo que huye hacia los pisos inferiores y lo perdemos de vista. La pelirroja, que paseaba por allí en ese momento, lo ha presenciado todo. Va a contárselo a su prometido, pero cuando está a punto de hacerlo se acuerda de que él siempre le dice que se mete demasiado en la vida de los demás, con ese efecto de las películas antiguas de tener un eco que parece que sale de su cabeza, así que decide no contarle nada. Por la noche vuelve a ver al vampiro mirando ensimismado el reloj incrustado en la talla de madera junto a una gran escalera. Esta vez, es ella quien lo asusta al ponerle la mano en el hombro. Él se sorprende, porque se supone que los vampiros tienen los sentidos muy desarrollados. «No la he oído llegar», le dice desconcertado. La mira, tiene algo especial pero no sabe qué es. Ella le cuenta que ha visto a un

camarero gritando y huyendo hacia la bodega. El vampiro le pregunta qué puede hacer él, por qué se lo cuenta, por qué no se lo cuenta a su marido. Ella le corrige. «No es mi marido... aún. Nos acabamos de prometer.» Le da a entender que es un matrimonio acordado desde la infancia por sus padres; el viaje es justamente una oportunidad para conocerse un poco antes de la boda. «Además —insiste—, él no le daría importancia a lo que he visto.» «¿Y yo sí?», se extraña el vampiro. «Sí, yo creo que usted podría ayudar al chico. ¿Ya le he dicho que su cara me es familiar?», pregunta ella. «La verdad es que usted también me recuerda a alguien», le contesta de lo más cortés. La chica se da cuenta de que es tarde y le pide que la acompañe a su estancia. Al llegar a la puerta, ella le ofrece la mano, como para atraerlo al interior de la cabina, pero él se la besa, algo anticuado, y se aleja diciendo que va a ver cómo está el camarero.

—Ella se queda con las bragas que se las va a tener que quitar con espátula.

—Qué bruta eres. El camarero sale durante la noche y una de las enfermeras de la tripulación, la que sabe que se ha escapado de la sala-hospital, se dirige hacia él para preguntarle si se encuentra mejor. Al principio parece que está bien, pero de repente le cambia la expresión, abre un poco la boca de donde asoman unos colmillos y se tira al cuello de la muchacha.

—¿Y se convierte la enfermera en vampiro también?

—No. Porque antes de soltarla aparece el vampiro protagonista que, con una fuerza descomunal, se la arrebata y le muerde al otro lado del cuello hasta dejarla seca del todo. El camarero, lleno de energía, huye de nuevo. Al día siguiente, el novio de la pelirroja y otro miembro de la tripulación encuentran por casualidad el cuerpo sin vida de la enfermera, e informan de todo al capitán. A partir de entonces, se suceden muertes y desapariciones cada noche que

hacen que la pelirroja apenas salga sola de su camarote y que el prometido, que ocupa el de al lado, se dedique a buscar pistas que le lleven a quien está detrás de todo eso. Mientras tanto, el capitán está más ocupado en esconder lo que está sucediendo para no causar el pánico que en atender el barco. Entre problema y problema, el mar comienza a tomar protagonismo. A lo lejos se ve algo, un puntito blanco que asoma en mitad de la nada, un iceberg del que cada vez están más cerca.

—¿Y qué pasa con el camarero?

—Pues esta es una de mis partes preferidas. El vampiro protagonista consigue encontrarlo y hablar con él después de que entre los dos se hayan bebido la sangre de tres o cuatro pasajeros de segunda y tercera clase. El vampiro le dice que debe tener más cuidado, que sea más discreto. Pero el camarero también está enfadado porque sabe que lo que sea que le pasa, esa enfermedad que le hace matar a la gente, tiene que ver con el vampiro. El otro se disculpa. El chico pregunta por qué no lo mató a él también. «Me sentía solo», le responde mirándolo con esos ojos helados, y le explica que la eternidad no es para alguien como él, que odia la soledad y a la vez le cuesta estar en compañía. El chico al principio no entiende de qué le habla, y el vampiro le hace comprender que ahora es inmortal. Al jovencito le da por reír y de repente se vuelve y pregunta al protagonista su edad. Cuando se la dice, el camarero se ríe más fuerte. «Entonces, ahora que tienes compañía, ¿por qué estás triste?» El vampiro le responde: «Porque echo de menos soñar con un futuro». Le cuenta que con esta nueva forma solo se puede vivir el momento, pero no es este un mundo en el que sea fácil hacerlo, que en esos trescientos años ha visto cosas que nadie debería, toda clase de desgracias, hambre, guerras. «Pero también otras más hermosas, ¿no? —le dice el muchacho—, seguro que has

estado con todas las mujeres que te han venido en gana.» Entonces el vampiro se enfurece, le dice que no ha entendido nada, que es demasiado tonto para comprenderlo, que por fuera siempre tendrá la misma edad, el mismo cabello, que jamás se verá crecer un pelo en la barba, que ya nunca ansiará comer o beber algo que no sea la sangre de un ser humano, y que cuando se dé cuenta de en qué se ha convertido estará tan triste como lo está él ahora. El chico, como si no supiera qué contestar, vuelve a reírse como un loco y el protagonista le dice que deben irse de ahí cuanto antes porque falta poco para el amanecer.

—¿Y tú qué piensas de eso?

—Cómo que qué pienso.

—Que si crees que no morir nunca es tan terrible como lo pinta el vampiro o es algo que se nos vende al común de los mortales para que nos conformemos.

—Yo creo que sería la hostia ser un vampiro, la verdad, pero también que tienes que haber aprendido primero a estar sola.

—No tendrías por qué estar sola. Podrías convertir en vampiros a tus amigos.

—Ya, pero quizá mis amigos no quieran ser vampiros. Quizá prefieran ganarse la inmortalidad de otra forma.

—¿Siendo artistas recordados por sus grandes obras?

—No, eso es muy difícil. Me refería a tener hijos: la vía rápida de la inmortalidad, dejar tu legado a través de los genes y esas cosas.

—Eso lo puede hacer cualquiera.

—Cualquiera no. Yo, por ejemplo, no voy a tener hijos.

—Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión.

—No sé. A veces creo que no quiero tener hijos porque en realidad no puedo tenerlos.

—¿De dónde sacas eso?

—De mi madre. Quería que me hiciera unas pruebas. Hace poco fue a visitar a nuestros antiguos vecinos y le contaron que ninguna de sus hijas, y tienen cuatro, consigue quedarse embarazada.

—¿Qué tienen que ver ellas contigo?

—Es que tampoco ha podido quedarse embarazada ninguna de las chicas de mi edad del mismo vecindario, y las que han podido no han logrado llevarlo a término.

—Qué me estás contando.

—Ella cree que pudo ser cosa de un medicamento de la época.

—Algo así como lo de tu padre con la estreptomicina.

—Supongo. No sé, lo mismo es una coincidencia, además, mi madre tiene mucha imaginación, lo mío me viene de familia. Mi padre sería más culto, pero es mi madre quien tiene talento para montar historias. Una vez me dijo que una de sus hermanas murió siendo un bebé porque tenía letras en el paladar.

—¿Has dicho lepras?

—¡Letras! Letras en el paladar. A saber lo que tenía.

—¿Y te vas a hacer pruebas?

—No.

—Prefieres dejar esa puerta abierta.

—Prefiero no llamar siquiera. Hay más cosas en la vida y no todo el mundo tiene que tener hijos. Mira las mulas.

—O los vampiros.

—O los vampiros. Las mulas y los vampiros... Pero y tú, ¿qué?, ¿tú matarías cada noche por la inmortalidad?

—Bueno, inmortal no eres.

—Ya, pero entiendes lo que te quiero decir.

—Mataría a gente que me cayera mal.

—¿Te beberías la sangre de tu jefe, por ejemplo? ¿Le morderías el cuello?

—Joder, no lo había pensado así. Qué puto asco.

—Claro, ¿qué querías? Los vampiros muerden a aquellos por los que se sienten atraídos.

—Bueno, como si tú no te hubieras follado nunca a gente que te daba grima.

—Pues también es verdad. Si yo fuera un vampiro y me atrajera mucho alguien, le mordería un poquito para que se transformara también en vampiro.

—¿A mí me morderías?

—Claro, pero pensaba que tú eras de las de tener hijos.

—Y lo soy, pero ahora estamos aquí, soñando, ¿no?

—Viviendo el momento.

—Soñando que vivimos el momento.

—Ven, acércate que te limpie, anda, que tienes chocolate en la boca.

FANTASMA VICTORIANO

> No entregar nuestro corazón a los fantasmas. Los fantasmas no son los muertos, por supuesto que no, son los vivos cuando se dejan envolver por los vendajes de sus preocupaciones.
>
> CHRISTIAN BOBIN,
> *Autorretrato con radiador*

Hace tiempo viví en una casa victoriana en una zona residencial, muy cerca de la estación de Barons Court. La encontramos a través de una agencia. Solo tenía un dormitorio, pero el salón era tan amplio, con chimenea y unos ventanales *boínder* —acabo de buscar el nombre en internet—, que podría dividirse en dos ambientes. La cocina estaba reformada, era muy estrecha y daba a un jardincito privado por donde penetraba la luz amarilla de la mañana. Al baño —cosa rara— se llegaba pasando por la cocina, también era nuevo pero apretado, con una ventana alta exterior por donde podías mirar mientras te duchabas qué tal día hacía en Londres, si solo nublado o también lluvioso.

Se notaba que todo aquel espacio había pertenecido a una casa de tres plantas de la que habían sacado tres apartamentos o un apartamento y dos pisos de varias habitaciones, no lo sé con exactitud porque nunca llegamos a ver a ningún vecino.

Como el único dormitorio también era muy pequeño —apenas cabía la cama doble quedando arrinconada contra la pared—, y la

ventana daba al jardín, me imaginé que, en otros tiempos, habría sido el cuarto del servicio, que en ese tipo de casas solía estar junto a la cocina, para no perder un segundo preparando el desayuno antes de llevarlo a la cama del señor y la señora de la casa, cuyos dormitorios se hallarían en las plantas de arriba.

Punto muy positivo: tenía lavadora, algo por lo que nos abrazamos nada más verla. Se acabó cargar con la ropa húmeda desde la lavandería cada vez que no nos quedaran más monedas para la secadora.

Puntos negativos: a pesar de que acababan de pintar el piso y olía a nuevo, el suelo, recién encerado, era viejo y por algunas partes crujía como los huesos de un anciano. Tampoco tenía muebles, excepto la cama con un colchón que el casero se negó a cambiar porque aseguraba que solo tenía un año. No he conocido a un solo casero que no te diga que el colchón es nuevo o que solo tiene un año, pero era tan evidente la mentira que podías palpar los bultos y hasta los sueños de otros bajo la funda rayada, una funda que, por cierto, hacía que el colchón recordara a los de los campos de concentración que salen en las películas.

Amueblarla se saldría de nuestro presupuesto sumando el coste del alquiler y la fianza, pero pensamos que aquel era un buen lugar para vivir, que estaríamos allí mucho tiempo y que sería bonito decorarla a nuestro gusto. Era una casa preciosa, digna de albergar fantasmas, fantasmas victorianos, claro, muy útiles entonces para desfogar un poco y dejar salir los secretos más turbios de una sociedad abocada a mantener las apariencias. Supongo que por eso ya casi no quedan fantasmas, porque ahora elegimos entre poner filtros para las fotos o mostrarlo todo, hasta nuestros dolores más profundos. Mientras nos enseñaban el contrato de alquiler, me

pregunté qué vergüenzas habrían encantado esas paredes. La casa, desde luego, nos había encantado a nosotros.

La idea de mudarnos había sido mía, hacía tiempo que los dos estábamos cansados de compartir piso con desconocidos. La gente en esa ciudad va y viene y nos requería mucho esfuerzo buscar reemplazo para las habitaciones cada pocos meses, hacer entrevistas para saber si la convivencia sería factible y, sobre todo, asegurarnos de que los nuevos inquilinos podrían pagar, puesto que el piso donde habíamos vivido hasta entonces lo habíamos alquilado nosotros, mejor dicho, lo había alquilado yo. Estaba todo a mi nombre, que era quien de los dos tenía un trabajo estable, y quien se había comprometido a encontrar inquilinos para las otras estancias. Así que, cuando Joe, el último en llegar al piso, dijo que se largaba a recorrer el mundo, nos pareció el mejor momento de irnos y probar eso de vivir en pareja.

Para el piso de la casa victoriana, mi sueldo no era suficiente, pero la agencia hizo un cálculo de nuestros ingresos conjuntos mensuales y vio que el alquiler de mil doscientas libras —*bills* aparte— era «asumible». Yo ganaba entonces menos de mil trescientas; él era autónomo y ganaba unos meses mucho y otros nada. Después de pagar un mes por adelantado, la fianza y algunos muebles que habría que comprar, tendría que comer sopas de una libra del Sainsbury's durante medio año para recuperarme un poco económicamente, si es que conseguía llegar a fin de mes, porque vivir ahí constituía más de la mitad de mi sueldo. Pero estaba ilusionada con el cambio, con el piso, con su chimenea, con la luz que entraba por esos ventanales de tres caras e incluso con algo que descubrimos el mismo día que entramos a vivir y que al principio no

nos hizo gracia: el cementerio que había al otro lado del muro de nuestro jardín.

Nos dimos cuenta en plena mudanza, al subir unas escaleras exteriores que no daban a ninguna parte, bueno, conducían a una puerta tapiada en la segunda planta, una prueba inequívoca más de que aquello había sido anteriormente una sola vivienda. Lo del cementerio nos impactó, más aún después de pensar que la casa era digna de acoger fantasmas, pero ya no podíamos echarnos atrás, habríamos perdido el primer mes y la fianza y, además, habríamos quedado como unos idiotas por no saber que St. Dunstan's Road era una calle paralela al Margravine Cemetery.

Pues viviríamos junto a un cementerio y punto. El que teníamos frente al jardín no era como los que yo estaba acostumbrada a ver en España, que recuerdan más a una ciudad de cemento y mármol adornada con flores secas o de plástico, con tumbas que son como casas bajas apelotonadas y muros repletos de nichos como edificios altos en mitad de una calle. Me obsesionan esos nichos que quedan reservados previo pago durante un periodo de tiempo y que, cuando este vence, alojarán a nuevos inquilinos. Nichos que imagino como una *Rue del Percebe* del mundo de los muertos. Cada varias decenas de metros se ve un mausoleo o alguna tumba más grande, perteneciente a algún difunto con dinero para gastar (antes y después), como cuando encuentras un palacete en el centro del barrio de las Letras de Madrid —de las letras A, I, R, B, N, B—. Pero en Londres los cementerios no se diferencian mucho de un parque cualquiera, de un *English park*, quiero decir, porque si pienso en la palabra *parque* en español, lo primero que me viene a la cabeza no es el del Retiro sino el que tenía más cerca de casa cuando era niña, el de la Luna, un parque sin árboles frondosos ni hierba, sino de albero, con un estanque, un seto con flores, columpios de hierro y

cuatro bancos para sentarse: tres para las madres que miraban a sus chiquillos encostrarse las rodillas y uno para los toxicómanos, que entonces me daban un miedo espantoso. Creía que eran zombis.

Ninguna otra criatura mítica de terror me ha asustado nunca, ni fantasmas ni hombres lobo ni vampiros. En cambio, las películas de muertos vivientes sí que me quitan el sueño. Recuerdo una pesadilla recurrente en mi infancia protagonizada por un yonqui-zombi. Hasta lo bauticé como *El hombre de azul claro* porque llevaba una bata como las que te dan en los hospitales, de esas que te dejan con el culo al aire. Si el hombre de azul claro te tocaba, te infectaba con algo que tenía, aunque, ahora que lo pienso, no aparentaba tener ninguna enfermedad y, sin embargo, todo el mundo se escondía de él dejando la zona vacía a su paso. Supongo que lo que te contagiaba era su soledad.

Pero decía que los cementerios en Inglaterra son otra cosa. Algunas lápidas son tan pequeñas que parece que salen del suelo por sí solas, como setas después de la lluvia. Otras son más grandes y van acompañadas de una estatua o un grupo escultórico. Mis preferidas son las que incluyen animales, por ejemplo, un perro guardián junto a un ángel custodio, así estará bien cuidado el niño o la niña que allí yace. También hay mausoleos y al menos una capilla, y todos estos elementos tienen un material común que es la piedra gris azulada con que están hechos y que da al conjunto una estética como de haber sido construido todo al unísono.

El de Margravine era un cementerio así y estaba convencida de que ningún zombi querría salir de aquel paraíso boscoso en donde,

dicho sea de paso, a mí tampoco me importaría estar toda la eternidad.

La primera noche que pasamos allí no tuvimos nada parecido al miedo y hasta nos dormimos tarde hablando sobre dónde pondríamos esto y aquello. Ahí el armario, ahí la mesita, ahí una lámpara de pie... Ningún reparo, ningún comentario referente a lo que teníamos al lado. De hecho, a partir de la mañana siguiente le tomé gusto a mirar el cementerio. Fue porque no tenía dónde sentarme mientras llegaban el sofá y las sillas más baratas que compramos en la web de IKEA.

Me subí a aquellas escaleras a ninguna parte, húmedas por el rocío o el agua que había dejado la lluvia nocturna, sequé con papel de cocina uno de los escalones más altos y me quedé embobada mirando la vida —por paradójico que suene— de aquel cementerio. Era muy temprano y ya se veía a algunas personas en él, pero solo para atravesarlo, sin detenerse ante ninguna lápida. Enseguida comprendí que Margravine Cemetery servía de atajo entre la estación de Barons Court y el hospital de Charing Cross. Me dije que el hecho de estar así de transitado debía de perturbar el descanso de los muertos y que estos no tendrían más remedio que dormir a la misma hora que los vivos.

Eso hizo que recordara lo que había soñado la noche anterior: una de mis mejores amigas moría y después del funeral venía a contarnos que la muerte estaba bastante bien, que había muchas actividades para hacer, todas las que imagináramos, esquí, piragüismo, clases de música, pilates. El único problema, decía, es que quedaban pocas plazas y era mejor apuntarse con antelación. Según aquel sueño, el más allá era una especie de resort masificado. El número de muertos era infinitamente mayor que el de los vivos,

nos decía, pero que no nos preocupásemos, que ella haría lo posible por pedirnos la vez y guardarnos sitio. Entendí por qué había despertado de mal humor, sin ayuda del despertador, con la sensación de estar trabajando a cambio de una jubilación pésima.

La segunda noche me fui a la cama sin compañía. Él se había quedado a tomar algo hasta tarde con algunos colegas de su último proyecto. Me acosté tan enfadada como había despertado. Acabábamos de mudarnos y ya me había dejado sola junto a un cementerio —de repente me convenía ese infortunio— y frente a la compra de todo lo que se necesitaba con urgencia en esa casa, desde sal para cocinar hasta papel higiénico. A la mañana siguiente pensé en dejarle una nota llena de reproches, pero encontré una suya pegada en el espejo del baño.

Los muebles llegan hoy. Si no llegan por la mañana, ¿podrías volver antes de las 6? Voy a una fiesta por lo del fin de rodaje.

Le respondí escribiendo debajo con letra menuda: *Haré lo que pueda, pero avísame si vienen antes con los muebles para no tener que volver con prisas.*

No recibí ningún mensaje suyo en todo el día, pero sí uno de IKEA diciendo que el pedido había sido entregado al poco de llegar yo a la oficina, así que salí a la hora de siempre e incluso me paré en un Tesco a comprar sopa para la cena y algunas cosas que seguían faltando en casa. Cuando crucé la puerta, las cajas de IKEA estaban aún sin abrir, amontonadas en la entrada. Estuve a punto de ponerme a montar los muebles sin su ayuda. Intento pensar ahora por qué no lo hice. Me acosté muy tarde, apurando las horas frente al ordenador con tal de no irme a dormir sola de nuevo.

Cuando sonó el despertador su lado de la cama seguía vacío. Primero pensé que le habría pasado algo, pero fue un pensamiento impostado, uno que esconde lo que llevaba varios días barruntando. Tendría que haberme fijado un poco: nunca había llegado a traer sus cosas; su cepillo de dientes no estaba; solo quedaba una toalla en el baño: la mía. Era como si no me hubiera mudado con nadie. ¿Ese iba a ser mi fantasma victoriano?

Por la noche, después de preguntar por él a la gente con la que se suponía que había ido a la fiesta, recibí varios mensajes suyos al móvil. Del primero recuerdo la palabra *vernos*, la palabra *quedar*, la palabra *amigos*. En el segundo decía *fianza*, *IKEA*. El tercero era su número de cuenta. No contesté a ninguno. ¿Se le podía hacer *ghosting* a un fantasma?

Dos días más tarde, cuando empecé a asumir que estaba sola, que nadie se iba a vivir en pareja por las razones que yo argumentaba y que era lo suficientemente pobre como para no permitirme ni tiempo para llorar, me senté de nuevo en aquellos escalones teléfono en mano, dispuesta a pedir una devolución a IKEA. Vendrían a por los muebles ese mismo día. No pudieron asegurar a qué hora, así que les dije que de allí no me movería.

No me moví ni cuando se fueron. Y es que, a veces, una no se mueve porque es más sencillo no hacer nada o porque lo mejor es que todo se quede como está. La hora punta de la tarde hacía rato que había terminado cuando oí el portazo, aunque todavía se podía ver a los más rezagados regresando a sus hogares, cruzando el cementerio a toda velocidad. Por eso me fijé en aquella mujer, porque no parecía tener urgencia por llegar a ningún sitio y también porque llevaba un abrigo precioso color verde claro de estilo *vintage*.

Estuvo dando vueltas, parándose casi en cada tumba, como si quisiera leer todos los nombres. Pensé que podría ser un fantasma, uno de verdad. ¿Por qué no? —necesitaba entretener mi imaginación con algo—, puede que estuviera buscando a algún familiar difunto con quien reunirse o mejor aún: quizá fuera el espíritu de Peggy Webling, cuyos restos estaban allí enterrados.

Webling se había ganado un lugar en la Wikipedia por su libre adaptación de la novela *Frankenstein* de Mary Shelley al teatro en 1927, de la que el diario *Times* dijo: «La obra en que la autora exhibe a su bestia salvaje es tan endeble como una jaula de pájaros». Yo no sabía nada de esto hasta el día de antes, que había estado deambulando por el cementerio, leyendo las inscripciones de algunas lápidas y completando la información con búsquedas rápidas en internet. Pobre Peggy —musité al ver a aquella mujer en el cementerio—, qué sabrán los críticos de lo que una lleva dentro. Tendría unos cuarenta años, el pelo rojizo, encrespado, bufanda azul marino y ese abrigo verde tan bonito. Ella también me miró. Tal vez pensó Pobre Rosario, al verme congelándome en las escaleras. No recuerdo si primero fui yo o fue ella la que saludó con la mano. El caso es que nos hicimos de espejo.

A partir de entonces, sin perspectiva de amueblar nada, las noches en aquella casa vacía se me hicieron más eternas que la muerte mientras la vida de día pasaba a demasiada velocidad. Tenía la impresión de haber olvidado hasta cómo se respiraba y el corazón me latía furibundo haciendo retumbar mis sienes, anticipándome al estrés del panorama más próximo: no encontrar arrendatarios que me reemplazaran el mes siguiente; no encontrar habitación en otro sitio pronto y, de encontrarla, tener que pedir prestado a mi padre para una nueva fianza; él no aprobaba de ninguna manera que me

hubiera marchado a Inglaterra, pero él no aprobaba nunca nada y yo a eso ya me había acostumbrado.

Me levantaba de madrugada a mear a cada tanto, creo que, más que por ganas, para concentrarme en el ruido que hacían mis pisadas con ecos crujientes en aquella casa a oscuras, o en el exasperante zapateo de las ratas al ir de aquí para allá cuando notaban mi presencia, o en imaginarme al monstruo de Mary Shelley o al de Peggy Webling acercándose a mi ventana. Prefería cagarme de miedo que de pena, razón por la que me aficioné a subirme a aquellos escalones del jardín también de noche, a la espera de ver u oír algo en el cementerio.

A veces la luna conseguía asomarse de entre las nubes como en la película de terror en la que habría querido morirme. Entre fulgor y fulgor me compadecía, no por el desamor, y eso era lo más triste, sino por tener que irme de aquella casa, la casa más maravillosa que había pisado nunca, a pesar del suelo podrido, el dormitorio pequeño, la cocina minúscula y el baño enano. A pesar de las ratas que puede que solo me recorrieran por dentro.

Una noche vi algo encaramándose al muro, nada raro: un zorro. En Londres es fácil toparse con ellos de noche, suelen estar sucios porque se alimentan de lo que encuentran en los cubos de basura, andan desgarbados, como si no tuvieran articulaciones o estuvieran a punto de desplomarse y, en primavera, a las hembras les da por gritar de una forma cómica. El zorro y yo nos miramos. Me pareció un perro adicto a la heroína, pero a saber lo que le parecí yo, enfundada en guantes y botas y abrigo y gorro de lana, sentada allí en plena madrugada. Así estuvimos un buen rato hasta que

comenzó a llover. El zorro se esfumó con las primeras gotas; yo aguanté un poco más antes de meterme en la cama.

Los días pasaron idénticos, con breves interrupciones que me devolvieron a la realidad porque tuve que enseñar el piso varias veces. Un hombre se interesó y me propuso quedarme a vivir allí con él. Él tomaría el dormitorio si yo me quedaba con el salón: «Lo podrías convertir en tu habitación y así compartiríamos alquiler y gastos». Le dije que no, en ese momento me pareció inconcebible que para entrar o salir de casa ese hombre tuviera que atravesar mi cuarto. No sabía que poco después viviría en un piso de dos habitaciones en Stockwell con otras dos personas, que una de ellas tendría su cama en el salón, y que con esa misma disposición nos condenaría al resto a comer de pie en la diminuta cocina o sentados en el colchón mugriento de nuestros ridículos dormitorios. Qué pena no haberme quedado con el salón de aquella casa preciosa, me decía cada vez que abría mi ventana de Stockwell para que no oliera a comida en mi habitación.

Pero la vida también es una sucesión de errores, de malas decisiones, sin las cuales sería de lo más insípida, me decía entonces para conformarme. Esa fue la primera vez que pensé que ya estábamos todos muertos pero que, además, antes de morir, habíamos pagado por tener un último y largo sueño en el que se sucederían infinidad de cosas, unas buenas y otras malas, que nos harían creer que todavía estábamos vivos.

Por fin una pareja decidió quedarse con la casita y yo encontré una habitación barata ayudada por lo que finalmente me prestó mi padre para la desorbitada fianza. La última semana en el 31 de St.

Dunstan's Road la dediqué a pasear por el cementerio. Me habría encantado ver de nuevo a la mujer del abrigo *vintage* verde claro. Era un abrigo tan bonito que, varios años después, de regreso en España, me compré uno casi idéntico. Recuerdo que nada más verlo en el escaparate pensé en el espíritu de Peggy Webling y al ponérmelo, en cómo la cercanía de aquel «fantasma», pero también del cementerio, de las lápidas, en fin, de la muerte, me ayudó a limar aquellos días.

A Londres sigo yendo a veces por trabajo. En una ocasión, al salir de la oficina, fui de visita a aquel cementerio. Era invierno pero todo estaba más verde que nunca, caminé hasta la altura del número 31 de St. Dunstan's Road. Fue fácil de encontrar porque las escaleras a ninguna parte seguían allí, aunque desde mi posición, con el muro del jardín de por medio, solo se veían los últimos peldaños que acababan en la puerta tapiada y pintada de blanco, tal cual era diez años antes, solo que ahora no había nadie sentado. O quizá lo había y yo no podía verlo. Por si acaso, levanté la mano en señal de saludo.

Seguí paseando, me paré en la tumba de Peggy Webling. Le di las gracias por traer a la vida a un monstruo concebido un siglo antes, pues sin su *Frankenstein* teatral no habría existido la película de 1931, la de James Whale —bendito sea por ignorar aquella crítica—, mi favorita, la que vi de niña y que ayudó a que me enterara de que la idea original partía de un libro con el mismo nombre. Esa fue la primera vez que pensé que no estábamos muertos del todo si alguien se acuerda de nosotros, si copia, itera o desarrolla aquello que en una ocasión presentamos al mundo.

Cuatro años hace de aquel paseo y mucho más desde que quería escribir una historia de fantasmas sobre esa casa en la que apenas viví un mes y medio. Para inspirarme, gugleo la dirección en *Maps*. A veces me quedo mirando a las personas que aparecen en las imágenes. Tengo una amiga que los llama *fantasmas de Google* porque no tienen rostro o lo tienen pixelado.

Desde la vista de satélite, el cementerio sigue siendo verde moteado de gris, pero ahora tiene más árboles. Uso el *Street View* para entrar en Margravine Cemetery. Veo que hay varios puntos donde también se han añadido fotografías tomadas por los usuarios y que uno de los puntos está casi a la altura del número 31 de St. Dunstan's Road. Pongo el ratón en él y se abre una foto del cementerio.

En ella aparece de fondo una mujer. Tiene la cara pixelada, una mano levantada en señal de saludo y un abrigo color verde claro. Al verla ahora, pienso por primera vez que la muerte no existe, que siempre estaremos vivos para alguien de otro tiempo, pero, sobre todo, que esa casa, su jardín, sus escalones, están llenos de lo que una vez fuimos: fantasmas que aún no saben que nos hemos ido.

EL HOMBRE DE AZUL CLARO

Le dice que no lo hace a menudo, que las noches fuera de su casa son muy largas.

—¿Sabes que esto empezó a usarse como antitusivo?

—Algo he oído —contesta el compañero de cuarto apartando la vista del libro.

—Lo mismo te vendría bien para la tos esa que tienes, que si no fuera por esto no sé cómo iba a descansar yo aquí contigo. Lo malo —continúa— es que no tengo otra jeringuilla.

—No te molestes —dice el otro encendiéndose un pitillo. Y se queda mirando a través del humo cómo lo prepara y cómo se echa hacia un lado después de inyectarse. Al rato es un saco de arena o la arena misma de un reloj en el que se ha detenido el tiempo.

A la mañana siguiente, muy temprano, el compañero lo despierta con un toque en el hombro, toman un café en cualquier tasca y se van juntos a la estación. Algeciras-Madrid y Madrid-Algeciras y Algeciras-Madrid y, por fin, Madrid-Córdoba. Y, dos días después, Córdoba-Madrid-Algeciras otra vez y otra vez lo mismo.

Algún otro del trabajo le dice que tenga cuidado con ese, a ver si lo va a desplumar a él también. Ese, que lo oye, al principio se hace el tonto, como si no supiera de qué le hablan, pero unas semanas más tarde se muestra violento por los mismos comentarios. El compañero de cuarto está para calmar los ánimos. A ese le dice No le hagas caso y al otro, Tú a lo tuyo.

De nuevo en la pensión cada cual con su historia: uno a punto de meterse en el inframundo, el otro con un cigarro en una mano y un libro que no va a terminar en el regazo. Se lo dio su hermana pequeña a cambio de uno de Vargas Llosa que a él le había encantado. El de su hermana es de cuentos, pero le parecen raros, no le están gustando y se arrepiente del intercambio. Espera poder deshacer el trueque en cuanto la vea, aunque apenas la ve desde que se ha casado.

Mira al compañero ponerse y este le ofrece de nuevo.

—Me da miedo engancharme —le responde.

—Ah, no funciona así. Pero haces bien en no querer probarla siquiera. Yo empecé fumándola con un hermano mío que ya murió. Al principio crees que lo haces si quieres, que simplemente te apetece muy de vez en cuando, un viernes o un sábado. Después dices: ¿Y un miércoles por qué no? Tengo mucho estrés, así me relajo un poco y tal. Un día lo mismo alguien te da el toque, te avisa de que te estás pasando y le contestas que no, qué va, que yo sé lo que me hago, hombre..., pero por dentro te dices que deberías parar un poco, y paras. Y ahí es cuando te entra esa cosa que te crees que es una gripe o veinte resacas juntas, porque te levantas que no puedes con tu cuerpo, y tienes diarrea, y hasta ganas de vomitar, y luego no puedes dormir, te duele todo tanto que no quieres ni estar aquí, y entonces... Entonces empiezas a consumir como lo hago yo, no ya solo por lo que sea por lo que empezaste, sino para que no te duela hasta el alma el poder vivir.

Una noche se encuentran los dos tosiendo. El del cigarro por no arroparse con las mantas de la pensión, porque cree que así pilló la sarna el año pasado. El otro porque no le queda *antitusivo*, como él lo llama.

—Amigo, ¿tú no tendrás algo de dinero para dejarme?

—Tengo mujer y tres hijos —responde el compañero.

También tiene una gata que a veces se escapa y vuelve horas más tarde con plumas ensangrentadas saliendo de la boca o le deja murciélagos muertos en la almohada, pero eso no se lo cuenta.

—Aunque sea una moneda —insiste el otro.

—Toma, lo que voy a sacar por los cartones de tabaco —le dice mientras le pasa un billete.

Al despertar hacen Algeciras-Madrid, Madrid-Córdoba y adiós, amigo, adiós, hasta dentro de dos días.

—Solo necesito relajarme. Llévate a los niños. Que no hagan ruido —le dice a la mujer.

—Lo que tienes que hacer es ir al médico, que no es normal esa tos —le reprende ella.

—Solo quiero dormir, de verdad —le repite para que se vaya.

Y solo duerme, y cuando no duerme, fuma.

Y otra vez lunes y otra vez Madrid-Algeciras y otra vez lo mismo, solo que hoy ha llovido y al de la tos le duele mucho más el pecho que de costumbre.

—Venga, amigo, si ya no puedes ni tenerte en pie. Yo te juro que estoy limpio y que no he compartido con nadie. No tardamos nada. Lo justo para que puedas descansar. Te voy a poner muy poquita, ya verás. Esta además es buena, me la pasó uno en el parque de los patos. Ya casi está. Así. Ponte de lado. No, no te preocupes, es normal. Quieto. No te rasques. Es un momento. Así, ¿ves? Así. Ya está. Ya está.

Enseguida nota una calidez en el pecho que le calma la tos, el frío y hasta el desencanto de la vida que parecía haber elegido. Se había casado para cubrir un vacío que en sus cartas de amor había descrito como el hartazgo de estar solo. Sin embargo, una mujer y tres hijos más tarde seguía sintiendo el mismo hueco, ahora subrayado por nuevas y mayores responsabilidades. ¿Esto es ser un hombre? Eso es. O eso le habían dicho y eso se había creído. Pero a medida que entrega su cuerpo a esa parada en el tiempo, toda la carga y la ansiedad que atribuía a lo que pensaba que eran sus propias decisiones se deshacen como copos de nieve en la lengua de un niño.

Horas más tarde vuelve de nuevo al mundo recibido por la manta áspera y picante de la pensión. Se enciende un cigarro a duras penas. Cuando se lo acaba, le pide un poco más de aquello al compañero porque vuelve a toser y a dolerle el pecho.

—No, amigo —le dice el otro—. Ya no te doy más o acabarás mal. ¿Qué crees? Yo también me he puesto. Lo que tienes que hacer es ir al médico.

Una semana después se le ha agravado la tos y el dolor torácico tanto que ni se acuerda de cómo se coge aire. Ahora le cuesta tragar hasta la comida que con el mayor de los esmeros le prepara su mujer.

—Ve al médico, por Dios, te lo ruego.

Y el hombre saca la fuerza que no le queda para mandarla callar. Pero cuando él mismo ve que ya no puede ni ponerse derecho, le da nuevas instrucciones.

—Llama a este número y di que no puedo ir mañana a trabajar, que no me encuentro bien. Que para el lunes estaré mejor.

No tienen teléfono en casa y, como hay cola para el de la cabina más cercana, le pide a la vecina si puede usar el suyo.

Cuatro días descansando, del sofá a la cama, de la cama al sofá, que es mejor que Madrid-Algeciras, Algeciras-Madrid, pero no mejora. Cada vez está más flaco y ya no le quedan fuerzas ni para toser ni para fumar ni para mandar callar a nadie.

—¿Y los niños?

—En el colegio.

—¿Y la niña?

—Aquí, en la cuna, ¿no la ves? Cuando te recuperes, compramos de una vez las literas y la pasamos al otro cuarto, que ya está grande para dormir con nosotros.

—Bueno, no hay prisa, todavía le sobra espacio.

—Ya, pero esta mañana se ha hecho daño intentando salir de ahí. Aunque apenas ha llorado.

Es verdad que la niña no llora, pero porque duerme mucho, piensa la madre, parece increíble que pueda tener tantas ojeras. A veces la despierta por si acaso, porque tiene miedo de que le coja demasiado gusto al sueño y poco gusto a la vida.

La mujer le cambia el paño húmedo de la frente al marido por uno más frío, a ver si le baja la fiebre. Después le retira a la niña el biberón vacío y ve cómo la gata se sube a la cama y se hace un ovillo a los pies del esposo. Los tres se quedan dormidos, y ella los mira celosa, deseando poder hacer lo mismo, porque hace días que su cabeza es como un mortero incapaz de moler sus preocupaciones. Apoya la cabeza a un lado de la cama. Será un segundo nada más, se dice, pero el silbido de la olla exprés le anula el deseo llamándola desde la cocina.

El hombre sueña que está en Algeciras con su compañero, con la cuchara, la goma y una luz blanca inundando el cuarto de la pensión. Al principio cree que está viendo un ángel, por las alas, pero luego se da cuenta de que es más bien una esfinge, porque las tiene manchadas de un color extraño, no sabe si marrón o rojo, no entiende de arte. A pesar de la cara seráfica, le ha visto unas garras tan afiladas como el sarcasmo que usan algunos y que no comprende. La bestia frente a él alarga su cuello para acercarse. El hombre está aterrado, pensando que se lo va a comer, pero en lugar de eso, el monstruo del sueño le habla, o sabe que le habla aunque no emita ningún sonido, moviendo mucho los labios, le dice Papá, estoy escribiendo un libro.

—¿Y de qué trata?

—De que te estás muriendo y de que ya te has muerto.

Cuando despierta, se encuentra a la gata sobre su pecho, mirándolo con sus ojos de dragona, guiñándolos de vez en cuando. A él le pesa demasiado, de modo que la aparta como puede. Tose y sigue tosiendo. Si sigue así, va a despertar a la niña. Se quita el pañuelo de la frente y se lo lleva a la boca para amortiguar el ruido. Tose y tose de nuevo. Cuando mira el pañuelo, le recuerda a las palomas blancas destrozadas que a veces apresa la gata con sus colmillos. La niña, también despierta, se ha puesto de pie y lo mira desde la cuna. Las manitas en los barrotes, la cabeza asomando, como un animal peligroso.

—Hola —saluda ella.

El hombre llama a la mujer, no sabe si es por la sangre que escupe al toser o porque no sabe cómo hablarle a su hija.

—Ayúdame a vestirme, voy al hospital.

La mujer deja a la niña en casa de la vecina y le pide que llame a un taxi. Cuando llegan, lo mandan ingresar esa misma noche en el hospital de los tuberculosos. Se va a morir, dicen los médicos. Pero no se muere, o solo muere durante el tiempo que se queda ingresado. Un tiempo en el que la niña se tira de la cuna, así que se tira la cuna a hacer puñetas y se ponen literas; un tiempo en el que la madre hace de madre y padre que va al colegio de los niños, que en realidad es de los curas.

También sucede en ese tiempo que el hombre sueña de nuevo con la bestia y que cuando está despierto piensa demasiado a menudo en el siseo del mechero bajo una cucharilla, en encontrar de nuevo aquella paz que nada tiene que ver con ser un hombre, sino con no ser nada. Le dice a su mujer que va a pedir el alta voluntaria. La mujer le responde algo, pero él no la oye ni la escucha. Debe tener los oídos taponados.

Al principio se queda siempre en casa con la bata que trajo del hospital, una de esas de color azul claro que dejan el culo al aire. De la cama va al baño, del baño camina para asomarse al salón, salón-cama, cama-baño, baño-salón, etcétera. A su paso, los hijos se apresuran a meterse bajo la cama porque tienen prohibido cerrar las puertas de sus habitaciones. La hija pequeña prefiere esconderse de él en el armario, pero deja una rendija abierta para observarlo, por si se acerca. Está tan demacrado que da miedo verlo, tan flaco que resulta extraño que no quepa por esa grieta.

Poco a poco, el hombre empieza a vestirse, a estar más horas espabilado. Ha conseguido engordar un poquito, ponerse derecho y volver a fumar. Y el primer día que tiene pensado salir a la calle dice que es para llevar a la niña a dar un paseo. La mujer le prepara feliz

el carrito en el que la hija ya casi no cabe, pero el marido insiste en que no hace falta. Le dice a la esposa que andarán a escasos metros de casa, aunque no es cierto: están a punto de montarse en un autobús.

Mira a su hija mientras la sube al asiento contiguo. No la pone en su regazo como si fuera un bebé, aunque todavía casi lo sea, porque no le gustan los bebés.

—¿Cuántos años tienes ya?

La niña saca dos dedos de la mano izquierda haciendo el símbolo de victoria y un dedo de la mano derecha, el índice, que dobla a la mitad con diligencia, señal de que responde a esta pregunta varias veces por semana. También sabe hablar, pero tiene miedo de equivocarse y decir dos años y *demio*. La niña intenta sentarse en sus rodillas, pero el hombre la vuelve a colocar donde estaba y le dice que ya no es ningún bebé y que la va a llevar a un parque con patos que hay en el centro de la ciudad.

Allí estarán casi una hora dando vueltas a un ritmo que la niña, que no está acostumbrada a caminar tanto, no puede seguir, quedándose sola a muchos pasos detrás de su padre. El hombre esperaba encontrar ahí al compañero, pero no se le pasó por la cabeza que quizá viene al parque a otras horas, aunque en uno de los bancos ya se ve a algunos que parecen muñecos de cera. Cuando se acerca a ellos para preguntarles se percata de que no le hacen caso, están absortos mirando a la niña que le sigue a varios metros, como si fuera una fiera exótica que se hubiera escapado de una jaula. A la niña no le gustan sus miradas vacías ni lo vacías de dientes que están sus bocas. Por eso le grita repitiendo ¡Papá! hasta que estalla en llanto, y el hombre, al fin, se gira hacia ella. Nunca hasta entonces la había visto llorar —llorar así: con dos ríos entre la nariz y la boca— y le da tanta pena que se aleja de ellos para

acercarse a la niña, la toma en brazos y se marcha del parque, corriendo, como huyendo de su propio fantasma, uno atrapado en otra historia.

Al rato, ya calmada, la deja en el suelo y caminan despacio, agarrándose fuerte de la mano. Para que la nena se alegre, para borrarle el recuerdo y las lágrimas, le dice que otro día van a ir a tirar migas de pan a los patos y así es como el paseo termina siendo un paseo único.

Se acabó la baja y en el trabajo le dicen que diga adiós a Madrid-Algeciras, Algeciras-Madrid. ¡Enhorabuena! A partir de entonces solo irá a una oficina donde se quejará del aire acondicionado hasta que deje de fumar, entonces se quejará del humo del tabaco que fuman los demás y de los cursillos de digitalización donde dirá que se está dejando los ojos. No vuelve al parque, aunque a veces pasa por la estación y pregunta por el compañero. Algunos no dicen nada, otros dicen algo, pero él escucha lo que le da la gana.

Un día al fin, después de algunos años, se lo encuentra cerca de casa. El compañero al principio no sabe quién es, no le suena de nada, pero después lo reconoce por la tos. Esa tos inconfundible.

—Amigo, cuánto tiempo...

Uno está muy delgado, el otro ya no tanto y a los dos les faltan algunas muelas, a cada uno por sus motivos.

—Pregunté por ahí y me contaron que lo habías dejado.

—Y lo estoy dejando, lo que pasa es que la cosa anda muy mal, ¿y tú? ¿No podrías dejarme algo?

SÍNDROME DE EURÍDICE

[...] tampoco sabe dios
a dónde va a parar
cada uno
ni por qué
le agradecen

qué le piden

SUSANA VILLALBA,
La bestia ser

Les digo al resto que se vayan a comer tranquilos, a ducharse, a descansar, que voy a estar bien. Es mi turno y casi competimos, como buenos hermanos, por cogerte la mano. Las tienes hinchadas. No importa que tus dedos cada vez parezcan menos tus dedos, quiero tocarte; es la primera vez que te doy la mano desde que era muy pequeña y esta semana me estreno haciendo cosas contigo que no había hecho nunca antes. Ayer, por ejemplo, te vi desnudo como a un bebé y de igual modo tuve el privilegio de acercarte una cuchara a la boca, y hoy, antes de sentarme a tu lado, te he acariciado la cabeza y te he puesto vaselina en los labios porque me parte cada átomo de mis pestañas vértelos tan agrietados.

Me acomodo en la butaca, busco una buena postura para unir nuestros brazos. A veces te miro para ver si sigues aquí. Cuando

pasa una hora sin que me aprietes los dedos me entra sueño. Qué hacer, no quiero dormirme.

Cojo el móvil y es absurdo: en una mano te estás muriendo; en la otra busco fotos de Donald Trump en donde su pelo no parezca pixelado, pero no las encuentro.

Miro las redes: alguien que ha visto *Retrato de una mujer en llamas.* Bajo el fotograma leo que su escena preferida es la de la despedida en la escalera, cuando la retratada le pide a su amante que se gire a mirarla. Están representando el mito de Orfeo, que ha sido una lectura recurrente para las protagonistas a lo largo de la película. En las *Metamorfosis* de Ovidio, la muerte es más poderosa que el amor: no importa que el héroe baje hasta el mismo infierno, no podrá recuperar a su ninfa. La excusa será que no pudo evitar mirar atrás. De ahí viene el síndrome de Orfeo, ese que describe la obsesión por el tiempo pasado y que no permite a quienes lo padecen pasar página ni sacudirse esa seborrea llamada nostalgia ni sentir una pizca de satisfacción jamás por el presente.

Pero Céline Sciamma —la directora— interpreta el mito de otra forma: para ella —y también para mí desde que vi la película— es Eurídice quien le pide a Orfeo que se gire a mirarla una última vez, pues sabe que su historia de amor será imposible. La muchacha, mordida por una serpiente, había adquirido a través de su veneno eso que nos diferencia de otras especies, el mismo secreto que a causa de otra serpiente descubrió Eva en el Paraíso: la conciencia de que estamos de paso, de que la vida es finita. Así, la ninfa, dotada al fin de lucidez y convertida aquí en heroína, antepone la marca impresa de la tragedia a un final feliz. Elige quedarse, quizá, con tal de dejarle esa imagen triste pero duradera en el recuerdo, para que su amante tenga algo que contar, tal vez un poema.

Porque quienes sufren el síndrome de Eurídice saben que una huella, cuanto más patética, más tarda en borrarse con el tiempo. Me emociono con esto que creo que nada tiene que ver contigo, me emociono con la manifestación de la belleza y al instante te miro de nuevo, entre triste y enfadada porque ayer por la mañana me hiciste una pregunta que, en ese contexto, mientras te animaba a tomar de aquella agua gelatinosa, parecía un verso raro y cruel, como un enigma de la Esfinge de Tebas, indescifrable para mí.

Observo cómo se mueve tu pecho arriba y abajo tres veces más rápido que el mío y cómo se oye el burbujeo de tu garganta que te ahoga a cámara lenta. Me han jurado que no estás sufriendo y, aun así, viéndote postrado, con ese sonido en tu respiración que me recuerda a cuando cuezo unos espaguetis, no consigo creérmelo. Se supone que te estoy vigilando, por si te espabilas un poco, para avisar lo antes posible al enfermero y que vengan a ponerte un «rescate». Así lo llaman, aunque no tiene nada que ver con sacarte a ti de donde estás ahora mismo, sino con rescatarme a mí de ver tu sufrimiento. No soy consciente aún de que ya no te volveré a ver despierto y en un rato va a venir un traumatólogo a explicarme los entresijos de un cuerpo que se va porque, por mis comentarios, tienen la impresión de que no lo capto. Lo he captado, pero mi boca se hace la extranjera.

Faltan días para que pueda escribir en mi idioma todo esto, incluyendo un momento que al recordarlo me parecerá una escena de comedia negra. Ocurrió un día antes de que comenzaran a sedarte, cuando te dolía tanto el pecho que solo repetías lo mismo, que querías que alguien te ayudara a morir, y tu sordera te impedía escuchar lo que decían los enfermeros allí presentes. Por eso me tocó a mí explicarte que marcharte de la vida no es como irte a casa cuando estás harto de los aplausos por un concierto que no puedes

oír. (Aunque ni siquiera las veces que me repetiste «ayúdame a morir» me parecieron tan duras como aquella pregunta enrevesada que ni Edipo habría sabido responder.) Yo tampoco puedo obrar lo que me pides, papá, te decía delante de la doctora que te auscultaba guardándome las lágrimas para no hacer padecer más a mamá, gesticulando con las manos y moviendo los labios muy cerca de tu cara para que los vieras y leyeras bien. Cuando la médica de guardia abandonó la habitación, me señalaste la almohada e hiciste el ademán de taparte la cara con ella y yo respondí a aquello echándome hacia atrás, llorando horrorizada. Menos mal que mamá, que comprendía tu lenguaje mejor que nadie, supo interpretar lo que decías: «¡Solo quiere que le des la vuelta a la almohada! ¡Que está ardiendo!».

Obedecí aliviada. Tenías fiebre. Ahora también la tienes, porque tú quieres una cosa y tu organismo otra muy distinta.

Ya está aquí mi hermano mediano. Quiere hacer su turno de noche. Yo quería que te fueras conmigo, pero no soy tu favorita. El médico me ha dicho hace un momento que un día más, dos a lo sumo. Parece mentira que vaya a pedir vacaciones en el trabajo para el luto burocrático en el que consistirá mi lamento, en lugar de decir que estoy muy mala, que de verdad lo estoy. Nunca se me ha muerto nadie, así que no sé cómo se gestionan mis días de ausencia. Tampoco sé todavía cómo voy a gestionar los tuyos.

En cuanto llego a tu casa me lanzo a mirar tus cosas en los cajones de tu cuarto. Nos prohibiste hurgar ahí y he respetado tu deseo todos estos años. Hasta ahora. Lo que antes me causaba miedo se ha convertido de repente en mi mayor deseo: encontrar pruebas de que alguna vez tuviste otra vida menos perra que la que creíste que te había tocado. Aunque hace tres o cuatro veranos

lanzaste una frase que nos dejó a todos perplejos: «Quién me iba a decir a mí que iba a tener una familia tan bonita». No sé si te diste cuenta de que lo habías dicho en alto, y fue tan diferente a las cosas que solías soltar por esa boca —una orden, una preocupación, una objeción a una decisión personal que no te incumbía— que los demás nos quedamos unos segundos callados, enmarcando la frase en nuestra memoria y, ante el miedo a dejar correr las emociones a las que no estábamos acostumbrados, decidimos seguir cortando y pasando una tarta de cumpleaños, como si también nosotros fuéramos sordos.

Empiezo por la mesita de noche. Decenas de papeles amarillentos bien doblados. La mayoría son nóminas, papeles de Hacienda, cosas de trabajo que, de tan insulsas, me molestan. Después sigo buscando y encuentro unos documentos donde se te agradecen unas labores extra de tu trabajo, entre otras, haber ayudado a apagar un incendio. Lo pongo aparte porque quiero guardar la prueba de que una vez fuiste un héroe.

Esto desbloquea un recuerdo de hace casi treinta años. Estábamos en una estación de cercanías de la costa para ir a Málaga y tomar allí el tren de vuelta a Córdoba. Como nosotros, había más personas esperando, como esas dos mujeres que hablaban entre ellas y un niño muy pequeño, de unos cuatro o cinco años, hijo de una de las dos, que se paseaba muy cerca de donde acaba el andén y se abre el socavón de las vías del tren. Tan cerca que no podíamos dejar de mirar al crío, ya que su madre no parecía estar atenta. Tú le dijiste al chiquillo No te acerques tanto a la vía. Entonces una de las dos mujeres se giró hacia ti para mirarte de arriba abajo y dijo que no le dieras órdenes al niño.

—¿Acaso mi hijo te está molestando?

Tú no la pudiste oír, pero mamá, en vuestro extraño lenguaje de miradas y gestos sutiles, te pidió que no te metieras. Por fin vimos que se acercaba el tren y en ese momento, con el pitido que salía de los altavoces anunciando su llegada, el niño debió de asustarse y perder el equilibrio, y a punto estuvo de caer —¿o quizá cayó?, no lo recuerdo porque aquello sucedió muy rápido—, cuando de un salto tú lo agarraste para apartarlo —o sacarlo— de la vía. Solo estoy segura de que cuando te miré, lo tenías amarrado de la camiseta por la parte de atrás, como hacen las gatas para sostener a sus gatitos. La mujer se deshizo en perdones y en gracias. ¡Ay!, repetía, ¡Ay, ay! ¡Menos mal!

Habría sido muy bonito que la historia acabara aquí, pero entonces dijiste en alto «Se cae el niño, se monta aquí la de Dios es Cristo y perdemos el tren en Málaga». Mi hermano mediano estaba allí y, si no estaba, lo incluyo en este recuerdo porque sé que lo miré —o miré a su imagen en mi cabeza, pensando en que más tarde se lo contaría— para buscar con disimulo su complicidad y poder reírnos.

Vuelvo al cajón: descubro un carné del liceo cultural y artístico de Córdoba del año 79. *Membresía del Círculo de la Amistad*. Esto me sorprende y me enoja a partes iguales porque conozco el sitio y sé que es carísimo; no es una biblioteca pública, sino un ente privado y por tanto elitista, donde no dejan entrar más allá de donde reinan las pinturas de Julio Romero de Torres. Ya te vale, papá, pero también me lo quedo, como ese pedacito de doble vida que andaba buscando. Debió ser breve, porque un año después enfermaste hasta quedarte sordo y dudo que con tu sordera quisieras seguir yendo. Todos tenemos secretos: tú ibas a ese sitio a leer poesía y mamá iba a limpiar casas ajenas para que llegáramos a fin de mes.

Sigo escarbando. Un poema escrito a máquina. Lo copio y pego en el buscador de mi móvil para comprobar que no es de otro. Tiene muchos tachones, letras escritas unas sobre otras haciendo difícil la lectura, pero el final del poema se entiende.

Quizá cuando el mundo acabe todos seremos buenos.
Así piensa el desgraciado ante TIERRA, MAR Y CIELO*.*

Te visualizo leyéndolo en aquel liceo, quizá lo guardaste porque alguien te dijo que era un buen poema. También te imagino leyendo uno distinto otro día, pero esa vez no recibes ninguna ovación y por eso, presiento, dejas de escribir. Es un rasgo que encuentro muy masculino y muy tuyo el de frustrarse cuando no se es un genio en algo a la primera. La prueba de ello son varios cuadernos empezados con distintos temas y abandonados a la tercera página. Creo que en eso no he salido a ti, pues sigo empeñada en aprender a escribir y en entregarme cada vez menos a la validación externa.

Abro el segundo cajón. Un dibujo que me obligaste a hacer cuando era pequeña bajo tus indicaciones sobre política vasca, sobre la ETA. Recuerdo tu ira porque los monigotes no te parecían lo suficientemente enfadados y violentos. ¡Tienes que hacer que esos hombres parezcan monstruos y bestias! —me gritabas. No sabes el estrés que me causó aquello, más aún cuando me ordenaste ir a hacer cien fotocopias porque querías repartir el peor dibujo de la historia entre el vecindario y la oficina. Cuando lo he visto me ha dado miedo. Tenías razón: no parecía un dibujo en el que hubiera ningún monstruo, sino uno dibujado por una mente enferma. Lo devuelvo al cajón poniéndolo boca abajo, incapaz siquiera de arrugarlo y convertirlo en una bola de papel.

Sigo. Una factura bien larga de un restaurante. Es de 2019, el año de «una familia tan bonita», nuestra frase enmarcada. La pediste diciendo que era para leerla bien más tarde, porque te parecía todo muy caro y querías hacer cuentas, pero yo sospecho que sigue en tu mesita como prueba de que una noche de verano conseguiste reunirnos a todos.

Al fondo del cajón hay varios sobres. El primero contiene fotos de tu familia: hermanos, sobrinos, una tía tuya, tu padre. El segundo, mi madre y tú en un viaje que hicisteis hace por lo menos veinte años. Estáis en una playa en el norte de España, con mamá hermosísima en primer plano. Lo está porque mira a la cámara sabiendo que lo está. Es algo que deseo haber heredado de ella, transmitir esa belleza simplemente sintiendo que la poseo. El tercero, fotos tuyas de cuando eras joven y guapo. De acuerdo, muy guapo. Encuentro una cartera que ya no usabas. Dentro hay más fotos pequeñas. Mi hermano mayor, de uniforme; mi hermano mediano, un *selfie*; fotos recientes de mis sobrinos americanos; fotos de los de aquí cuando eran más pequeños. Preparo mi estoicismo por si no encuentro ninguna foto mía, me digo que no pasaría nada, que sería circunstancial; tampoco he visto fotos de tu madre o de Aurora, y esta era tu hermana favorita. Pero entre los de aquí y los de allá encuentro al fin mi foto y me quedo soñando despierta, intentando acordarme de aquella época de cortarse el cabello cada pocos meses y pintar cuadros al óleo. Recuerdo que tuve un amor que era un poco como tú: tampoco me abrazaba (¿o era yo quien no sabía cómo darle un abrazo?).

A la puerta de la habitación se asoma mi amor de ahora, mi compañero también en esto, y me pregunta qué hago a esas horas rebuscando en tus cajones. Le explico: Jose, la foto mía que guarda mi padre..., ¡está gastada! Él la toma, la mira un segundo. Eso es de

tanto besarla, me responde ejecutando con los labios lo que acaba de decir antes de devolvérmela, y a mí se me caen dos lágrimas desacompasadas con mi risa que sustentan su tesis por completo.

A las 4.22 mi hermano llama por teléfono a mi madre y nos despertamos todos con la melodía alegre de su móvil. Escribo a mis amistades más íntimas, que han estado meciéndome estos días, acercándose al hospital por turnos, para no agobiarme. Una responde enseguida a pesar de la hora y sus palabras me hacen el mismo efecto que mil ansiolíticos.

Cuando llego a la habitación tu cuerpo aún está cálido. No puedo evitar pensar en que ya no me podrás decir otras palabras antes de irte, en lo que pude decir yo, en que lo último que viste consciente, en mitad de tu sufrimiento, fueron mis lágrimas como respuesta a tu sádico acertijo. Pero entonces me acuerdo también de tus ojos muy abiertos horas después, al comienzo de la sedación, apuntando al hijo de mi hermano mayor, tu nieto, que tenía que marcharse. En los últimos meses iba a menudo a tu casa, y, tal vez como yo, intuía que te estabas yendo. Te despediste de él moviendo las cejas, incapaz de hacer nada más, como un cordero indefenso antes de ser sacrificado. Era un día soleado de mediados de febrero. En ese instante la luz de la tarde llenaba por completo la habitación del hospital y, sin proponérnoslo, nos quedamos todos en silencio mientras te mirábamos mirar a mi sobrino; estaba segura de que sabías lo que te estaba ocurriendo y, justo antes de que cerraras los ojos, a mí se me hizo un nudo en la garganta abrumada por tanta belleza.

Podrías haberte marchado en casa, mientras dormías. Podrías haber partido diciendo adiós, buenas noches o «no llores, que te

queremos mucho», pero eres como Eurídice, papá: elegiste la poesía.

AVE

You're fighting for your right to be a baby.

LORRAINE LYON en *FARGO*

Nadie me ofreció la manzana.
Tampoco la arranqué del árbol.
La tomé madura, del suelo, como maduras estaban ya algunas de
sus hojas.

Aprendí que éramos distintos cuando surgió nuestro deseo.
Mi gozo se nutría de la pausa, de expandir el disfrute de las cosas;
el tuyo nacía de la urgencia por terminar
aquello que podías volver a empezar cualquier otro día.
Todos los días. Siempre.

Siempre —ahora lo entiendo—
es una palabra que inventarán los hombres
para mirar hacia otro lado.

Mientras tú cavilabas si el río era tuyo
—si eras el río mismo—
mi cuerpo se transformaba, ávido de espacio,
y juntos jugamos a dar nombre a los montes que crecían conmigo.

Yo no tenía miedo.
Había visto a los animales parir a sus crías entre la arboleda,
sabía que las camadas se multiplicaban un día
y al siguiente, se dividían hasta convertirse en otras.

Cuando llegó mi momento, también desaparecí en el bosque.
Y nada más recobrar el aliento,
regresé a mostrarte lo que traía en brazos.

No sé si lo veías como yo, si nos veías ahí,
pero no lo despreciaste.
Al contrario: te recordaba a un sueño lejano.
Aplaudías cómo trepaba y se alimentaba de mí,
y por las noches tú querías hacer eso mismo
hasta hacerme rebosar.

Y solo te apartaba cuando me llamaba
usando ese idioma que, de algún modo, yo sabía interpretar.

Un atardecer, vi que no se movía.
Lo llevé bajo aquel árbol que llamábamos sagrado.
Me dormí con él en mi regazo
y al despertar vi que su color ya no era el nuestro.
Había cambiado como cambian de olor
las manzanas tras chocar contra el suelo,
como acaban volviéndose amarillas las hojas verdes del mismo árbol.

Entonces comprendí que todo —absolutamente todo— se pudría.

Me preguntaste por qué lloraba
y señalé la serpiente para que vieras cómo mudaba su piel.
El mismo fruto que ayer me había sabido dulce
a ti te supo a un veneno fermentado.
Todo cambia, te dije.
Y tú, que por fin lo advertiste,
juzgaste que aquello era nuevo: un mal que yo había provocado.

Quise compartir contigo
que estábamos a la intemperie,
que no diferíamos de lo que nos rodea,
que el mismo destino nos iguala y aguarda a todos.
Pero creíste escuchar la nota disonante
que a veces graznaba algún ave del Paraíso.

Me miraste como a quien te aguara la fiesta y hasta me acusaste
de bajar la música
ante quien no te dejaba oírla siquiera.

Desde ese día, tú luchas contra lo inevitable,
inventándote guerras y empresas
que hagan que hasta la tierra que pisas tiemble al recordar tu
nombre.

Y yo
voy detrás de ti,
sintiendo la culpa de quien despierta
de su sueño
a un bebé.
A una bestia salvaje.

LETRAS EN EL PALADAR

Era como si hubiéramos presenciado un milagro: el hombre de la casa al fin había regresado. La gente decía que solo por eso ya teníamos motivo suficiente para sentirnos dichosos. Como conservaba todas las extremidades, los vecinos al principio murmuraban «Ha vuelto muy entero», pero pronto descubrieron —como nosotros— que por dentro quizá no tanto; lo que sintiera siempre nos resultaría un misterio.

Mi hermana no lo reconocía y yo, la verdad, es que apenas lo recordaba. Pero, como decía todo el mundo, lo importante es que estaba vivo o, mejor dicho: que se movía lo suficiente como para no parecer un muerto, encontrar trabajo en la única taberna del pueblo y volver a dejar embarazada a Madre.

Nada que valga la pena recordar sucedió hasta el día que vi por primera vez al recién nacido: era extraordinario. Emanaba la calma de un cielo de verano. ¿Se puede llamar Azul? —preguntó mi hermana mayor al verlo. Madre se rio y respondió que aquello no era un nombre y al instante, mirándome a mí, dijo Y tú, ¿qué nombre le pondrías a tu hermanito? Pero en lugar de contestar, me puse a llorar como un idiota. Ahora sé que de alivio al oír la voz de Madre, pues un rato antes mi abuela había estado sacando de la habitación montones de sábanas ensangrentadas mientras la pobre aullaba de dolor y la partera le pedía que siguiera empujando.

Era el séptimo parto y, aunque los dos últimos habían ido bien —aquí estábamos mi hermana y yo para contarlo—, Madre ya no era

una jovencita y había tardado en volver a quedarse embarazada los años que la guerra le había robado al marido.

Antes de dejarnos entrar a verla, la partera salió con una palangana de la que iba derramando el líquido a cada paso, y que mi hermana y yo debíamos limpiar de inmediato antes de que el color se agarrara a la piedra. No se me borra esa imagen de la cabeza. Años después vería degollar a un cochino; sin embargo, nada me provoca hoy tanto terror como acordarme de aquella cascada de sangre cayendo de un objeto inanimado. Madre, en cambio, parecía tan feliz con el bebé encima que pensé que ya teníamos un motivo más para creernos afortunados.

Había cierta ilusión en el aire para nosotros: yo empezaría a ir a la escuela y mi hermana podría continuarla. Era conveniente, pues Padre apenas había aprendido a leer y escribir un poco, y Madre no había ni llegado a tener esa oportunidad. Pero, de momento —sin perspectiva todavía de profesor ni aula a la vista siquiera—, nos afanábamos por hacer algo en casa. A mí me tocó ayudar en el huerto; a mi hermana, atender a Madre, sobre todo después del parto, pues se encontraba débil y a su vez solo tenía fuerzas para ocuparse del recién nacido. Parecía enamorada de esa criatura que la miraba como si no existiera nadie ni nada más sobre la Tierra. «Qué afortunados somos», repetía Madre cada mañana. «Qué bien duerme este niño por las noches, y qué listo, es tan listo. Es el niño más listo que he visto en mi vida.»

Los primos y vecinos vinieron a felicitar a Madre. Qué hermoso es, decían unos dándole besos en las manitas; otros, que no tanto, y algunos preguntaban si tenía todos los dedos. Entonces ella le quitaba los patucos para que los contaran. Después decían Enhorabuena, todo lo mejor para vosotros, pero de esos, cuando se

iban, Madre decía que solo se trataba de seres mezquinos y envidiosos.

Era como si los celos de esos vecinos quisieran colarse por nuestra ventana, porque yo también llegué a tomarle manía al bebé. Mi hermana no, ella parecía que se había acostumbrado a un papel secundario desde que llegué yo. Sin embargo, al cabo de un tiempo demasiado breve se me pasó. El niño, nuestro hermanito tan hermoso, tan sonrosado, tan listo, dejó un día de moverse; tampoco lograba ganar peso ni tenía apetito, y eso, en tu primer año en el mundo, era un síntoma terrible.

Tres días tardó en llegar el único médico que Padre pudo encontrar en el pueblo más cercano, porque, entonces, resultaba imposible desplazarse sin abrirse paso por unos caminos que solo servían para las mulas de los arrieros, y no para dos burros viejos como los nuestros, que se asustaban al ver cómo algunos cadáveres seguían pudriéndose, apiñados bajo montones de tierra que no ocultaban los cuerpos por completo. Además, había que tener cuidado con los bandidos, pues los vencedores ya habían rapiñado los bolsillos de todos los muertos antes de ser fusilados.

Mi hermana y yo nos cogimos de la mano dispuestos a espiar tras la puerta: nunca antes habíamos visto a Madre con tantas ojeras y mucho menos a un médico de cerca. Cuando nos dolía algo, siempre íbamos a la partera.

—¿Qué le pasa a mi hijo? —preguntó Madre—. ¿Qué son esas letras que tiene en el paladar?

El hombre le tomó la temperatura al niño. Apenas tenía fiebre, pero, al parecer, tampoco eso era buena señal. Dijo que, si había pasado alguien enfermo por la casa, podría haberlo contagiado.

—Malditos sean —murmuró Madre refiriéndose casi con toda probabilidad a los vecinos.

Pronunció entonces el doctor una palabra que ni mi hermana ni yo conseguimos entender ni retener, pero sí captamos otras que nos hicieron pensar que ese señor era alguien que hablaba con un poder inusual. A juzgar por mi hermana, un médico era algo así como la vieja que decían que vivía en el bosque y era capaz de predecir el futuro, porque el hombre se puso muy serio y sentenció: El pequeño morirá ahogándose. Yo, en cambio, lo recuerdo como un sádico.

Madre lloró al oír aquello y Padre parecía no estar presente, como si una bruma invernal lo hubiera helado hacía tiempo y no hubiera nada que lo hiciera entrar en calor. Lo único que recetó el médico mientras se lavaba las manos fue que lo bautizaran cuanto antes. «Para que Dios lo tenga en su gloria», dijo. Después se puso el abrigo y se dirigió a la entrada. Madre y Padre lo acompañaron saliendo de la casa y ya no pudimos seguir escuchando.

Aprovechamos para ir junto al bebé. Yo me acerqué con una vela y mi hermana le abrió la boca para que viéramos esas letras de las que hablaban. Lo cierto era que desde que había nacido y hasta que enfermó, Madre decía que era un niño muy espabilado, que había sido capaz de moverse y hasta de levantar la cabeza de la cuna antes que ninguno, y era verdad que a veces te miraba como si supiera lo que te traías entre manos, como que habías desperdiciado un poco del escaso azúcar que teníamos para cazar hormigas y dárselas de comer a las arañas o que habías desobedecido a Madre en lo de lavarte bien el cuello y los sobacos.

—¿Qué letras son? —me preguntó mi hermana, que era quien se esmeraba entonces en tratar de enseñarme el abecedario.

—La del lado izquierdo parece una X. La del derecho podría ser una V, aunque muy redondeada.

—XV... ¡No son solo letras! ¡Son números romanos! A ver, déjame ver a mí.

Me hice a un lado pasándole la vela y le abrí la boca como había hecho ella.

—No son letras ni números romanos, ¡son pupas! Además, ¿qué sabrá Madre de esto si nunca ha ido a la escuela?

—Bueno, pero sabe lo que es una X. Así es como firma ella.

—Por eso dice que son letras, pero podrían ser gusanos podridos.

Madre nos sorprendió con esas palabras en la boca.

—¡¿Qué hacéis ahí?!

Nos apartamos como perdices que oyen el tiro de una escopeta, pero mi hermana se atrevió a hablar usando la misma voz que ponía para pedir más pan en el desayuno.

—Madre, ¿qué le pasa al hermanito? ¿Qué son esas letras en el paladar?

La mandó callar, nos apartó para tomar al niño en brazos e intentó darle de mamar, pero sus labios minúsculos no hacían ningún amago de buscarle la teta.

—¿Qué te ocurre, niño mío? —dijo sin saber a quién le preguntaba.

El bebé no se movió. Entonces Madre lo zarandeó como cuando sacudía los sacos de patatas para hacer salir a las cucarachas, con desesperación, quizá buscando cualquier respuesta, aunque fuera un llanto.

La que lloró fue ella.

Creemos que aquel hermano nuestro dejó de respirar por completo aquella misma noche mientras Padre se ausentaba para

acompañar al médico hasta la mitad del camino a otro pueblo, pero Madre, en lugar de envolverlo en un sudario, como había hecho años antes con el abuelo, continuó tomándolo en brazos y repitiendo que se iba a poner bien.

Mi hermana y yo nos pellizcábamos con fuerza cada vez que observábamos cómo intentaba darle el pecho al pequeño cadáver y, ¡Dios mío, Dios mío!, es la primera vez que lo cuento: estábamos tan aterrorizados, tan desorientados, que durante más de una semana fingimos por ella que el bebé seguía con vida.

Era como si quisiéramos apresar el tiempo, congelarlo. Cuando Madre no tenía al niño encima, lo dejaba sobre una teja de barro después de calentarla a la lumbre. Así, el cuerpo nunca se enfriaba.

Una vez que Padre hubo regresado, tampoco se opuso a esa locura, no dijo nada. A saber dónde tendría el hombre la cabeza o el alma en ese momento. Lo recuerdo con la mirada perdida en la misma candela que mantenía cálido a nuestro pequeño hermano muerto, que en poco tiempo pasó de un tono gris a un gris azulado. El *rigor mortis* no debió durar mucho, pues al calor de la teja tuvo que acelerarse el proceso de descomposición. Cómo estaría Madre para no darse cuenta del hedor que impregnaba la casa con las ventanas cerradas a calicanto, y cómo estaríamos mi hermana y yo para no poder hablar de ello —aunque fuera a golpes— ni siquiera entre nosotros. Agradecimos que no fuera verano para no ver a las moscas revolotear por allí, buscando el mismo alimento que en las cunetas de los caminos.

Y es que a veces no hacemos nada porque es más sencillo o porque nos parece mejor que todo se quede como está.

Por eso hubo vecinos que dijeron que lo que pasó en los días que vinieron fue una broma perversa incitada por el diablo, cuando la verdad fue que una mañana mi hermana y yo reunimos ganas

suficientes de despertar y hacer despertar al resto de cualquier manera.

No lo pensamos demasiado: cuando Padre estaba trabajando en la taberna y Madre se quedaba dormida o se descuidaba, cambiábamos un poco de postura el cuerpecito para ver si ella sabía lo que sabíamos nosotros, si reaccionaba, pero como no vimos diferencia alguna, decidimos hacer algo más drástico.

En una de las veces en que el bebé yacía sobre la teja caliente, sin Madre cerca, lo reemplazamos por una muñeca que en otros tiempos había sido de mi abuela, después de Madre y ahora de nadie, pues a mi hermana le daba miedo y con razón: tenía los ojos muy mal dibujados. La cabeza era de barro cocido; el resto estaba hecho con trapos cosidos repletos de arena; recuerdo que al soltarla pensé que habríamos hecho bien en sacarle algo de relleno, pues solo la cabeza ya pesaba más que toda la pobre criatura. Envolvimos el cuerpo casi chamuscado y menudo como pudimos en gasas y huimos a toda prisa con él en brazos.

Era un día nublado de principios de noviembre y hacía el frío que deja el recuerdo de un ser querido cuando él no te quiso tanto. Después de correr durante un buen rato, mi hermana me pasó el fardo, ahora helado. Nos adentramos en el bosque y caminamos hasta que llegamos a un claro por donde se colaba la luz blanca del cielo gris. Junto a un árbol vistoso por sus frutos rojos y una encina, escarbamos con nuestras manos hasta hacer un hoyo poco profundo, donde depositamos al bebé envuelto y lo cubrimos de tierra.

Mientras yo tallaba en la encina la inicial de su nombre —no habría sabido escribirlo por completo—, mi hermana recogió romero y unas flores que había alrededor. Solo encontró ciclámenes: mi

abuela los llamaba flores de los muertos porque no hay muchas otras que elegir en esa época del año, cuando más se necesitaban para llevar al cementerio.

Pusimos las hierbas sobre la modesta tumba y nos arrodillamos a rezar un *Ángel de la guarda*, lo único que nos sabíamos de memoria a base de repetirlo cada noche. Después nos alejamos sin apartar los ojos del montoncito de tierra, a cobijo del acebo y la encina señalada con una A.

De nuevo en la espesura, vimos que el cielo se había oscurecido tanto que no reconocíamos el camino. Los abedules parecían más crecidos que antes y sus ramas, movidas por el viento, se pelaban al chocar con violencia unas con otras, señal clara de que se aproximaba una tormenta. Estábamos muertos de miedo, temiendo que la noche nos sorprendiera en el bosque o que el bosque nos sorprendiera en la noche.

Mi hermana comenzó a llorar; decía que esto era un castigo de Dios por lo que acabábamos de hacer. Yo, que intentaba distraerme mirando el vaho que salía de mi boca, pasmado de frío, también lo creía.

Corrimos de un lado para otro bajo la lluvia en busca del claro con el árbol tallado, pero no conseguimos dar con él. Ya empezábamos a desesperarnos, cansados y con un sentimiento de culpa que calaba más que el agua que nos había caído encima, cuando oímos algo, unos pasos que se acercaban.

No eran bandidos, menos mal, sino un niño de más o menos mi edad y que estaba tan sucio y despeinado que habría dado lástima si no fuera porque así estábamos todos los chiquillos del pueblo por aquel entonces. Nos contó que había salido a buscar flores y nos enseñó las que había encontrado: ciclámenes.

—No podéis quedaros solos aquí a pasar la noche —nos dijo—, os venís conmigo ahora y por la mañana podréis regresar a casa.

Nos aseguró que vivía muy cerca, en el mismo bosque. Al oír eso, pensamos que sería el nieto de la vieja aquella que te adivinaba el futuro. Quizá esa mujer conocía bien el lugar y podría ayudarnos a encontrar el claro donde habíamos dejado a nuestro hermano. Caminamos tras el niño pensando que cada vez estábamos más perdidos hasta que por fin señaló una cabaña.

La puerta estaba abierta y estábamos tan cansados que ni las telarañas nos hicieron cuestionarnos qué hacía un crío solo en un lugar tan abandonado. Quizá pensamos que no era tan raro, la guerra te hace madurar a pasos agigantados y había muchos niños en la comarca cuyos padres también habían desaparecido, sobre todo en el último año. Me pregunté con la misma melancolía con la que yo había añorado (y de alguna forma seguía añorando) al mío si los estaría esperando.

Al día siguiente, temprano, desperté a mi hermana poniéndole una mano en la boca para que no hiciera ruido. Me daba pena dejar ahí al pobre chico, pero ¿qué podíamos hacer? Teníamos que desenterrar a nuestro difunto hermanito y deshacer este entuerto. Ya regresaríamos otro día con Padre a buscarlo para llevarlo al pueblo, a la iglesia o a donde quiera que fueran los niños huérfanos.

De vuelta en el bosque, cada árbol nos parecía nuevo y por más que avanzábamos, siempre terminábamos en el mismo punto desde donde se veía la cabaña de la que habíamos partido. Cada vez que la divisábamos intentábamos alejarnos, sin éxito. El niño que la habitaba, por su parte, nos recibía a cada tanto dando saltos desde la entrada, lleno de felicidad, como si fuéramos la familia a la que

estaba esperando. Nosotros lo saludábamos con la mano, sin acercarnos demasiado, como cuando no quieres acariciar a un perro sin dueño por miedo a que te siga a casa, pero al final, después de perdernos varias veces, hasta nos alegrábamos de verlo.

Por unos instantes su risa nos hizo olvidar por qué estábamos allí, pues daba la impresión de que aquello era un juego, como un ensayo de bienvenida en cada partida. Por fin se nos acabaron las risas con el cansancio y le explicamos que antes de volver a casa teníamos que encontrar un claro del bosque con un acebo imponente junto a una encina.

Nos dijo que sabía dónde estaba ese claro, pero que no podía acompañarnos por si aparecía su padre, que estaba seguro de que ya andaba cerca. Al oír esto, mi hermana y yo nos miramos con pena, incapaces de llevarle la contraria.

Cuando contéis tres tejos entre abedules en aquella dirección —señaló el niño—, debéis girar hacia la izquierda, veréis una fila casi perfecta de robles y hayas cubierta de hiedra. Si seguís a la hiedra, llegaréis al claro del bosque.

Junto al acebo marcado, ya no estaban los ciclámenes sobre el montículo de tierra, únicamente el romero. Al remover la tierra, vimos que el cuerpo continuaba allí, protegido —solo en parte— por la gasa con que lo habíamos envuelto, porque al sacarlo notamos la humedad de la misma lluvia que nos había calado la noche anterior.

A la salida del bosque, hicimos un último esfuerzo echando a correr hasta casa. Llegamos exhaustos a la puerta, que encontramos entreabierta, aunque no tardamos en percatarnos de que no había nadie. Encendimos el fuego y pusimos sobre una teja caliente el cuerpecito inerte como hacía Madre. Con suerte se secaría pronto.

En el suelo junto a la lumbre, descubrimos pedazos que habían pertenecido a la cabeza de la muñeca. Nos dio escalofríos. Medio ojo pintado miraba cómo nos calentábamos tanto la culpa como nuestras manos.

El viento nos dijo que una puerta se había abierto y el estampido posterior, que no había tardado nada en cerrarse. Nos apartamos del fuego como si fuera el infierno, poniendo nuestros flacos cuerpos junto al cadáver de nuestro hermanito. Madre nos miraba desde la entrada, tenía tan mal aspecto que parecía que era a ella a quien habíamos desenterrado. Mi hermana y yo tiritábamos con los ojos a punto de huir de nuestras cuencas cuando se abalanzó sobre nosotros, pero en lugar de darnos una paliza, como nos temíamos, nos besó y estrechó entre sus brazos, apretándonos tan fuerte que casi parecíamos los tres una misma cosa.

—¿Dónde estabais? —repetía—. Vuestro padre fue a buscaros al bosque.

Después de abrazarnos como no lo hacía desde años atrás, se fijó en lo que había sobre la teja caliente. Mi hermana y yo nos cogimos de la mano temiendo lo peor. Se acercó a él, le besó la frente minúscula, ya hendida como el fruto tardío de una higuera, y se la cubrió con la manta. Esperamos a Padre en silencio, viendo cómo Madre amortajaba al pequeño con gasas limpias y una tela de lienzo, preparándolo para darle el entierro digno que hacía tiempo que merecía.

Era como si su destino no fuera estar entre los vivos: Padre no regresó. Días más tarde fui con los hombres del pueblo en su busca, pero solo encontramos la cabaña: estaba vacía y sin signos de que nadie la hubiera habitado en décadas. Antes de salir del bosque,

pasamos por el claro, la tierra aún estaba removida y a un lado quedaban restos del romero. Nos paramos allí a coger ciclámenes para la nueva tumba de mi hermano y, al acercarme a la encina, vi que en lugar de una A solitaria tallada en el tronco, se podía leer su nombre entero. No se lo dije a nadie, me habrían acusado de mentir, de que lo había escrito yo, pero la verdad es que, entonces, faltaban meses para que me supiera tan bien el abecedario como para formar una sola palabra.

Esa tarde lo enterramos, ya no podía esperar y además no tuvimos otro remedio que hacerlo junto a la huerta porque no había sido bautizado; el cura dijo que no podía hacerlo después de muerto. Le hicieron una misa a la que ni Madre ni mi hermana ni yo acudimos y, cuando años más tarde la gente del pueblo preguntaba por qué no estaba en el cementerio, junto a los fallecidos por difteria, mi hermana contestaba que ese no era su sitio, que la criatura murió de un problema de nacimiento, y que era tan lista que hasta tenía letras en el paladar.

VAMPIROS EN EL TITANIC

—¿Por dónde me había quedado?

—Los dos vampiros se esconden antes de que amanezca.

—Ah, sí. Enciende el radiador tú, que estás más cerca.

—A ver si me voy a electrocutar.

—Tranquila, nos electrocutaríamos las dos.

—Venga, sigue.

—Ellos desaparecen de la cubierta y vemos de nuevo el iceberg, a lo lejos, acechando. Después regresamos a los vampiros en un camarote a la luz de una vela. El siervo ha sacado el ataúd de la caja y lo ha arrastrado por el suelo unos metros. El vampiro, que ha invitado al chico a guarecerse allí en vez de en la bodega, le dice que el arcón es más incómodo, que le cede el féretro por esa noche. El muchacho se mete en el ataúd cerrando la tapa. El vampiro se acerca al siervo y le dice: «No te duermas» y, antes de meterse él también en su caja, se echan una de esas miradas de las que te hacen saber que algo va a pasar. Lo que viene después me encanta: los marineros al amanecer en la cubierta, trabajando, y los pasajeros desayunando, nos van mostrando cómo se va desarrollando el día. La música de fondo es preciosa, con violines, como del despertar de la primavera. Después volvemos a la estancia de los vampiros y vemos cómo a través de un ojo de buey va penetrando la claridad y, a medida que avanza, la melodía se va tornando más siniestra. Un rayo de sol cruza la habitación hasta posarse en la cara del siervo, que tiene los ojos muy abiertos. El haz de luz sigue y sigue

avanzando hasta que cubre el ataúd. En ese momento el siervo abre la tapa y vemos al joven camarero, que solo tiene tiempo de salir para intentar ponerse a la sombra bajo el ojo de buey, pero, antes de que pueda llegar a cobijarse, ya se ha convertido en ceniza.

—¡Ay! Pero ¿por qué?

—Hija, cosas del vampiro. Estaría harto de ir limpiando el reguero de sangre que el chaval dejaba a su paso. Además, no tenían los mismos intereses. Como cuando tú saliste con aquel tío que iba siempre en chándal y apenas salía de casa. ¿Te imaginas pasar la eternidad con él?

—Ni me lo recuerdes. Date la vuelta, que te lavo la espalda.

—Vale, pero deja que me recoja el pelo, que ya me lavé ayer la cabeza. Esa noche hay una fiesta y la pelirroja le dice al vampiro que bailen y el vampiro pide permiso al novio con la mirada y este le dice serio que vale. Y dan vueltas como en un vals y ella tiene el cabello suelto y largo y él la mira fijamente y le insiste en que su rostro le resulta demasiado familiar. Entonces ella le deja ver una cicatriz que tiene en el cuello, algo que parece el dibujo de la marca de dos colmillos. El vampiro da un respingo y pregunta «¿Qué es eso? ¿Acaso eres...?» y ella niega con la cabeza y le susurra al oído: «Me curé con las cenizas de un vampiro». Al oír esto el otro la aleja de sí y sale corriendo. El novio, que ha estado mirando de reojo, va tras él. Hay una persecución escaleras arriba y abajo, pero al final lo pierde de vista, así que pregunta a alguien de la tripulación cuál es su cabina. Se dirige hasta allí y, al llamar a la puerta, abre el siervo, que responde que el señor no está, pero aparece el vampiro al fondo que le dice que lo deje entrar y le pide a su criado que se vaya. El moreno atractivo entra y lo toma de los hombros con violencia, le dice que explique su comportamiento y, como sospecha de él, le pregunta si tiene algo que ver con las muertes y desapariciones de

los días anteriores. El vampiro se suelta con facilidad, es mucho más fuerte de lo que el otro suponía a pesar de ser más delgado, se dan de puñetazos un rato hasta que hay sangre. Al vampiro se le hace la boca agua y se le tira al cuello. Y en el momento en que le clava los dientes... ¡¡¡Baaaaaaaaaaam!!!

—¡El iceberg!

—¡Sí! El moreno se quita al vampiro de encima. Están desconcertados. «¿Qué ha sido eso?» El vampiro huye y el otro le persigue, pero se topa con alguien de la tripulación que le cuenta del accidente. Hay que evacuar y salir del barco. Se olvida del vampiro y va a por la pelirroja, que está asustada junto con su familia y otros pasajeros esperando para subir en los botes salvavidas. Mientras tanto, el vampiro ha regresado a su cabina, donde le espera el siervo metiendo en un saco la tierra que había dentro de la caja.

—¡Ay! Para eso era la tierra, por si pasaba algo en el barco.

—¡Claro! Le dice a su amo que ya tiene más que suficiente, cogen entre los dos el ataúd y salen a buscar un bote para ellos. Hay unos pasajeros de segunda intentando tomar el único bote que hay en esa zona, pero el siervo saca un cuchillo enorme y los espanta. El agua está subiendo rápidamente, de modo que el vampiro debe auparse hasta un poste para mantenerse a salvo. El siervo se mete en el bote con el saco y lo vuelca esparciendo bien la tierra. Después, sin la ayuda del amo, que permanece a resguardo, consigue poner el ataúd sobre la tierra. Ya está todo listo, pero el vampiro ve que el bote está un poco lejos y tiene miedo de saltar. Si cae al agua morirá. Volvemos a la pelirroja y al moreno, que están ayudando a la gente a tomar las embarcaciones que quedan. Por fin les toca a ellos, pero la chica se da cuenta de que no habrá botes suficientes para todo el mundo, pues tiene a mucha gente detrás. Él mira alrededor y ve de lejos uno vacío que parece que solo llevará a

dos hombres, uno de ellos es el vampiro. Le pide a la pelirroja que salte allí donde está su familia, pero ella responde que, sin él, ni hablar. Entonces el hombre también sube, pero solo para contentarla porque en el último momento vuelve de nuevo al barco y se dirige al bote donde está el vampiro.

—Un momento.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué siempre hacen eso? ¿Por qué no hacen lo más lógico que es salvarse?

—Porque si no, no hay película.

—Ya lo sé. Me refiero a por qué esperan que encontremos naturales esos comportamientos.

—A ver, que estamos hablando de que había vampiros en el Titanic.

—Ya, pero... Bueno, ¿qué toallas cojo?

—Solo hay dos. Para mí la azul y para ti la verde. Hay otra más, pero está en la lavadora.

—¿Y para el pelo?

—No tengo. Es que tengo pocas cosas en este piso. Usa la del cuerpo.

—Anda, sigue.

—El vampiro está indeciso con eso de llegar de un brinco sin rozar el agua y, como el siervo ve que le da miedo, se ofrece a hacerle de puente para que pueda cruzar al bote. El vampiro pisa la espalda del viejo criado, por fin consigue acceder al ataúd y se queda en él, sentado, temblando. Pero cuando el siervo al fin ha cortado las cuerdas y liberado el bote para que toque el agua, aparece por detrás el moreno, que está dispuesto a saltar. El criado se lo impide mostrando el cuchillo, pero el otro lo esquiva y tras un forcejeo hace que caiga al mar. Resulta que el viejo no sabe nadar y se hunde. El

moreno se arroja al agua para intentar salvarlo, pero es de noche y no se ve apenas.

—Vaya, no ha podido jubilarse.

—Ya. Pero, mira, aunque no se ahogara, nunca está en los planes de un vampiro conceder ese deseo a quien busca así la inmortalidad. Seguro que no recuerdas ninguna historia de vampiros en la que un siervo consiga su objetivo.

—Yo creo que simboliza al lameculos de las oficinas que nunca llega a ser jefe o lo es cuando ya se ha ido la gente sobre la que quería mandar.

—Yo conocí a uno así cuando curraba en lo de las hamburguesas. Gente que se cree que va a heredar el McDonald's... En fin, sigo. Suena un rugido, es el barco que se está resquebrajando, tienen que alejarse de allí cuanto antes si no quieren ser arrastrados por la succión del barco. El vampiro le ofrece la mano al moreno, que sigue en el agua, para que suba al bote. Ambos reman con todas sus fuerzas hasta alejarse lo suficiente, aunque no pueden evitar girarse durante unos segundos, como Orfeo hacia Eurídice, para ver los últimos momentos del Titanic. Parece mentira que algo que era tan inmenso esté a punto de desaparecer. Después se miran. «No puedes matarme», dice el vampiro. «Claro que puedo», responde empapado el antagonista, «pero primero quiero saberlo todo. ¿Para qué es la tierra?». Al vampiro no le importa contestar a lo que el otro quiera saber. «Las corrientes de agua pueden matar a los que son como yo», le confiesa, «la tierra es una especie de amuleto para protegerme, del mismo modo que el ataúd me protegerá del sol». «¿Vas a matarme tú a mí?», le pregunta entonces el moreno. «No quiero hacerlo, además, estás muy lejos, no debo salir del ataúd.» «¿Cómo sabes que no te tiraré al agua?» «No lo harás, ya no puedes hacerme daño porque tienes mi marca en tu cuerpo, y

dentro de dos noches serás un vampiro.» El moreno se busca la herida en el cuello, se la toca. «¿No hay forma de evitarlo?» «Eso mismo», responde el protagonista, «le pregunté hace muchos años al que me hizo esto».

—Y ahora nos termina de contar su historia con otro flashback.

—Eso es. Volvemos a comienzos del siglo XVII, al jardín estéril de aquella casa y al joven, antes de ser vampiro, discutiendo con el hombre que al parecer le salvó la noche anterior. Le está haciendo la misma pregunta. «¿No hay forma de evitarlo?» El otro vampiro responde «Claro, muriendo antes de transformarte, pero no creo que quieras hacer eso». Al principio, mejor dicho, los dos primeros siglos, parece que todo va más o menos bien entre ellos. Los vemos siempre juntos viajando por Europa, donde el maestro le presenta a los vampiros que hay en cada ciudad, y son un montón, pero poco a poco surgen rencillas entre ellos, discuten cada noche porque se va dando cuenta de que es un ser monstruoso, no tiene piedad con nadie y a veces mata por matar, incluso saciado, especialmente a niños.

—¡Ay! ¡Como Tom Cruise!

—Sí, bueno, como Lestat. Entonces llegamos con ellos dos a 1900, a la noche del cambio de siglo, y trae a casa a una niña, muy pequeña, prácticamente un bebé, con la intención de compartirla con él. Discuten porque al joven le repugna hacerlo y, como la niña no para de llorar, el maestro decide acabar con su llanto y con su vida y le muerde en el cuello, pero el joven no lo soporta más y le arrebata a la criatura antes de que la mate, huyendo de allí. Más tarde, sabiendo que está infectada, pregunta a otros vampiros si hay forma de devolverla a su estado anterior y le cuentan que únicamente tomando las cenizas del que le hizo eso podría salvarse, pero también le advierten que matar a un vampiro va contra las

normas a menos que estén todos de acuerdo y parece ser que no lo están. Vuelve a casa con la niña, a la que deja en la cama febril, delirando, y le pide a su maestro que lo perdone, que le ha traído a la cría para que termine con ella. El maestro sube las escaleras, pero no es más que una trampa. Cuando entra en la habitación le clava un trozo de madera en el cuello que, aunque no lo mata, lo deja malherido, después lo encadena a la ventana que da al jardín y allí lo abandona. La niña llora y se retuerce, él la mece para calmarla. No quiere dejarla sola, así que se la lleva con él a su ataúd porque está a punto de amanecer. Se oye el grito del maestro mientras los otros dos continúan abrazados. A la noche siguiente, cuando salen, no quedan más que sus cenizas.

»Esa misma madrugada deja a la niña, dormida, delante de una casa, llama a la puerta y después corre a esconderse. No se irá hasta asegurarse de que alguien abra y encuentre a la pequeña. La puerta se abre, pero en vez de mostrarnos lo que sucede, oímos las voces sorprendidas al ver a la niña mientras la cámara se queda apuntando a la luna. Y así volvemos a la misma luna sobre el mar y volvemos al bote que salió del Titanic con los protagonistas.

»El moreno está temblando, mira hacia donde estaba el barco. "Tengo demasiado frío, creo que moriré antes de transformarme." El vampiro le pide que se quite todo lo que lleva encima mientras él se desprende de su ropa para cedérsela. El otro se quita las prendas mojadas y se va colocando las del vampiro, que ahora está desnudo. Parece indefenso. Entonces responde al fin que hay una forma de salvarse. Los dejamos con esa conversación para irnos un momento con la pelirroja, que mira a su alrededor, intentando saber si en alguna otra embarcación pudiera estar su prometido. Grita su nombre, se acercan a otros y pregunta si está ahí. Nadie responde.

»De nuevo en el bote del protagonista, el moreno se gira cuando le parece oír su nombre. El vampiro le dice que sus sentidos se están agudizando, mala señal. Después se hace un silencio, por fin el moreno se queda dormido. El vampiro, desnudo, lo observa desde el ataúd, sabe que pronto amanecerá, así que se acomoda en él y cierra la tapa haciéndose un fundido a negro.

»Volvemos al mar, a los otros botes, a los ruidos de un barco que se acerca. Es el Carpathia, que viene a salvarlos. La pelirroja, que estaba descansando sobre el hombro de una mujer, se incorpora para verlo. Poco a poco rescatan a cada pasajero con vida y los botes se van vaciando. Ya no queda apenas nadie cuando está amaneciendo. Mientras, en el bote del vampiro, el moreno se ha despertado, la claridad le molesta, le impide ver bien lo que tiene delante. Está solo frente al cofre abierto, al que se asoma para descubrir que no hay nada salvo cenizas. Entonces oye su nombre de nuevo. Él grita de vuelta: "¡Aquí, aquí!". Sabe que llegarán enseguida. Al fin lo rescatan y sube al barco, allí lo espera la pelirroja. Se abrazan fuerte, y al apartarse, ella se fija en la ropa que lleva, que le está pequeña, lo mira y con los dedos se acerca a limpiarle los restos de ceniza que lleva en la boca. Fundido a negro mientras se besan y fin.

—Pues al final el vampiro no se lía con la pelirroja.

—Bueno, tenía otros intereses... ¿Te ha gustado?

—No sé, tendría que verla. ¿De verdad no recuerdas el título?

—Te juro que no me acuerdo.

DE MIERDA Y CHOCOLATE

A firmar el contrato fui con el culo lleno de mierda. El salario me parecía injusto; me habían hecho esperar sin motivo aparente más de un año; estaría bajo periodo de prueba de tres meses, me tocaría demostrar que se podía hacer lo mismo en treinta y dos horas que en cuarenta. Vamos, que un chollo no era.

La verdad es que lo de la mierda no lo tenía pensado. Se me ocurrió un rato antes de entrar a la reunión, estaba nerviosa y tuve que ir en varias ocasiones al baño. ¿Sabes cuando te preguntas si habría sido mejor no hacerlo? Lo de limpiarte, quiero decir, no lo de pedir la reducción de jornada. De esas veces que miras un momento el único cuadradito de papel higiénico y piensas Dios mío, ¿por qué no he mirado antes si había más papel? Solo quería cagarme en la última que había entrado antes que yo y lavarme las manos cuanto antes. El móvil vibraba a mis espaldas encima de la tapa de la cisterna, lo tuve que coger con la mano libre de pecado.

Que dónde estaba, que si había leído los documentos, que me estaban esperando. Pues ahí me dije Ya está bien. Así que mientras pedía un bolígrafo me imaginé que mi mierda pegada en el culo, ese pegote escurridizo y grasoso, era lo más parecido a decir alto y claro lo que pensaba. Lo que pensaba de ellos, de su contrato y lo que pensaba también de mí por aceptar esas condiciones.

Una mierda de revolución, ya lo sé. En cuanto firmé, regresé al baño con un paquete de clínex y me limpié lo mejor que pude, tampoco era cuestión de castigarme. Cuando se me pasó la rabia y

vino el consuelo de saber que ya estaba todo hecho, quise llamar a Pablo. Se pondría muy contento. Él también había intentado pedir la jornada reducida hacía tiempo, ¿sabes?, pero al parecer no era un buen momento. Yo, en cambio, aproveché que tenía cierta visibilidad en la empresa para solicitarla. Les dije que sobre todo lo hacía por mis hijos y, a ver, estaba en mi pleno derecho a plantearlo al menos. Tampoco estaba pidiendo la luna, ¿no?

Pues eso, que llamé a Pablo pero no me lo cogió. La verdad es que él es más de WhatsApp, así que le puse un mensaje que decía solamente «Jornada reducida» y un corazoncito. Guardé el móvil y me dije ya me llamará.

Pero nada. Llega la hora de irnos, y cuando estoy de camino al metro me entran unas ganas de llorar tremendas. Y, como no me gusta *endramarme*, me digo que es por la tensión acumulada, o el cansancio, o las noticias con tanta guerra y tanto odio, o incluso que me va a bajar la regla y estoy premenstrual, yo qué sé. Pero si te soy sincera, desde que murió mi padre, que ya mismo hace un año, estoy que me tocas y sangro. No sé dónde empieza el dolor del mundo y acaba el mío. A ver cómo te explico esta locura: soy un ser fractal, ¿sabes lo que significa fractal? Estupendo, porque resulta que el planeta se está calentando con el cambio climático, ¿verdad?, pero es que yo estoy experimentando lo mismo, ¡lo mismo!, pero en pequeña escala, claro: tengo sofocos que son un volcán en erupción, enfados que parecen tormentas tropicales y llantos que limpian como un monzón cuando deja las calles vacías.

Pues en plena ebullición estaba ese día, que parecía que me iba a transformar en una cucaracha gigante. Y ahora me doy cuenta de que sobre todo tenía ganas de decirle a Pablo lo de la jornada reducida para que se alegrara él y me contagiara su felicidad por mí,

porque, después de todo, yo tenía un estertor dentro que no me permitía estar contenta. Y no era solo por lo de mi padre.

Sabía que en ese momento necesitaba un chute de euforia, así que saqué el móvil, a ver si Pablo me había contestado por lo menos. Nada. Releí el mensaje que le había puesto hacía un rato y vi que tenía la señal de enviado, pero no el doble simbolito que confirma que podía haberlo visto. Además, me fijé en que más arriba ponía que se había conectado por última vez a las nueve de la mañana.

Y ¿sabes lo que hice? Borrar mi mensaje.

Pues a ver, fue un poco como lo de la mierda en el culo. En cada parada de metro intentaba imaginarme en mis horas libres y me daba lástima de mí misma. ¡¿Que por qué?! Porque solo me veía haciendo comidas para el resto de la semana, limpiando o poniendo lavadoras. Tan poco creativa me sentía que únicamente me proyectaba en lo mismo que ya hago los sábados y los domingos.

Me puse malísima de pensarlo y ya puesta empecé a soltar, vamos, a llorar, pero a llorar que daba asco verme porque además no tenía ni un pañuelo, los había gastado todos en limpiarme el culo, y así, llena de mocos y llorando delante de todo el mundo, estuve un buen rato, aunque nadie me preguntó qué me pasaba. Y eso también me dio rabia: parecer tan invisible. Hasta llegué a pensar que lo mismo estaba muerta y que ni siquiera daba para ser un fantasma de los que sí se ven. En casa tampoco es que me vieran... de verme, ¿entiendes lo que te quiero decir? Ni un Cómo estás, Lola o Quédate en la cama media hora más, mami. No. Mami Lola siempre está para los demás. Y en ese instante furioso me puse a gritar en el metro como si estuviera hablando con alguien ¡El mes

que viene se lo digo, joder!, que porque me tome dos días para mí no se va a morir nadie.

Tampoco se extrañaron en el metro de que estuviera hablando sola; debieron pensar que tenía Tourette.

Pues mira, lo que pasó es que ya mismo va para seis meses y todavía no se ha enterado nadie. Bueno, ahora lo sabes tú, y fíjate si he tardado en contártelo. No lo he hecho antes porque siempre estamos con más gente que a lo mejor no me apetece que lo sepa y no esperaba que esto fuera para largo. Te lo prometo. Te juro que se me ha pasado el medio año volando, pero es que, además, pensé que hablar de ello formaba parte de ese perder el tiempo en el que no me apetece estar cuando estoy haciendo algo conmigo, algo para mí. ¿Me explico? Como estar aquí contigo. Prefería echar las horas muertas —perdón: vivas, ¡vivas!— sobre nuestras cosas, tus historias, que sabes que me sacan de aquí... Pero como ahora dices que con lo de tu padre no te sale contarme nada —que te entiendo, ¿eh?, que a mí me pasó lo mismo cuando acababa de perder al mío y una cosa te voy a decir: si te apetece hablar de él, hazlo, bien, mal o regular, que aquí me tienes para escucharte. Y, mientras tanto, te traigo mis movidas porque cada vez que te las cuento, acaban en algún párrafo de los tuyos. No solo no me molesta, cariño mío, sino que me gusta aparecer transformada en otra.

No, no me tienes que dar las gracias. Dame un beso, mejor, anda. Ay, lo que te quiero. Ya estamos llorando otra vez. No pasa nada. Claro que sí, amiga, de eso está hecha la vida adulta, de mierda. Pero, mira, también de poder comer chocolate cuando nos dé la gana, que en casa tengo que esperar a que se acuesten los niños. ¿Te gusta el que te he traído? Me metía cuatro tabletas de estas dobladas. Yo también estoy que lloro y me río. Joder, con las hormonas.

Sigo, sigo, que ya mismo me tengo que ir, que he quedado con Pablo, que ahora te cuento. Por ahora nadie se ha enterado, al menos, que yo sepa. Tenemos una cuenta conjunta en la que ponemos la misma cantidad todos los meses. Bueno, el año pasado o el anterior él tuvo que reducir un poco su aportación porque estaban haciendo recortes en su empresa y les habían congelado el sueldo. Así que yo me inventé que habían subido el seguro médico de la mía y, además, por mi parte, me apreté el cinturón en condiciones. Adiós a la pelu y a los tintes. ¿No estaba de moda dejarse las canas? Oye, oye: que eran ochenta euros al mes. Las cremas de la cara las compro en el súper en vez de en la farmacia, y la ropa de los niños ahora es de segunda mano si no me la da antes alguna vecina o conocida. Vamos, que estoy encantada de ahorrar, de seguir poniendo dinero en actividades o cuidado externo de mis hijos a cambio de tener un día, ¡un puto día para mí!

Mi jefe me había dicho que podía organizarme las treinta y dos horas como quisiera. El tío asqueroso esperaba que saliera antes cada día, como hacen todas las madres de la oficina, pero le dije que ni hablar, que yo no, que ni muerta, que de momento me iba a tomar un día entero, que seguro que me cundía más. No me costó mucho decidir cuál. Los lunes no podía ser porque se toman demasiadas decisiones importantes y tampoco era cuestión de quedarme atrás en el trabajo. Los jueves tampoco porque en realidad ese día me gusta ir a la oficina: cada dos semanas hay club de lectura a la hora del almuerzo, y aunque la mitad de las veces voy sin haber empezado el libro siquiera me gusta escuchar lo que dicen las compañeras antes de ver si me lo compro o lo pillo de extranjis. Los viernes tampoco, porque salimos antes y además todo el mundo sabe que ese día la gente se toca el papo y yo también

quería seguir tocándomelo, claro, así que solo me quedaban los martes o los miércoles.

Opté por los martes. Cómo volaban al principio. Qué barbaridad. Pero es que no me organizaba bien y encima me dedicaba a pasear lo más lejos posible de la ciudad, no fuera a ser que alguien me viera. Lo mismo me iba a echar la mañana en Aranjuez que en algún pueblo de la Sierra. Con el Cercanías podía plantarme en Navacerrada si quería, pero al final estaba más rato yendo y viniendo que otra cosa.

Por suerte, al mes o así, empecé a perderle el miedo a quedarme en Madrid. Me preparé algunas excusas muy elaboradas por si me encontraba a algún conocido por la calle, como que tenía cita en el banco o que me había pedido el día para resolver gestiones o que se había muerto alguien y que iba o volvía del tanatorio, incluso que se había muerto mi padre, que ya hacía unos meses de eso, pero era lo más fácil: «Se ha muerto mi padre» era algo que había dicho cada vez que no me apetecía ir a algún sitio y, además, nada más pensarlo me entraban unas ganas de llorar muy convincentes, ¿me entiendes?

Solía llevar un jersey oscuro para darle más realismo a la cosa.

De todas formas, solo una vez me encontré a una conocida y no tuvimos nada que decirnos salvo un gesto con la barbilla. Fue en el cementerio de La Florida. Me encanta ese cementerio y me había dado por pasear por allí. No me dio la impresión de que la mujer estuviera visitando la tumba de ningún familiar, sino de que estaba esperando a alguien. Un detalle: era la primera vez que la veía con el cabello suelto y no me imaginaba que pudiera llegarle por la cintura. Sabía poco de ella, que estaba casada, sin hijos, pero por la forma en que iba vestida, arreglada, perfecta, y cómo aun así se miró en el móvil para retocarse, estoy segura de que no estaba

esperando al marido. Le sonreí cuando pasé junto a ella y me fui de inmediato para darle intimidad.

A veces, si hacía bueno, me daba un paseo por el parque del Oeste y, si llovía, me metía en alguna cafetería y me pasaba la mañana leyendo lo que me diera la gana. Qué gustazo. Mira, mira, se me ponen los pelos de punta, como a la María Barranco en *Mujeres al borde.* Lo mismo te parece triste lo que te voy a decir, pero me da más morbo y me pone más cachonda tener un día para mí que tener un amante.

Varias semanas después me dio por salir con ropa más cómoda, de chándal. Le dije a Pablo que, igual que teníamos los *Casual Fridays*, ahora teníamos los *Yogi Tuesdays*, que la empresa había dispuesto una sala de reuniones de la oficina para clases de yoga de cuarenta minutos los martes antes del almuerzo. Como ya teníamos lo del club de lectura, no le extrañó. Solo me dijo Qué modernos.

La verdad no estaba muy alejada: me iba a clases de yoga, de meditación, de pilates. En muchos sitios te dejan probar una sesión gratis —o por un precio simbólico— antes de apuntarte de manera permanente. Las buscaba en internet y así me ahorraba el pellizco. Un poco cutre, ya lo sé, pero había que apretarse el cinturón hasta el ahogamiento si hacía falta.

Después de la clase de yoga me iba a dar una vuelta por el barrio que tocara. Y quien dice yoga dice otras cosas, ¿eh? Clases de dibujo en el parque, clases de modelado en arcilla, clases de jardinería, croché, taichí, chi kung. Quería probar todo lo que no había catado antes. Ay, si es que no había tenido tiempo ni de pararme a pensar qué era lo que me gustaba, no me había permitido tener ninguna pasión en esta vida.

Pues bien: llevaba ya tres meses con la jornada reducida y yo seguía probando cosas. Y justo estaba saliendo de un taller de

arreglos florales cuando de lejos me pareció ver a Pablo junto a la boca de metro de Tirso de Molina. Era primerísima hora de la tarde, todavía estaban los niños en el colegio. Cuando estuve segura de que era él y se me pasó el miedo a ser descubierta, lo seguí un rato manteniéndome a cierta distancia.

Sí, sí, era él: sus andares, sus cuatro canas, su tic en el cuello que parece que está espantando mosquitos cada veinte metros. Bueno, es que no se le nota cuando está con más gente. El tic le viene cuando está solo o cuando se olvida de que está solo porque está con personas de mucha confianza.

Lo primero que pensé es que me estaba poniendo los cuernos. Me quedé tiesa como un muerto, pero al momento me entró la risa.

A ver, hija, es que son muchos años juntos. Me sé cada pliegue de su piel de memoria, cada lunar, cada grano, y también sus manías, sus posturas preferidas y eso. Que tuviera una relación con otra mujer —tienes razón, o con un hombre, ¿por qué no?— me hizo gracia. Pues porque creo que lo torpe que todavía es a veces en la cama a mí me puede dar ternura y tengo confianza para decir Qué haces, que me lo vas a borrar, o Tranquilo con eso, que pareces un antidisturbios, pero imaginarme a Pablo intentando hacer lo mismo con alguien nuevo me da la risa, yo qué sé.

Pues tienes razón, podría no ser alguien nuevo, pero sería más nuevo que yo. Aun así no me enfadé porque es que follar, follábamos entre poco y nada en los últimos años. La crianza, el cansancio y el ya mañana si eso... Pero fíjate qué curioso: desde ese día nos hemos estado acostando un poquito y con más ganas, no sé si porque en el fondo me dio pelusa o es que estoy más descansada.

Una cosa importante que no te he dicho todavía: llevaba un maletín que no le había visto nunca. Era alargado y metálico con presillas de esas que hacen clac. Como los de las películas que

contienen una metralleta. No parecía que le pesara, no. Supuse que era algo relacionado con el trabajo porque iba con el maletín a paso ligero, decidido, como si supiera bien a dónde se dirigía; no como yo, que salía a ver qué me deparaba el martes. Y por eso no me acerqué mucho más, no quería que me viera, y me pillara fuera del trabajo con pétalos de flores que se me habían quedado pegados al jersey. Después de pensarlo un poco, me fui en dirección contraria y seguí a lo mío.

Durante la cena en casa les pregunté a los niños qué tal el cole y a Pablo cómo le había ido el día, y me contó que habían venido los jefes de visita desde la central en Barcelona y que habían ido a comer con ellos. ¿Al centro?, pregunté yo. Él se extrañó. «No, ¿cómo íbamos a ir tan lejos? Habríamos perdido mucho tiempo, nos quedamos cerca de la oficina.» Habían reservado además el restaurante entero porque al parecer eran muchos.

No sé, me dio tantos detalles que llegué a pensar que tal vez no era él a quien había visto, que seguramente lo había confundido con otro.

Seguí cada martes con la búsqueda de mí misma, como yo digo, hasta que, hace una semana, estoy paseando por aquella zona y vuelvo a verlo sobre la misma hora que la otra vez. Con el mismo maletín. Aproveché que llovía, me puse la capucha del impermeable y me cubrí con el paraguas para poder seguirlo más de cerca. Él solo llevaba la cazadora de siempre y se estaba poniendo chorreando. A punto estuve de acercarme a echarle la bronca. Mira que no coger un paraguas, con la que estaba cayendo desde por la mañana. Luego vienen los resfriados.

Por fin veo que se para hacia la mitad de una calle diagonal a Duque de Alba, ¿sabes dónde está la Sala Equis? Pues una que está

más o menos detrás. Se detuvo en un portal, llamó a un porterillo automático, le abrieron y desapareció. Miré alrededor a ver si había algún bar o una cafetería donde meterme a esperar y no perderle la pista porque seguía lloviendo a mares, pero lo único que vi en la acera de enfrente al portal fue un estudio de tatuajes y ¿sabes lo que hice? Entrar a decir que quería hacerme un tatu.

Me contestaron que la otra tatuadora aún no había llegado y que estaban terminando con otro cliente, que mínimo media hora iba a tener que esperar. Me invitaron a que me sentara en unos cojines que acolchaban los poyetes de las ventanas junto a la entrada. Perfecto: en cuanto vea que sale del portal les pongo una excusa a esta gente y me piro.

Pero a los diez minutos aparece la tatuadora, que ese día llegaba temprano. Maldita sea, y ahora qué hago. Dolores se llamaba, como yo, solo que ella llevaba el nombre mejor puesto, con orgullo. Cuando me preguntó mi nombre me dio más vergüenza decirle Lola que contarle que estaba muy apurada y dudosa con el tatuaje.

Algo chiquito, le dije. Me enseñó unos diseños y le señalé el más sencillo. ¿Y dónde lo quieres, Lola? No sé. Al final le dije que en la pierna. Sin pensarlo. En vaya lío me estaba metiendo. Como tenía que estar erguida, de vez en cuando asomaba la cabeza por el biombo. Por lo menos había dejado de llover. El sol había salido y la calle se veía mojada, brillando vacía, me recordó a cuando dejas de llorar y se te queda la cara blanda, lista para recibir otro golpe de la vida. Dolores me trajo de vuelta al asunto: ¿Empezamos?

La dejo hacer sus cosas y al cabo le digo Oye, pues no ha dolido nada, y se ríe: Si todavía no te he tocado, esto es solo lo que te voy a hacer, como una guía con el dibujo para repasarlo con la pistola. Qué apuro me dio: enseguida empecé a oír eso que parecen quinientos mosquitos acribillándome el muslo. Me cago en todo. Qué

daño más tonto, de verdad. No sé cómo has podido pasar por esto dos veces. ¿Cuatro? Pues peor me lo pones. ¿Qué hora es? Ay, me estoy liando, que me tengo que ir, que voy tarde y no sé contar las cosas en modo ×2.

Cuando me estaba haciendo a la idea y hasta me empezaba a acostumbrar al dolor, vi salir a Pablo sin el maletín. Pues ya está, me dije, habría ido a hacer un recado. Se quedó un rato en el portal hablando con alguien, un hombre mayor, calvo con gafas, se parecía al de los peces del gorro rojo, ese que era como Félix Rodríguez de la Fuente pero en el mar. ¡Ese, ese! Tenía esa expresión en el rostro de estar de buen rollo y en paz, como realizado en la vida, listo para morirse y a otra cosa, mariposa. Pero lo más fuerte es que Pablo salía en un estado similar, parecía un cuenco tibetano, traía cara de monja que acaba de sacar doscientas magdalenas del horno y no se le ha quemado ni una. ¿Sabes cómo te digo? Yo aproveché para decirle a la del tatu que parara, que se me había hecho tarde y que estaba bien así. La muchacha, superprofesional, mientras me lo curaba y me ponía un poco de film transparente, me dijo Bueno, si quieres ven otro día y te lo acabo, no te lo voy a cobrar dos veces. Pero, mira, no he vuelto porque me gusta así, ¿ves? Se intuye lo que es y para mí es suficiente.

Me puse el impermeable despacio, perdiendo el tiempo con la cremallera hasta que vi que Pablo se despedía y el Jacques Cousteau se metía para adentro.

Salí y me dirigí al portal. Llamé a varios números diciendo Canal Isabel II, cartera de Correos, lo que fuera, hasta que me abrieron. Miré en los buzones, a ver si eso me aclaraba algo. Había de todo: un taller de arte, una agencia de diseño, algún piso particular. En esas estoy cuando veo una sombra en el portal. Era Pablo. Madre mía, me tenías que ver cómo subía las escaleras de dos en dos: así

fue como noté que el pilates funciona. Me quedé en el segundo, pero tuve que subir un piso más porque ahí es a donde se dirigía; si llega a ser al tercero me pilla porque no había más pisos y el ascensor era de los antiguos, de esos con reja de acordeón que tienes que abrir y cerrar tú, y no me habría dado tiempo a meterme sin que me viera. Entonces le oí decir que se le había olvidado el maletín.

Una vez segura de que se había ido, bajé al portal de nuevo y miré en los dos buzones de la segunda planta. Uno era un particular y el otro un taller de música. Música, fíjate. Algo de eso me faltaba por probar a mí.

Ahí estaba parada cuando volvió a ensombrecerse el portal. Esta vez no era Pablo, sino una mujer y un niño de unos once años. Eso me hizo recordar que iba a tener que tomar un taxi para llegar a tiempo a recoger a los míos del cole. Y ahora estoy pensando que hoy voy a tener que coger otro para no llegar tarde. Así no hay forma de apretarse el cinturón ni nada.

Les abrí desde dentro dándole a un botón que había junto a la puerta, pero la madre no entró, le dio al chico un maletín casi idéntico al de Pablo antes de estamparle un beso. Se giró hacia mí y me preguntó si salía de las clases de música.

Cometí la estupidez de decir que sí. Digo estupidez porque me miró de arriba abajo buscando mi instrumento. Me salió inventarme que estaba estudiando canto. Pero es que de repente me entraron muchas ganas de hacer algo así. Cuando ya se iba le toqué el hombro y aproveché para preguntarle a ella.

—Y su hijo, ¿qué toca?

—La flauta travesera —me respondió.

—Anda, qué bien —le dije—, como mi marido.

EL BUEY DESOLLADO

> Dejando escapar un breve grito inarticulado
> se miró el cuerpo y al instante comprendió
> la causa de aquel frío sobrecogedor
> que le atenazaba por todas partes.
>
> BORIS VIAN,
> *El lobo-hombre*

Le gusta desde hace tiempo: es artista, pinta al óleo, aunque ahora le ha dado por la fotografía. También tiene una cara bonita y un cabello negro y frondoso que anhela pasar entre sus dedos, pero en cuanto se acueste con ella esa noche se dirá que aquello no puede continuar. De octubre a marzo, incluso abril, podría pasar por alguien «presentable». Pero ¿y el resto del año?

La primera vez que le menciona *El buey desollado*, la chica saca de su cuarto un libro sobre el Siglo de Oro neerlandés para mostrárselo.

—¿Y por qué ese cuadro?, ¿no te resulta desagradable?

—Por eso lo escogí, porque yo también lo soy.

El chico no entiende *todavía* a qué se refiere.

—Además —continúa ella—, ¿era desagradable este tipo de temática en la época en que se pintó? ¿Y si lo que vemos como desagradable no es más que una convención estética?

—Bueno, una naturaleza muerta en aquella época...

—Pero esto —lo interrumpe— no es una naturaleza muerta. Fíjate bien: hay una mujer asomada a la escena. El autor tenía cuarenta y nueve años cuando pintó este cuadro y estaba en bancarrota. Había sido señalado por la Iglesia por amancebarse con una sirvienta, posiblemente la jovencita que aparece al fondo sonriendo.

»Para mí, el buey es una representación del mismísimo autor y estoy segura de que escogió darle al cuadro ese aspecto religioso, de crucifixión, con esa luz que emana de la carne, para decir: "Aquí me tenéis, despellejado, pero la chica se queda conmigo".

—Y cómo será tu versión, ¿también pictórica?

—Será un *collage* y algo más grande que la obra original, pero en lugar de pintar voy a hacer fotos de otros pedazos de carne. Mis padres tienen una carnicería.

La chica procede de un ambiente obrero, algo que hace que ya le parezca de por sí un animal exótico, porque al chico, de clase más aburguesada pero progre, le han inculcado la teoría, mientras que a ella le han dado una educación basada en mantener alta la barbilla [sic], en el qué sabrán los demás y en el *Sé siempre tú misma* —visto lo caro que es el tratamiento para aquel síndrome congénito que está a punto de revelarle— con la esperanza de que se le pase cualquier sentimiento de inferioridad por sí solo, como si un complejo fuera una estación del año.

Sus abuelos paternos le metieron en la cabeza que era una niña muy especial, y con esa especialidad había abandonado la perspectiva de un futuro en el pequeño negocio local y familiar para embarcarse en el estudio de las Bellas Artes, en llenar cualquier espacio para la duda con afirmaciones dichas por otros, ya fueran datos empíricos o ingeniosa retórica.

Le cuenta que es hija única y que odia a su padre. Lo dice así, como uno de esos axiomas estéticos que ha estudiado en la facultad. A él esto último le disgusta, le parecen palabras mayores, demasiado fuertes incluso para él, que también aborrece al suyo por no valorar nada de lo que hace. Más tarde sabrá que es del padre de quien ha heredado esa condición genética tan insólita a la que el hombre, por su actitud ante la vida —y por no ser una mujer—, apenas da importancia.

Con menos convicción habla de su madre, a la que asegura no entender, o no entender cómo se le había ocurrido casarse con su padre.

Comparte piso con una compañera de la universidad que no viene a dormir nunca, bromea con que puede que le dé miedo estar cerca de ella por las noches *¡Aúúúúúúúúúúúú!*, y antes de que al chico le dé tiempo a preguntar por qué, la chica regresa a la pintura, a Turner y a Graverol y a O'Keeffe y, tras escucharla hablar con tanta pasión de lo que quiere hacer, de ver cómo le brillan los ojos pardos delante de un libro de arte, a él no le apetece decir nada de su insulsa carrera de letras, de la que no está muy orgulloso ni seguro de querer terminar, aunque es lo más aproximado que encontró para lo que le gustaría acabar haciendo en la vida. Como fuera, en este instante solo desea apretujarse contra esa chica, enterrarse entre sus piernas y otros clichés propios de una espera dilatada.

Se llevaban mirando en los bares de calle Elvira desde que comenzó el curso. Empezaron por saludarse —hola— sin que nadie los hubiera presentado. Solo hola decía el uno y la otra respondía hola —a veces, «hola caracola», sin que el otro notara la falta de coma del vocativo—. Vistos desde fuera podían enternecer o parecer idiotas. Él se chocaba con ella a propósito y ella esperaba a que

apareciera allí donde iba, convencida como estaba de que se buscaban con el mismo interés.

Un día —tres meses desde la primera vez que se miraron, que en edad estudiantil equivale a una era bíblica—, se fumaron un cigarrillo a medias en la puerta de un pub y al terminarlo ella le confesó que, en realidad, no fumaba. Se besaron tres veces. «La última duró doce segundos», así se lo contó ella a sus amigas, e intercambiaron los teléfonos. Desde entonces se han estado comunicando por mensajería instantánea hasta que les dan las tantas, bajando de forma inevitable el rendimiento académico y dando lugar a llamadas de atención y reuniones informales con el profesorado, preocupado ante tal desbarajuste con este par de empollones. Podrían haber quedado antes, pero ella no está siempre en la ciudad; cada dos fines de semana vuelve al pueblo a casa de los padres, a dar señales de vida y a por táperes para llenar el frigorífico, como tanta otra gente que estudia en Granada.

Esa noche por fin han acabado juntos y a solas, sin el poco azar que presta una ciudad de provincias (que a ella le queda grande), y creen que ha llegado el momento de poner orden de nuevo en sus vidas de la única manera posible: acabando con el calentamiento global de unos cuerpos sedientos de sí mismos con el otro.

Es entonces cuando ella le *para para para las manos* a punto de introducirse bajo su jersey.

—Tengo hipertricosis.

—¿Y eso qué es lo que es? —pregunta él divertido, como queriendo imitar su propia habla andaluza.

La chica tiene buena autoestima pero no es gilipollas, no quiere que salga despavorido al verla desnuda. Así que le cuenta que lleva su tiempo ahorrar para hacerse el láser, que había comenzado por el

rostro ese último año de carrera para que al regresar a su pueblo ya no la volvieran a llamar cararrata, caramono, caraperro, etcétera, pero que, por ahora, como no le daba más de sí el dinero, solo se ha podido hacer seis de las veinte sesiones que le proponían en la clínica, por lo que debía continuar con la cera depilatoria alrededor de las cejas, la mandíbula y el bigote cada dos o tres semanas.

Pues vale, piensa el chico volviendo a intentar meter las manos bajo su ropa, pero ella le *para para para* de nuevo, aclarando que con lo de las veinte sesiones se refiere solo a la cara.

—El resto del cuerpo continúa siendo el de un hombre lobo.

—Me estás *tomandoel pelo* —dice riéndose.

—Mi padre usa esa expresión todo el rato y la detesto —contesta ella, de forma tan tajante que el otro acepta al fin que puede que esté siendo sincera—. Márchate si quieres, por mí no hay problema.

—¿Y tus amigos lo saben?

Ella le habla de sus pocas pero leales amistades, de las dificultades para socializar con cualquiera, pues en verano la cosa se tensa por las miradas ajenas.

—De hecho, mis amigas se ocupan siempre de buscar playas alejadas y nudistas para que yo no tenga que usar el burkini, que tan incómodo me resulta.

Al escucharla, se imagina que la muchacha será virgen: quién se va a follar a una cosa con pelos, se dice sin acordarse de qué es aquello que rodea normalmente unos genitales adultos. Pero nada más lejos de la realidad; ella, que parece que le lee la mente, le cuenta que ha tenido relaciones duraderas —a tres meses le llama la chica algo serio.

—Porque hay gente que no es tan *superficial* —recalca llenándose la boca de una sola palabra y escupiéndosela de frente.

O que está deseosa de probar algo diferente, piensa el chico mientras le pasa los dedos por la densa cabellera y le mira la chispa de los ojos de la que hablaba Lola Flores.

—Podemos apagar la luz si eso te tranquiliza —propone diplomático.

—O si te tranquiliza a ti —contesta ella haciendo un movimiento de cejas tan encantador que parece un cuadro: *Paisaje con vencejos volando*.

De mutuo consenso dejan la lámpara de la mesita de noche encendida, con un pañuelo por encima. Al verla desnuda bajo la luz tan débil le da la impresión de que simplemente tiene una piel muy oscura.

Hasta que la toca.

En ese instante no sabe si va a ser capaz de empalmarse, pero para su propia sorpresa lo hace sin ningún problema nada más palparle las tetas peludas, notando cómo sus dedos desaparecen entre aquella espesura. Aun así, se concentra en mirarle la cara, las pestañas largas como patas de araña arracimadas cubriendo sus ojos marrones, y los labios gruesos, todavía pintados de rosa.

Ella, por su parte, sabe qué hacer para mantener al chico erecto. Al pasarle la mano por el culo y la espalda se percata de que él también es bastante velludo, aunque a su lado solo parece un pollo desplumado. La chica le hace esta broma y los dos ríen a *carcajajajajadas*.

Acaban. Bueno, acaba él y ella lo excusa. Quizá no ha sido capaz de encontrar sus botones del placer, distraído como estaba con tanto pelo. Ya lo hará mejor la próxima vez.

El chico se queda mirando lo que le ha dado a cambio: un pegote acuoso sobre el montón de vello que marca el centro exacto de su barriga. Le parece que tiene forma de flecha y que apunta como un

reclamo hacia el pubis. Cree estar ante un ser fantástico, más todavía cuando le pasa papel higiénico para intentar limpiar aquello; no es fácil.

Cuando quita lo más grumoso, dejando engomada y brillante esa porción de pelo, se aparta de su lado como si regresara al mundo aburrido de antes, confundido, pensando que quizá no debería estar ahí. El chico tiene un perro en casa al que abraza de vez en cuando y tiene miedo de sentir algo similar si se acurruca junto a ella. Pero la chica se le aproxima resuelta, mimosa y, en fin, están en invierno, en su piso de estudiantes sin calefacción. Y es tan suave... Qué demonios.

A la mañana siguiente se despide sin pararse a desayunar con un «Ya nos veremos» que él pretende que suene distante, aunque en realidad le queda neutral. La muchacha por su parte interpreta aquello como pura timidez.

La Mona-chica... Así la titula mientras la evoca de regreso a casa. Lo ha pasado bien —muy bien en realidad—, pero no cree que vaya a volver a quedar con ella. Tampoco sabe si contar a sus amigos que la tía de la que llevaba detrás todos estos meses es demasiado peculiar, como ella se autoproclama intentando a la desesperada quitarle importancia a lo suyo para que los demás hagan lo mismo. Le parece interesante y divertida. En el fondo es más que presentable..., se dice primero, y un segundo después, presentable como una atracción de circo, no como una novia.

Esa noche ella le manda un mensaje para decirle que ha estado muy a gusto. Él sabe que eso es una alarma para gritar que existe, ya que desde que se dieron los teléfonos nunca habían estado tantas horas sin decirse nada. Al chico no le hacía falta porque se ha

pasado el día acordándose de esa extraña sensación que tuvo al acariciar la espalda de la chica, como si aquello se convirtiera al tacto en algo tan denso que llamarlo vello le sabe a poco. Vuelve a mirar la pantalla un buen rato antes de dormir, haciendo *scroll* arriba y abajo, releyendo todos sus mensajes, para estar seguro de que, si ella hace lo mismo, no encontrará huellas que puedan dejarla muy marcada. Después apaga el móvil sin contestar.

No vuelve a saber de la chica hasta dos semanas después, cuando se encuentran en un bar. Él está con su gente y al verla aparecer con la suya se arrima como un resorte a saludarla, con alegría —pues ha echado de menos el intercambio de mensajes—, pero también para evitar que se acerque ella y que sus amigos la puedan ver bien de cerca. Aunque no le ha contado nada a nadie, ahora que él sabe lo de ese síndrome que suena a manía por los jerséis de lana, no puede evitar verle la nuca peluda o que ya le va haciendo falta un buen repaso en el bigote.

Las amigas de la chica, hiperprotectoras con su colega con hipertricosis, rodean al chico mostrándole sus peores muecas. Las observa como si tal vez ellas también fueran mitad mujeres, mitad otra cosa, de modo que el saludo se ciñe a dos besos escuetos que la chica da al aire, sin poder mirarle a los ojos siquiera, mientras él, un poco borracho, se disculpa por no haberle escrito en esos días. Ella no responde, no pestañea y, si pudiera, tampoco respiraría en ese instante.

Ve a la maraña de muchachas dirigirse a la puerta hasta desaparecer, claro, no van a quedarse en ese bar habiendo ahí un tipo como él: mitad cerdo, mitad otra cosa. El resto de la noche se siente desapegado de todas las conversaciones. Eh, ¿no era esa la chica que tanto te gustaba?, le dice algún amigo. Él hace como que

no lo oye mientras baila como un loco un tema que suena de fondo y que normalmente le importa un carajo, preguntándose si la superficialidad de una persona se puede medir con la longitud del vello de otra. De camino a casa en plena madrugada, no aguantará más y le mandará un mensaje.

«Me ha gustado el encuentro, aunque fuera tan breve.»

Así, limpio, sin marca, que no se note lo que de verdad quiere decir.

Pasan las horas lectivas y los créditos de libre configuración, pero no hay respuesta. Tampoco vuelve a verla en los bares de siempre, pero él insiste, mitad culpable, mitad otra cosa.

«Quiero verte.»

Directo y al grano.

Quedan a una hora y en un lugar libre de alcohol: una tetería. Ella deja que hable él primero. El chico no tiene gran cosa que decir, se siente como su carrera de letras escogida al azar y al azar escoge una frase cualquiera.

—No te veía por los bares y me tenías preocupado.

—Estoy liada con el proyecto que te conté.

Él se fija en que tiene la cara enrojecida, tal vez se acabe de depilar, tal vez quería sentirse guapa, tal vez para verlo a él.

—¿Has empezado a pintar?

—¿Pintar? Ya te dije que no era una pintura —responde como una cinta a punto de romperse—, estoy haciendo fotos de las piezas que tiene mi madre en la cámara frigorífica de la carnicería. Pero estoy atascada con eso, hay algo que no me funciona.

Y así, el chico sigue preguntando por sus cosas y desviando la atención hacia otro lugar. Conversan sobre filosofía del arte, toman un té tras otro, mean por turnos. Cuando cae la noche, la acompaña a casa y una vez junto a su puerta se acerca a darle un beso sin saber en realidad si será de despedida. Podría estar irritándole a la chica la piel del bigote con el suyo de dos días, pero, aunque así fuera, ella se queda pegada a su boca como el polen a las patas de las abejas.

Vuelve a acostarse con ella, pero ahora, ya sin el trapo sobre la lamparita, se toma el tiempo de hacerla disfrutar antes de entregarse del todo a aquel cuerpo que encuentra salvaje. Por si no vuelvo a verla, se dice.

Duermen abrazados toda la noche y a la mañana siguiente sigue sin querer separarse todavía de ella. Se meten juntos en la ducha. Él se pone champú en las manos para lavarle el cuerpo a la Mona-chica —desde anoche, su Mona-chica—, pero ella le detiene señalando un bote de un jabón especial para pieles atópicas. El chico deja el champú en su propio cabello para no desperdiciarlo y sigue sus indicaciones.

Se lavan el uno al otro. *La fiesta de la espuma de los días*. Después la observa embobado aplicarse por todo el cuerpo una loción para la hidratación capilar. Así descubre que la chica no trata aquel manto como un pelo asqueroso, defectuoso ni repudiado, sino como algo que preservar y custodiar.

—¿Por qué te lo cuidas tanto si de todas formas estás ahorrando para quitártelo?

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

—A ver, ¿a ti te gusta tu polla?

—¿Por qué preguntas eso?

—Tú respóndeme.

—Bueno, me gustaría que fuera un poco más... Vistosa.

—¿Menos pequeña? —se ríe ella.

—Más grande —dice él muy serio.

—Vale, vale. Pero ¿la tratas mal por eso? ¿La lavas menos? ¿La usas menos?

—*Mmmmno*.

—Pues yo igual.

El chico se queda pensando poco en la explicación y demasiado en el tamaño de su rabo —la otra Mona-chica—. La muchacha, que se da cuenta, le besa esa parte del cuerpo como los devotos a sus relicarios. Ella espera una respuesta tipo «A mí también me gustas así», pero tiene que conformarse con una erección, por lo que decide aprovechar igualmente la coyuntura y continuar mamando.

Él la mira hacer acordándose de la leyenda de aquel cantante monegasco —parece que va de monos la cosa— del que se dice que tenía una chimpancé como mascota y que había acabado enamorándose de ella. ¿Estaré yo enamorándome de esta muchacha?, se pregunta.

Así la sigue viendo a menudo: siempre a solas, en la tetería, en un bar lejos del centro, que es su barrio. Después acaba en su piso de estudiantes, hablan de arte, escuchan música de Léo Ferré y a veces follan, pero, sea como sea, siempre se duerme abrazado a ella que, antes de cerrar los ojos, piensa en voz alta cómo podría conseguir dinero para continuar con el tratamiento. Deciden juntos que lo más rápido es pedírselo a sus padres.

El padre le dice que ni hablar, que eso es una tontería, que ya debería haberse acostumbrado y que, quien la quiera, la querrá querer así.

—¿Así cómo? —interviene la madre—. Si ya tiene media cara hecha, o ¿es que no lo ves?

Y al día siguiente la acompaña a pedir un crédito a la caja rural donde ya la conocen. «¿Otro más, señora? —le preguntan a la madre—. ¿No tiene bastante con el del local donde vende la carne, el de la reforma, el del mostrador frigorífico nuevo, etcétera?»

Los números no dan para las sesiones que necesita y buscan alternativas financieras sin éxito, hasta que un especialista en la ciudad le habla de un medicamento nuevo, aún en ensayo clínico. «¿Te apetecería probarlo?»

La chica cambia la crema acondicionadora para la suavidad de su espeso vello por unas pastillas que prometen resultados a partir de las cuatro semanas, aunque ella necesitará al menos seis para comenzar a verse en el espejo como el pollo desplumado de su amante.

Cada semana acude al hospital donde otros toman fotos del proceso y le preguntan por efectos secundarios para anotarlos. Ella, con tal de no interrumpir el tratamiento, dice que ninguno. Sin embargo, a medida que pierde vello siente escozor en la piel, sobre todo cada vez que el chico la abraza. Las noches se han vuelto difíciles por el prurito nocturno. Aumentan las ojeras. El sexo se convierte en una gestión para ella con demasiadas instrucciones para él: así no, que me quema; mejor sin frotar; mejor a cuatro patas; mejor no te acerques tanto; mejor mañana.

El chico, que se siente cada vez menos protagonista de esta historia, piensa que follar de lejos no es follar. «Es como estar

follando solo», canta mirando hipnotizado cómo se mecen las plumas de un atrapasueños que cuelga de la pared —regalo reciente de las amigas de la chica— mientras oye roncar a su bestia durmiente en el sofá.

A veces tiene días buenos y él la escucha reírse hasta de cosas que antes no le hacían gracia, pero ya no hablan de *El buey desollado* porque, agotada como está de no dormir, ha tenido que dejar el proyecto para más adelante. «Solo me queda esa asignatura —le dice—, la retomaré cuando acabe con esto.» Pero cuando tiene días malos, y son demasiados, en ese piso solo se habla de picores, de pelos que se caen por todos lados, de cambiar las sábanas día tras día. Aunque también de hacer planes para el verano —¡sin burkini!—, con los amigos de él, como hacen todas las parejas ~~aburridas~~ normales, porque ya se han convertido en dos que están saliendo.

La chica, que ahora es presentable como «la novia», se pone unos shorts por primera vez en su vida para alternar con los amigos de «el novio». En la terraza del bar, también por primera vez, alterna con los mosquitos, que le acribillan sin piedad las pantorrillas y los tobillos. Los amigos se asombran al ver la forma tan compulsiva que tiene de rascarse hasta hacerse sangre. Se miran unos a otros pensando si eso tiene que ver con no haberla conocido antes. El picor le resulta tan insoportable que el chico no tiene más remedio que acompañarla a una farmacia y después a casa.

Los días se le hacen largos con los antihistamínicos y por las noches, la chica usa guantes para evitar rascarse mientras duerme. Discuten todo el rato, así que deciden aparcar por un tiempo los planes juntos. A ambos les apetece un descanso. Sobre todo, a él.

A la vuelta del verano, el chico le cuenta sus cosas: una semana en un camping lleno de bichos con sus amigos. Lo más interesante es que había conocido a un hombre con un enjambre de abejas por mascota.

Ella le cuenta las suyas: en casa sus padres han puesto aire acondicionado; resulta que sin pelos tiene más calor que antes.

Las hojas caen como una metáfora fractal, pues la novia se ha vuelto tan lampiña que las cejas ya no son vencejos sino gusanos de seda, y el bosque frondoso que era su cabello empieza a dejar ver los claros de un bosque seco.

Un día le cuenta que ha soñado que había pelos en el desagüe de la ducha, algo habitual en la realidad, pero que eran tan finos que se colaban por el filtro y atascaban la cañería. Entonces empezaba a tirar con los dedos hasta sacar una red como las de pescar.

—Y en ella había un montón de pelo atrapado y comenzaba a tirar de él con fuerza, como si estuviera haciéndome la cera, y bajo toda aquella broza al final había un perro, un cachorro al que parecían haberle arrancado la piel a tiras, estaba en carne viva. Se movía pero continuaba con las patitas enredadas. Conseguía liberar al perro mordiendo la red con mis propios dientes, pero, una vez libre, el perro salía corriendo y yo lo veía marcharse a través del agujero que había quedado en el centro de la red. Después me miraba al espejo, y aunque en el sueño no tenía vello, ya no me quedaba energía para quitarme la red de encima.

El chico la escucha, pero está pensando en que le gustaría dejar de oírla hablar de pelos, dejar de mirarle las piernas irritadas por las cremas y la alergia al veneno de los mosquitos. Ahora que se ha vuelto una chica «presentable» por él, parece que no soporta verla así: rascándose como un perro sarnoso. Ya no es su Mona-chica, no

sabe quién es esa muchacha común y corriente. Le produce asco no reconocerla, todo el asco que creyó que le darían las pequeñas rastas que se le formaban hace un año en las axilas y que él mismo le peinaba o recortaba.

—¿Por qué no dejas las pastillas, los tratamientos, todo?

—¿Me querrás igual?

—No —le contesta enseguida, y tras unos segundos que a ella le parecen nidos de avispas, añade—: te querré más.

En pocos días la chica recupera el fulgor en los ojos y en unas semanas, en las de más frío, vuelve a tener el cuerpo cubierto de vello. También se deja bigote, hasta barba, para por fin mantener alta la barbilla como le decían sus abuelos. Ya se acabó la cera, adiós a las cuchillas de afeitar y las cremas depilatorias. Los vencejos de sus cejas se han convertido en un solo cormorán.

Cuánto tiempo perdido, pero cuánta seguridad y felicidad al tener a su lado a alguien que, tal y como decía su padre, *la quiere querer así*. Es gracias al chico que ya no lo odia: acepta la herencia genética paterna y convive con ella como quien aprende a caminar por segunda vez.

También aprende a no tener que llenar los espacios vacíos hablando de arte ni tratar de convencer a nadie de que es una chica interesante para cubrir con una capa de intelectualidad la otra capa hecha de pelo. Acepta ser eso mismo que lleva siendo su padre toda la vida.

Eso ayuda a que el chico comience a hablar de sus cosas, de su carrera de letras, y de que le gustaría —quizá, quién sabe, sería su sueño— llegar a ser poeta.

La chica le cuenta que sabe que su padre escribía poemas antes de que ella naciera, lo descubrió un día que andaba husmeando en

los cajones de su mesita de noche. No recuerda de qué trataban, pero está segura de que no eran de amor.

—¿De qué tratan los tuyos? —le pregunta.

Él le deja leer sus textos, le recomienda lecturas que ella devora para después comentarlas con él, hasta aprende a poner la coma del vocativo, aunque al final se olvidan de todo eso, porque prefieren pasar ese invierno besándose, enredando sus bigotes y barbas en una densa danza amorosa que parece no tener fin.

Y llega de nuevo la primavera, la manga corta, los días largos. Y salen al mundo a descubrirlo juntos en el reflejo de los ojos del otro. Pero algo, como una mancha de mora que no termina de salir, pone al chico muy nervioso. Su familia, tan habladora, en presencia de la muchacha se queda callada. No sabe si la gente la mira más a ella por su aspecto o a él por agarrarle la mano. Por eso a veces se la suelta, porque, a pesar de que todos la tratan bien, imagina las bromas que deben estar haciendo a sus espaldas, incluso sus amigos que, cuando empezaron a ver los cambios, lo abrumaron con bromas pesadas y preguntas que mordían como una jauría rabiosa. Ya se sabe: ciudad pequeña, infierno grande.

—¿Y si nos vamos a Madrid?

Ahora que viven en la capital, ella no tiene reparo en salir sola a la calle y hasta se ha vuelto popular. Ya no es su Mona-chica sino la de todos. ¿De dónde ha salido esa gente que quiere estar cerca de ella o asegurar que la conoce? Alaban su obra artística, aunque no ha terminado nunca ningún cuadro ni ha expuesto nada que no sea a sí misma, pero dicen cosas como personalidad, valor, influencia. Mientras tanto, él se va haciendo más enano, atrapado en sus pensamientos como pelos en el filtro de la ducha.

Una noche que ella tiene un sarao de esos a los que la invitan porque con pelo hace más bulto, él sale por otro lado y conoce a una muchacha que ha venido a hacer turismo. De pelo claro, alta, educada, sin barba, tan depilada que a su lado se siente un oso. Él habla de más y la rubia *imberbebrada* escucha que está a punto de robarle el novio a aquella tía lanuda de Lavapiés de la que todo el mundo habla y que es portada esa semana en la *Time Out*.

El aspirante a poeta usa frases del parvulario de las rupturas para dejar a la chica por otra. Los amigos, aquellos muchachos de su ciudad natal, le dicen Anímate, hombre, si además parecía un poco chiflada. Y entre todos lo invitan a sepultar a su ex en un sanatorio mental invisible.

La chica, por su lado, compagina el desamor con retomar su proyecto de fin de carrera y acabar de una vez Bellas Artes. Después hará un máster para seguir formándose, hacerse un hueco en el mundo artístico, o quizá en el de las letras, quién sabe. Va a demostrar que no solo es una chica con pelos, que es capaz de hacer cualquier cosa que se proponga, que tiene inteligencia. No se da cuenta, pero todo lo que hace parte en el fondo de un afán por reconquistar al chico, de volver a tenerlo cerca, de dejarlo pasmado con su nueva seguridad y arrogancia, con algo que la iguale a su clase social. No lo sabe, no, pero es una perra que lo ha convertido en su amo.

Pasa el tiempo, él se vuelve a Granada con la rubia que no pincha cuando besa, y tal vez por eso cuando la besa se acuerda de la otra: su Mona-chica, su Yeti, su Gran Bola de Pelo.

Una tarde de invierno la ve de lejos con sus amigas: los ojos como grillos brillando en la oscuridad, los pantalones largos, el vello de la nuca derramándose sobre el cuello de la camiseta. Los amigos le dan un titular: «Mona cultivada visita la provincia». Pero él se acerca igual a saludarla.

Las amigas-lobas le sacan los colmillos, y ella les dice que estén tranquilas, que todo está más que superado. Al darse dos besos, él aprecia que se ha dejado también crecer muchísimo el cabello, que la suavidad de su nariz sigue pareciéndose al lanugo de los recién nacidos. Se acaricia la suya con las patillas de ella y, en unos segundos, ese olor a piel cubierta de pelo es un pinchazo que hace que se le desinflen las piernas. Esa noche le enviará varios mensajes para que se vean.

Como no contesta, acaba por usar el teléfono como lo hacía la gente de mediados del siglo XX.

Han cerrado la tetería, pero encuentran otro sitio para que se encuentren ellos. No toman nada, para qué perder el tiempo antes de ir a su habitación de hotel.

Por el camino se fija en que también tiene las uñas largas. Él imagina cómo se las clavará en la espalda cuando se metan en la cama. Le parece que ella se ha vuelto más ella que nunca: nada más llegar se saca las botas y los pantalones, se pasea medio desnuda —es un decir— mientras le cuenta que cada vez sale con menos ropa a la calle.

Él no dice nada, ¿de qué podría hablar? Ella ha trabajado tanto por estar a su nivel que no se ha dado cuenta de lo lejos que realmente están ahora la una del otro. Está fantástica en toda su pilosidad y nadie puede ver el disfraz de loba sobre su propia lana de cordera.

Se besan. Ella piensa: por fin, ya lo tengo, pero no disfruta el momento, ya lo hará más tarde, cuando se disponga a recordarlo inventando los detalles. Pero nada más sucede aparte del beso de seis segundos. Parece que a él, el deseo se le ha ido por el tamiz de lo conocido: las miradas ajenas, el qué dirán, el no encontrar su propio ego entre tanto pelo. Le ha gustado saber, en cambio, que le sigue resultando atractivo en la distancia a pesar de todo. Se aparta para verla y retener el momento, como Orfeo al mirar atrás. Quizá consiga escribir un poema de su antigua amada:

Ella,
con su pelo negro,
sus ojos castaños,
su vello oscuro.

Pero en lugar de eso, le dice:

—Para querer, hay que querer querer. Y creo que, ahora mismo, es mejor que todo se quede como está.

Ella se agarrará a ese *ahora mismo* durante una década.

Años después, fiel a aquella frase de poeta, no escribe, tampoco conserva a ninguno de aquellos amigos, perdidos todos como momias envueltas en mayores desvelos, y ha cambiado de novia muchas veces, porque en eso consiste no hacer nada: en no moverse o en moverse demasiado.

Un día, cuando ya casi no se acuerda de ella, recibe una carta en la que lo invitan a la inauguración de una exposición colectiva. Al ver el título de la muestra, acude sin pensarlo.

La busca. Da vueltas por la sala entre la gente, sin dar con ella. Entonces se detiene ante una de las obras. Sabe que es la suya: un *collage* fotográfico hecho de imágenes de partes de un cuerpo lleno

de eritemas, enrojecidas por sarpullidos y erupciones, casi en carne viva, una piel que reconoce de inmediato, pues hace tiempo se la sabía de memoria. Las fotos, de distintos tamaños, están pegadas unas sobre otras formando una figura que recuerda a la pose del animal en el cuadro de Rembrandt. El título es el mismo que el de la exposición y el del resto de las obras: *El buey desollado*. Después se fija en una foto más oscura que hay al fondo, es como una sombra asomando por la puerta. No es una sombra —descubre—, es una mujer con la cara cubierta de pelo.

Continúa tratando de encontrarla en la sala, pregunta por ella a otros artistas que posan junto a sus versiones del mismo cuadro. Todos niegan con la cabeza; uno le aconseja que pregunte al tipo que ha comisariado la exposición. Este al fin le cuenta que no ha venido, que no la conoce en persona, que nadie la ha visto en años. «Dicen que vive en un bosque.»

COMO EN UN RESORT

La mujer estaba dispuesta a sorprender a su marido, de modo que el martes siguiente se plantó en el mismo sitio a la hora en que lo había visto salir de sus clases la última vez.

Cuando apareció por el portal se le acercó.

—Pablo...

Él la miró como si fuera la primera vez en mucho tiempo, casi como si tardara en reconocerla. La llamó por su nombre, Lola. Pero fue un Lola dudoso, le pareció incluso que la había llamado Loli, y no la llamaba nadie así desde que estaba en el instituto.

Hacía tiempo que Pablo no la miraba como lo hizo ese día, como un niño pequeño al que su padre ausente viene a recoger a la escuela. Lola no quería hablar tan pronto del tema que la había llevado hasta allí.

—Aún es temprano, ¿nos tomamos algo?

Las cafeterías estaban llenas de turistas, demasiado ruidosas. Él propuso que mejor dieran un paseo por el jardín de las Vistillas. Solo por eso ya lo notó distinto, porque a Pablo siempre le iba bien cualquier cosa —*ese bar mismo*—, no era delicado. Si acaso, le molestaba que los demás pusieran pegas absurdas a lo que tenían más a mano. Proponer un paseo por un sitio al que debían ir dando otro paseo era una novedad en él. Además, después de observarlo de reojo, vio que tampoco hacía eso con el cuello, ese tic nervioso que lo acompañaba a todas partes y que daba la impresión de

querer espantarse abejas de la cabeza. ¿Y esa camisa? No se la había visto antes. ¿Cuándo se la había comprado si él no se compraba nunca nada? La verdad es que le quedaba muy bien. Pero lo que mejor le sentaba es cómo la miraba a ella. Caminaron en silencio hasta que Lola comenzó a impacientarse porque Pablo no decía nada. Iba a abrir la boca para preguntarle que desde cuándo tocaba la flauta travesera, pero le salió otra cosa.

—¿Es que no te sorprende que supiera dónde podría encontrarte?

Pablo la miró como se miran los niños las encías cuando se les acaba de caer un diente.

—Me sorprende más que estés aquí. Que estemos aquí los dos. Es increíble. Estás más guapa que antes.

—¿Que antes? —Lola no le reconoció el modo de hablar. ¿Qué quería decir?

—¿Estás con alguien?

Un momento: ¿estaba Pablo proponiendo una fórmula amorosa para parejas que llevan toda la vida juntas y se aburren? Lola decidió seguirle el juego.

—Por lo civil. Dos criaturas. ¿Y tú?

Él meneó la cabeza. A Lola le molestó un poco que para el juego no se le hubiera ocurrido a ella lo de renegar de sus hijos, pero, en fin, quizá eso de estar casada también tuviera su encanto.

Pablo se interesó entonces por saber cómo había sabido dónde encontrarlo, pero ella ya no tenía las mismas intenciones de esa mañana. Quería seguir jugando.

—Me estuve informando ahí mismo para asistir los martes a clases de canto.

—Entonces te veré a menudo —dijo él.

Lola miró el reloj, deberían dejarse de tonterías. Se hacía tarde, había que recoger a los niños del colegio y le enojaba que en todos estos años —aunque no sabía desde cuándo disfrutaba él de tiempo libre— Pablo no se hubiera hecho cargo de eso.

—¡Otra vez! —clamó al aire.

—¿Qué sucede? —preguntó Lola.

—Que me he dejado el instrumento en las clases. Tengo que correr a por él, lo siento.

Dejó a Lola con los reproches en la garganta, la cara de enfado, los puños sujetando una nada hecha de grumos de mala leche. Mientras se alejaba, se giró para correr unos pasos de espaldas y mirarla y lanzarle besos. Entonces le gritó ¡Te veo el martes!

A ella le cambió el gesto porque no era una pregunta.

Al llegar a casa con los niños, Pablo ya tenía ropa de andar por casa, el pelo mojado después de una ducha, y estaba preparando la cena.

—¿Qué tal te ha ido hoy?

Lola se rio por la nariz, tenía que reconocer que su marido estaba hecho un profesional. Los niños y ella se asomaron a la sartén y vieron cómo las setas se encogían de tamaño. Tenían hambre.

Durante la cena estuvo muy callada, pensando si seguir con el juego el martes que viene o esperar a que los niños se fueran a dormir, pero para cuando terminaron entre todos de recoger la cocina y meter los platos en el lavavajillas, Pablo dijo que estaba agotado y se fue a la cama.

Ella no estaba tan cansada. Se quedó un rato más en el sofá rumiando el día de hoy. Había pasado veloz, todos los días pasaban en los últimos años fugaces como un accidente, sin embargo, sintió algo en la tripa al pensar lo larga que se le haría la semana hasta el

próximo encuentro fuera de casa y eso, de alguna manera —decidió —, la rejuvenecía.

Se presentó en las clases de música a la hora que había acordado con la escuela. Había llamado unos días antes con la intención de apuntarse. No tenían apenas huecos, le dijeron, pero de todos modos el profesor tenía que hacerle una prueba de aptitud antes de matricularse. Aunque el sitio parecía pequeño y no tenía página en internet, por teléfono le parecieron muy profesionales: le aconsejaron que comiera temprano para traer la digestión hecha, pues no se cantaba tan bien recién comida.

Se fijó en que había solo tres puertas tras cruzar la de la entrada. La prueba y sus clases, en caso de ser apta, serían en una estancia de techos altos y grandes ventanales que daban a la calle.

Se sintió intimidada y su voz vibró dando cuenta de ello, pero consiguió afinar lo suficiente como para que la admitieran y, ese mismo día, aprendió algunos conceptos básicos con su nueva profesora, a pesar de no estar atendiendo del todo, pues casi no podía pensar en otra cosa que no fuera ver a Pablo en una hora. A veces le parecía poder oírlo tocar la flauta dos salas más allá.

Se encontraron a la salida, volvieron a optar por un paseo, porque hoy también bullían los bares. Ese día en el parque hablaron de las clases.

—¡Por qué no habíamos hecho esto antes! —acabó gritando ella entusiasmada.

Le parecía que tener los martes para ellos —para sus cosas primero y para estar juntos después— era como un día en un resort. Pero al ver la cara tan extrañada que le devolvía Pablo, como la de un cachorro que no encuentra a su humano, Lola se apeó del juego por un instante y le preguntó desde cuándo iba a clases de música.

—Desde que nos dejamos.

Así que quiere seguir jugando, pensó Lola.

—¿Y cuándo fue eso?

—Pues... ya hace tiempo, ¿no? La verdad es que casi no me acuerdo.

Lola no supo qué contestar a eso. De modo que él aprovechó para decirle que la había echado mucho de menos mientras le acariciaba la mano. Ella entendió aquellas palabras como una alegoría del abandono de sí mismos por el ruido de fondo que los embargaba desde hacía años: el trabajo, la crianza, el insomnio ante algunos problemas económicos, pocos, afortunadamente. ¿Dónde había ido a parar su deseo? A los martes tras las clases de música, se respondió a sí misma mientras besaba sin ningún pudor a su nuevo amante en mitad del parque, al fin y al cabo, era su marido.

Lola volvió a verlo del mismo modo al martes siguiente. Tras la clase le contó lo que había aprendido de la profesora, mejor dicho, lo que había aprendido de sí misma, pues según le había asegurado, tenía una voz hermosa y potente escondida que poco a poco iría emergiendo.

Así fueron encontrándose una vez por semana (y también en casa cada día, aunque de otra forma) en los meses que siguieron. Algunas veces no se veían, porque la vida a su alrededor también continuaba: un niño caía enfermo o Pablo tenía cita médica o ella tenía que ir a algún entierro, pero se excusaban el uno al otro con mensajes al móvil que casi parecían telegramas. «Niño con fiebre»; o «Acatarrados toda la semana»; o el mensaje más largo de todos: «Ha fallecido el padre de R, no voy a canto porque iré a verla, pero llegaré a recogerte después de clase».

Ese martes Lola quedó con la amiga del padre muerto. No hacía tanto que ella había pasado por lo mismo y sabía cómo acompañarla. En su encuentro consiguió que llorara e incluso que se riera, y un poco para animarla y otro poco para compartir su regocijo, quiso contarle el extraño idilio que estaba viviendo con su marido. Lo del tiempo libre, las clases de música, los besos en el parque. No sentía nada tan excitante desde hacía años. La muerte de su propio padre había terminado de acurrucarla en la rutina más pura, en lo conocido, como suplicando al mundo que no hubiera más sobresaltos, que todo se quedara como estaba. Le cuenta a su amiga que, durante los días que siguieron al entierro, lo único que podía hacer era esperar a que los niños se fueran a la cama para ponerse *El silencio de los corderos*. Pablo la miraba confundido, como un murciélago que ha acabado colándose en un salón. Te la debes saber de memoria, le decía, pero no se quejaba por tener que ver lo mismo cada noche y hasta se aprendió algunas frases míticas de la película con Hannibal Lecter —«*Quid pro quo*, Clarice» o «Desde aquí huelo tu coño»— que acabaron por hacerla reír y anular la intención fúnebre de aquel ritual televisivo.

Nada como reír para celebrar que estamos vivos, pensó Lola antes de contarle su aventura. Lo hizo a su estilo, como un torbellino, deleitándose en algunos detalles nada importantes y, al final, tuvo que marcharse sin poder terminar la historia porque, si no, no llegaría a su cita con Pablo. Salió casi corriendo, con las últimas frases escurriéndosele de entre los dedos.

Era demasiado tarde para recogerlo de las clases, así que se dirigió al parque donde solían pasear. Sabía que lo encontraría en el banco de siempre pero el gesto se le agrió a Lola esa tarde nada más verlo. No estaba solo, había una mujer allí sentada, de

espaldas, con algunos arbustos que le impedían observarla por completo. Pablo dirigía su cuerpo hacia ella, como a punto de besarla.

Lola siguió caminando por inercia en aquella misma dirección cuando su móvil comenzó a vibrar en el bolso. Eso la hizo salir del limbo triste en el que se estaba metiendo sin entender nada. El móvil continuaba zumbando como una mosca grande y torpe chocando contra el vidrio de una ventana. Cuando por fin lo sacó se quedó unos segundos mirando en la pantalla el apelativo cariñoso con el que había bautizado hacía muchos años a quien la llamaba.

Deslizó el dedo y escuchó como si el sonido procediera de una nave en mitad del espacio. La voz decía que habían tenido una fuga de agua en la oficina y que los habían mandado a todos a casa, que no hacía falta que ella volviera con prisas, que él se encargaba ese día de recoger a los enanos. Los enanos. Así llamaban a sus hijos. Lola seguía mirando al frente, trémula como la llama de una vela antes de apagarse, mientras al teléfono se repetía una pregunta. «¿Vale? ¿Vale?»

—Vale —respondió al fin ella—. Gracias, Pablo.

Al oír ese nombre, el hombre en el banco dejó lo que estaba haciendo para asomarse. Todavía tenía la mano acariciando el cabello de aquella mujer que, sin necesidad de que se girase, Lola había reconocido hacía tan solo unos instantes.

LOS SUEÑOS, LOS DUEÑOS

Las últimas palabras que me dirigió, un enigma fruto de su desesperación —me lo repito: fruto de su desesperación—, me hirieron hasta darme náuseas, fiebre y un dolor agudo en la garganta. Me he prometido no reproducirlas aquí, no escribirlas jamás en ningún lado, como un conjuro que no debe pronunciarse. Si no fuera porque no estaba sola cuando las dijo, me consolaría pensando que son un dolor inventado.

Desde entonces sueño con él cada noche, y de alguna forma esas imágenes intentan repararme por dentro.

En uno de esos sueños somos dos pájaros azules que vuelan tranquilos hacia el mismo sitio. A la vez también soy una humana que observo esos pájaros y, porque prefiero pasar el tiempo mirándolos, no llego a una cita importante. Creo que la cita, por cierto, también era con él.

En otro está en el centro de un altar que parece una cama enorme, a varios metros del suelo. Allí se suben y bajan todas mis amigas, le traen flores o juguetes, como en un funeral indio.

En otro vamos en un autobús con mucha gente, los dos tenemos la misma edad o tal vez yo soy mayor que él, no recuerdo, entonces salen algunos pasajeros y conseguimos sentarnos juntos. Después me ofrece la mano y no sé si agarrársela, pero lo miro y miro su mano huérfana y me da lástima; yo me veo mayor para que nos cojamos de la mano en el autobús, pero pongo la mía sobre la suya para que no sienta desprecio alguno, no quiero hacerle daño.

Otra noche sueño que tengo la posibilidad de alumbrarle, de darle a luz y traerle de nuevo a la vida, deseo que sea una muy distinta, en la que todo le haga querer y sentirse querido, pero de dentro de mí sale una cosa deforme, pequeña y azul como los pájaros del otro sueño. Tampoco se mueve ni respira, pero, aun así, decido sacarlo a la calle conmigo para que vea el mundo. Me cabe en una mano, como el puñado de palabras que en cuarenta y seis años pude intercambiar con él. Sé que son pocas y, como digo, las últimas me sobraban.

Al final quiso hacer lo que hacía siempre, convertir algo importante en un trámite, y a mí me cuesta aceptar que viviera su partida como quien se golpea de bruces contra una administración. «No hemos podido adjuntar su solicitud.»

Arrastro la sombra de un catarro desde que dejé sus cenizas junto a las de su madre. Lo había pedido hacía tiempo y quise hacerme cargo yo, llevarlas en una mochila a mis espaldas como una especie de ceremonia íntima, pensando en cerrar así una etapa.

Qué equivocada estaba, no sabía que aquello no era ni el comienzo, que en cuanto regresara a casa me quedaría sin defensas, que durante meses estaría lidiando una especie de guerra, que dos semanas después de pasar por el cementerio mi garganta se cerraría hasta nuevo aviso. A todo le encontraré un significado, como que no necesitas la voz para hablar con alguien que no te oye. Tampoco recordaré haber estado tan dolorida antes.

Meses más tarde ya no tengo esa tos que hacía que me acordara de él de manera continuada, pero todavía noto un carraspeo que no se va, algo así como el moco que se queda después de meterse un tiro. Intento tragarlo o escupirlo pero no lo consigo, hasta fuerzo la

tos para que salga y no sale nada. Y sé que lo que voy a decir puede resultar raro, enfermizo, hasta paranoico, pero es que de verdad lo siento en todas partes. No como cuando aún estaba aquí y se me caía un vaso al suelo y venía a mi mente, no —que además desde entonces se me caen tres por semana—, sino porque creo que es, o mejor dicho: está, en cada pequeño desastre. Hasta en el gargajo que me sube y me baja por la garganta.

Más cosas estrambóticas: escuché en algún sitio que a veces buscamos compañías que presentan características similares a las de un familiar cercano, solo que esos rasgos identitarios que nos parecían insoportables en nuestros parientes nos resultan tolerables en esas nuevas amistades. Dicen que es una forma de reconciliación, pero yo diría *de resignación*. Miro a las gatas y me pregunto cuál de ellas se parece más a él. De primeras pienso que la mayor, que llegó del refugio con problemas para relacionarse, aunque a lo largo de estos años ha demostrado una capacidad de adaptación que ya quisiera, así que me decanto por que se parece más a la pequeña: es más antipática, no se deja coger nunca y, además, no parece un gato, como él no parecía un padre muchas veces, por ejemplo, cuando se escondía en alguna habitación porque llamaban a la puerta.

Me contaron que a su abuelo le pasaba lo mismo, pero de forma tan exagerada que un día se quedó sin poder ir a trabajar. Se había escondido en un armario para no ver a la visita, pensando que se iría enseguida, pero pasaban las horas y allí aguantó el abuelo hecho un ovillo hasta que llegó la hora de comer y tuvieron que marcharse.

Mi padre no lo sabía, pero, de niña, yo también me escondía en el armario o debajo de la cama, con las pelusas, y cuando se me quedaron pequeños esos espacios pasé a encerrarme en el baño. Somos de una estirpe gatuna. Nos gusta acercarnos a veces, en

cambio y paradójicamente, el que nadie se nos acerque no nos gusta tanto, como si encontráramos disfrute sabiendo que podemos rechazar a otros seres humanos. Eso explicaría por qué no he sido dotada para tener hijos sino un par de felinos que me recuerdan a él, y mi propio cuarto: para romper ese cordón azul y atrofiado, ese árbol genealógico de infancias despobladas de caricias. Desencantadas.

Dejé este texto a medias hace tres meses y los sueños han cambiado, ya no me agradan ni me reconfortan ni reparan nada. Una noche aparece en uno serio, en su sillón, mirando películas del Oeste en su tele con subtítulos. Mi madre lo mira desde la puerta con amargura. Me dice que no sabe qué hace ahí. No se decide a acercarse a él. Me aproximo yo, como un gestor que viene a hacerle la declaración de la renta, me siento cerca, me pego a él todo lo que puedo y le digo Papá, no puedes estar aquí, estás muerto, ¿entiendes?, tienes que irte. Pero no se va, y no sé si es porque hasta después de ser ceniza sigue estando sordo.

Me despierto entre sudores. En un momento de lucidez me digo que los sofocos que sufren las mujeres de mi edad son en realidad el miedo a la muerte de nuestros progenitores. *Pérdida de hormonas*, así llamo esa noche a la pérdida de padre.

Pero también hay otra pérdida más difícil de explicar. Un joven que conozco dijo algo así como que en su vida se sentía atravesado por «lo trans». Sé que es trans porque la primera o segunda vez que hablamos lo explicitó. Si no lo hubiera mencionado, yo no lo habría distinguido de otros chicos, la verdad, pero decirle «No se te nota» es ridículo porque, de igual manera, a mí tampoco se me nota que estoy atravesada por «lo padre».

Es como si con su muerte me estuvieran amputando una parte de mi identidad que me definía: la de estar estresada por él, por sus ideas, por cómo me comportaba en su presencia. Por llevar una doble vida: una en la que me creo yo misma, lo que quiero ser y creo que soy a pies juntillas; otra en la que voy a comer a su casa y apenas hablo ni me muevo ni pienso en lo que dice para que no discutamos otra vez. «No le hagas daño: que no te note demasiado que él representa todo lo que te pesa en este mundo.»

Es duro no tener ninguna idea en común con una de las personas que ha causado, aunque sea durante unos minutos —doce, según el estándar—, que tú estés aquí. ¡Y que ni siquiera el hecho de oírle decir tantas veces «Palestina libre» tenga que ver con el «Palestina libre» que quiero yo!

Y una vez que esa fracción de mí que me ha atravesado y angustiado ya puede irse, siento que está sucediendo de forma violenta: me está desgarrando como en una película gore. Sangre y vísceras. *Tu madre se ha comido a mi perro*. Mi padre se ha comido lo que llevaba de vida. Se ha ido y con él, la parte mía que yo pensé que más odiaba. Y ahora resulta que mi cuerpo, esta cosa que soy, que me compone, se había acostumbrado tanto a ese estrés que me causaba que hasta lo echa de menos —supongo que a él también—, ¿no es eso?

No éramos enemigos ni estábamos en guerra, pero la solución para alcanzar la paz definitiva siempre precisa una fórmula idéntica: renegar de cualquier destello de identidad, tanto individual como colectiva. Y es tan difícil —porque siempre se impone el más fuerte y no es justo— que solo me queda conformarme con que al menos los dos queríamos la vida para el mismo pueblo.

Ahora quiero hablarte como si estuvieras aquí porque ya da lo mismo o porque estás mucho más que antes de que no estuvieras. Has sido la medida de todas mis cosas y una verdadera referencia para mí, para intentar no ser como tú.

Vivir intensamente; no pensar la vida como una obligación o un trabajo; entender que cualquier trabajo es un sistema carcelario, aunque a veces creamos que nos gusta; no cumplir, sino dar; dar si me apetece: sin medir; no tomarme tan en serio a mí misma; reírme todo lo que pueda cada día; mirar el dolor de frente; pedir ayuda para aprender a ayudar; y no tener tanto miedo a amar a otros —incluso a ti.

De mis diez mandamientos, el último, por herencia, es el que más me ha costado seguir. Dejar de temer amar a alguien, no vaya a ser que se muera y no sepa afrontar su pérdida. Mira qué mal, pero qué mal estoy gestionando la tuya. Reproches, cosas no dichas, abrazos sin dar, todo eso se perderá como las lágrimas en la lluvia de *Blade Runner.* Somos un *spinoff*, papá, otra historia de replicantes.

Desde tu marcha no ha parado de llover. Se prevén más chubascos en los dos próximos meses que en las dos últimas décadas. También está helando. Temo que se instale para siempre febrero en la región, a pesar de que ya estamos en marzo. Creo que esa lluvia eres tú, que sigues empeñado en no dejarme *salir de fiesta*.

Hace unas noches soñé con dos antiguos compañeros de universidad. Aparecen muy jóvenes —éramos casi unos críos cuando nos conocimos—. Han venido a unas conferencias de su empresa que al parecer es la mía. Aunque vivo en esa ciudad, llevo una maleta y una mochila, como si yo también estuviera de viaje. Los

acompaño a su hotel, lejos del centro, de la parte bella, de la parte histórica.

Tengo ganas de volver a mi casa, a mitad de camino entre el centro y ese hotel. Los invito a que se pasen por allí cuando les apetezca. Quiero irme cuanto antes pero aún no puedo: estamos esperando a que venga alguien —un cliente, un accionista, un *stakeholder*— a esa habitación compartida.

Preparo el escritorio, lo dejo limpio, ordenado, para cuando llegue. Estoy nerviosa, sé que esa persona no estará de buen humor, pero yo me esmero para facilitar las cosas en todo lo posible. Llaman a la puerta y antes de abrir ya sé que eres tú. Te doy dos besos, me los devuelves rápido, sin mirarme a la cara —como hiciste tantas veces fuera de este sueño—, parece que estás especialmente enojado. Yo finjo que todo va bien, que no noto tu acritud.

Saco unos papeles de mi mochila para llevarlos a la mesa, pero con un gesto me dices que te los dé cuanto antes. No vas a sentarte, ni siquiera les echas un vistazo, solo los firmas sobre la cama. Y sin decir nada más, te vas dando un portazo. Los chicos y yo nos asomamos suspirando a la ventana. Las vistas son aburridas, un descampado hasta donde no alcanza la vista. Uno de ellos guarda los papeles en una carpeta, el otro juega a subirse a lo alto de una estantería y a lanzarse en bucle al sofá. Sin que parezca divertirse, dice que al menos la habitación no está tan mal. Yo cierro mi mochila, cojo mi maleta y me quedo un momento mirando, antes de irme, a cada uno hacer sus cosas.

Despierto triste, como si hubiera revivido tus horas culminantes.

Esa fue la última vez que creí soñar contigo.

CORTARSE EL CABELLO

Dos niñas rubias, unidas la una a la otra por largos cabellos, aparecen en una sala de exposiciones e interactúan entre sí. Las vemos jugar haciendo uso de un lenguaje propio de hermanas gemelas que se hallan en su mundo. De vez en cuando prestan atención a las otras obras que hay alrededor, pero en ningún caso hablan con los visitantes que andan por allí, entre los que me encuentro yo. Todo esto forma parte de una *performance* del brasileño Tunga, reactivada por un equipo de la Tate Modern, ya que el creador falleció en 2016.

Acompaña la *performance* un texto en el que el artista asegura que la idea parte de una leyenda nórdica en la que dos gemelas unidas por el pelo, que son uña y carne, viven en un pueblo donde el resto de los habitantes ve esa dificultad para separarse como una amenaza. De niñas son toleradas, en cambio, al alcanzar la juventud se ven amenazadas y, ante la negativa a cortarse el cabello, acaban finalmente decapitadas. Como recordatorio, dejan sus cabezas colgando de un árbol, donde se van pudriendo hasta desprenderse los cráneos de los largos cabellos, que parecen quedar abandonados, suspendidos como telas de araña entre las ramas y que los pájaros podrían haber utilizado para mullir sus nidos, si no fuera porque la leyenda continúa con la aparición de un forajido que se los lleva para regalárselos a su amada y esta, tomando solo dos de los cabellos, decide utilizarlos como hilos para bordar. Termina el

relato con que la muchacha notó que con el paso del tiempo esas hebras se convertían en oro y otros metales preciosos.

Aunque pronto se supo que la leyenda nórdica no era tal cosa, sino que pertenecía al mundo creativo de Tunga, esta pieza es la que más me obsesiona de la obra y estoy segura de que, como la mayoría de historias, incluso las que creemos inventadas por nosotras mismas, parten de otras que ya existen. He encontrado dos que, si no fueron el germen de la performance, al menos podrían estar relacionadas.

La primera no se desarrolla en un pueblo vikingo sino en uno de Estados Unidos a principios del siglo xx. Trata de dos niñas gemelas rubias de largos cabellos unidos en una sola trenza. No necesitan abrir la boca para hablar entre ellas. Eso asquea bastante a la familia de la que proceden: una muy numerosa y de pocos recursos, por eso sus padres quieren casarlas cuanto antes y así tener dos bocas menos que alimentar, pero ellas se niegan a hacerlo porque eso supondría tener que separarse, y ellas se han jurado la una a la otra que siempre permanecerán unidas. Han construido un evangelio propio y creen con fervor que, si se cortan el cabello, sucederá lo peor.

Frente a la perspectiva de un destino catastrófico, una noche deciden escaparse y, de este modo inseparable, van viajando de pueblo en pueblo, ganándose el pan como pueden, a veces de formas que quitan el apetito, pero siempre a un escaso metro y medio la una de la otra.

Mientras que una de las gemelas es impulsiva, protestona e impaciente, la otra es calmada, calcula sus ideas bien despacio y tiene un gran poder de convicción. La primera es romántica y soñadora; siempre es la última en dormirse: prefiere quedarse despierta imaginando que la vida les depara algo extraordinario —

más extraordinario que lo que ya les pasa—. La segunda, en cambio, es muy madrugadora; se duerme enseguida por las noches, agotada como está por el ajetreo diario. Es sensible a lo que las rodea, pero siempre tiene los pies en la tierra.

Un día llegan a un pueblo la misma semana en la que aparecen unos feriantes con su circo. Creen que encontrarán ahí algo de trabajo y quizá un poco de diversión. La gente es amable, las ven como el toque de sal y pimienta que le faltaba a la feria, y no dejan de alabar el curioso cabello que las une. Deben ser parte del espectáculo, piensan algunos.

Un niño, hijo del reverendo, las anima a que participen en un concurso que se celebra cada año por esas fechas en el que se busca a la chica con el cabello más largo. Suele haber mucha competencia; se presentan mujeres de toda la comarca, pues el premio es una cuantiosa suma de dinero. Suficiente para comprar una casita preciosa, olvidar nuestras antiguas miserias y empezar una vida en el mismo pueblo —se dice una hermana a la otra.

El día de la competición, dejan a todos boquiabiertos al postularse como una sola concursante, qué más da que sean dos, si la cabellera que las une casi toca al suelo. Consiguen adelantarse a otras veinte candidatas hasta llegar a la final del concurso, pero hay otra chica, pelirroja, ganadora el año anterior y el anterior y el anterior y, además, autóctona, cuyos cabellos arrastran un metro por el suelo, así que los miembros del jurado dictaminan que ella será la ganadora de nuevo. A menos, claro, que una de las dos gemelas se corte el pelo muy corto para ceder el suyo a la otra. Les dan una noche para que se lo piensen.

La gemela impulsiva dice que se lo cortará ella para que su hermana gane el concurso. La otra dice que ni hablar, que siempre han estado así, que no vale la pena separarse por eso. Deberíamos

irnos de este pueblo, dijimos que siempre estaríamos juntas, ¿recuerdas?, le dice para convencerla. De acuerdo, mañana nos iremos, se conforma la primera.

Pero la una no se fía de los arrebatos de la otra y esta vez espera largo rato despierta, pues sabe que su hermana habrá guardado unas tijeras bajo la cama para cortarse el cabello en cuanto ella se quede dormida. Finalmente, la más impulsiva cede rendida al sueño y la otra aprovecha para tomar las tijeras.

Poco antes del amanecer, la hermana apasionada despierta, por primera vez, antes que su gemela, que tardó en dormirse más que ella. Se gira buscando las tijeras a oscuras, pero no las encuentra. Piensa que su hermana las habrá encontrado. Entonces se vuelve hacia ella y ve el brillo del metal surgiendo de entre sus manos. Pobre, piensa, se ha quedado dormida custodiando las tijeras. Con sumo cuidado se las quita y, antes de que se haga de día, se dispone a cortarse el pelo a la altura de la nuca. Cuando la luz ya llena el cuartucho rentado, la gemela, que sostiene un último mechón de cabello entre sus dedos, descubre que su hermana también se lo había cortado.

De esta historia hay a su vez dos versiones con finales distintos. En uno de ellos, la hermana que se lo cortó antes yace muerta y, al descubrirlo, la que sigue viva no lo soporta y se clava las tijeras en el pecho. En el otro, ambas hermanas, ahora con el pelo muy corto, se abrazan, cada una emocionada ante la bondad y generosidad de su gemela, y llevan ante el jurado los larguísimos cabellos de los que se han liberado amarrados a un palo. Después se alejan del pueblo cogidas de la mano.

La segunda historia, que de las dos es mi favorita, no dice dónde se desarrolla ni cuándo, pero podría ser hace siglos en cualquier

lugar que imaginemos. Se parece en algo a la anterior, también hay una fiesta y un concurso para ver quién tiene el cabello más largo, pero el premio, irónicamente, consistirá en cortarlo.

El cuento comienza también con unas niñas gemelas. No eran hijas del pueblo, sino que fueron encontradas por un cazador en la espesura de una selva. Se hallaban dentro de un cesto de mimbre demasiado pequeño para transportar a dos bebés. Dormían espalda con espalda y, en ese momento, el cazador no advirtió nada extraño. Sin embargo, al llevarlas con su esposa, esta se dio cuenta de que no podía separarlas: sus negros, tupidos y rizados cabellos parecían estar unidos.

—Deben estar enredados —dijo la mujer—, trae unas tijeras.

Cuando el cazador cortó el primer mechón, las niñas comenzaron a llorar al unísono como si les hubieran amputado las manos. La mujer tocó el cabello recién cortado y sintió humedad entre los dedos: un hilillo de sangre se escapaba de entre los rizos. Como nueva madre adoptiva, por puro instinto, comprendió que debía unirlos de nuevo. Aseguró los dos mechones de cabello apresándolos con una cuenta dorada, una como las decenas que ella misma usaba para adornar las puntas del suyo, cortado desde no hacía tanto, pero que ya le había crecido lo bastante como para cubrirle las orejas.

El verano anterior, cuando aún le llegaba por los tobillos, la mujer había sido elegida ganadora en el Duelo de la memoria, un certamen que se celebraba cada año y en el que se presentaban chicas y mujeres con el pelo muy largo. Solo dos llegaban a la final, en la que debían demostrar la fortaleza de sus cabellos ayudándose de estos para arrastrarse la una a la otra, tirando como mulas, sin perder un solo pelo. La vencedora siempre era agasajada con cuidados

capilares: un buen lavado de cabeza y varios masajes con ungüentos, para después peinar y desenredar, antes de cortar el larguísimo cabello que finalmente se usaba para tejer el tapiz con la historia ilustrada del pueblo. En él podía verse desde el asentamiento de las primeras familias en la zona hasta el suceso más reciente: la marcha de la región, hacía unos meses, de tres jóvenes en busca de aventuras.

En algún momento los nuevos padres se preguntaron cómo advertir a estas criaturas que no debían separar sus cabellos, pero parecía innecesario, como no hace falta decirle a un niño que no se arranque la lengua con sus propios dientes.

Las gemelas cumplieron las siguientes primaveras sanas y salvas, con un padre y una madre y muchos hermanos, amparadas de cariño en una hermosa comunidad, pero a medida que crecían, aumentaba la distancia que ponían entre ellas y el resto; no se sabía si era por el pasado común que compartían, ese que para los demás era un misterio y acababa en un canasto de mimbre, o se trataba solo de un vínculo cimentado por la costumbre de peinarse los mismos cabellos.

Y qué cabello: fibras tan rizadas y mullidas que les servían de abrigo, de escultura, de escondite. Así aprendieron a enredarse y desenredarse la una a la otra y, pasándose el peine con cuidado de no romper el minúsculo abalorio dorado que puso ahí su madre, fueron inventando un lenguaje secreto con el que se contaban historias, a veces tan enmarañadas como los bucles apretados de sus cabezas.

Un día dejaron de ser diminutas para convertirse en unas jóvenes espléndidas. Aquella cuenta que había usado la madre para sellar su extraña unión ahora golpeaba el suelo a cada movimiento. Al igual que otras chicas del lugar, también ellas tomaban infusiones de romero y diente de león para fortalecer su pelo y prepararse para participar en el Duelo de la memoria. Y consiguieron llegar a la final y acabaron compitiendo entre ellas mismas muertas de risa arrastrándose la una a la otra por el suelo. Fue un gran espectáculo que la gente del pueblo disfrutó y aplaudió con ganas. Por eso el jurado decidió que las dos eran dignas del premio. Las sentaron juntas y comenzaron la ceremonia lavando sus cabezas como si fuera una sola. Después llegaron los masajes previos al corte de pelo. Pero cuando estaban a punto de pasarles la tijera, la madre detuvo el ritual contando a todo el mundo allí presente lo que les sucedió de pequeñas. Nadie sabía si podía ocurrir lo mismo que entonces, de modo que, por si acaso, las gemelas cedieron el duelo y el premio a otras mujeres. Sin separarse, decidieron convertirse en tejedoras para poder contribuir al tapiz histórico de otra manera.

Pasó un tiempo que ellas midieron por la longitud que alcanzaban sus cabellos y tejieron, por ejemplo, cómo una pantera se había comido a un niño, cómo un caballo había salvado a una mujer de ser encarcelada en un juicio y hasta cómo sus propios hermanos se fueron marchando de casa uno a uno para formar nuevas familias. Una de las gemelas deseaba poder hacer eso mismo o ver mundo o estar sola, completamente sola más allá de los dieciséis codos de pelo que la unían a su hermana. Al menos de vez en cuando, se decía sin poder evitar que la otra le leyera el pensamiento. Tal vez fue la tristeza al descubrir esto lo que hizo que su gemela cayera enferma. La primera se sintió tan culpable que no se despegó de ella

ni siquiera después de muerta. No quiso cortarse el pelo y no solo por la culpa y el temor a hacer manar una herida, sino por no saber de verdad cómo se vive, cómo se es o quién se es sin esa persona al lado.

Un manto de pelo negro brotaba como cualquier otra hierba del cementerio hasta enterrarse en la cabeza de la hermana viva, que junto a la tumba dormía y comía y moraba, negándose a separarse de ella (o a descubrir, en caso de cortarse el cabello, si por ello se desangraría).

Al acabar la primavera, los padres y los hermanos fueron a visitarla, a llevarle comida, y hasta un pequeño telar donde pudiera seguir tejiendo para entretener sus manos, porque las historias, como la vida, continuaban. Así, le contaron algunos sucesos nuevos a fin de animarla a volver a hacer algo para el tapiz de la memoria. Pero ella prefirió quedarse allí, tejiendo anécdotas en miniatura. Eso sí, cada vez eran más pródigas:

Una mariposa vuela.
Un gusano agujereó una manzana.
Dos abejas libaron juntas y, borrachas de néctar, se quedaron dormidas en un mismo girasol.

Estando un día concentrada en la labor, una bobina de hilo se le cayó al suelo y salió rodando por una pequeña pendiente y no paró hasta salir del cementerio. La mujer, en un acto reflejo, olvidó dónde comenzaba y terminaba su cabello y corrió tras el ovillo hasta alcanzarlo. Lo tomó y, ya que estaba en pie, siguió caminando hasta llegar a su casa. Fueron sus hermanos los primeros en darse cuenta: su pelo era tan fuerte que había desenterrado los restos de su gemela.

Decían que su cabello había crecido tanto que cuando algún vecino del pueblo la veía pasar al mediodía, otro se encontraba con el esqueleto de su hermana al atardecer arrastrándose tras ella.

El tiempo discurría y ahora la mujer lo medía por el color del pelo: del negro al gris y del gris al blanco. Mientras su familia crecía por un extremo y menguaba por el otro, el esqueleto se fue desmembrando hasta quedar solo el cráneo de la gemela como fin de sus cabellos.

Una noche que caminaba sobre sus pasos se tropezó con él. Se alegró de verlo, hasta lo abrazó y lo besó. Después lo usó para enroscar su pelo alrededor en un gran moño; no deseaba perderlo ni volver a trastabillar. Y así lo llevó hasta que una mañana pensó que quizá ya era hora de regresar a hacer algo por el tapiz de la memoria.

Hacía años que el Duelo se había transformado en Fiesta, pues las costumbres cambian y se adaptan a las etapas de cada momento. Ya no se remolcaba a nadie por el suelo y había tantas ganadoras como personas se presentaban, sin importar si eran hombres o mujeres y, si bien el tapiz no tenía la misma calidad que antes, contaba la historia de mucha más gente.

A la mujer se le ocurrió presentarse candidata. Acudió a la Fiesta y en el centro de un círculo de vecinos lleno de expectación, pues sabían que no se lo había cortado nunca, comenzó a deshacer el rodete en el que llevaba el cabello recogido. Le llevó un buen rato. El cráneo de su gemela hacía tiempo que se había deshecho, de modo que lo único que vieron los asistentes fueron partículas de polvo que brillaban al viento. Cuando por fin pudo soltar todo el pelo, llegaron los rituales; entre seis personas se dispusieron a lavar la densa

cabellera, a masajearla, a peinarla. Pero de repente sintió un buen tirón.

—¡Ay, mi hermana! —gritó llevándose las manos a la cabeza para paliar el dolor.

Se palpó con cuidado y entonces notó un pequeño bulto. Repasó con los dedos hasta encontrarlo: era la cuenta dorada que su madre había usado para unir de nuevo aquel mechón de pelo herido. Mientras le cortaban el cabello y lo preparaban, parece que se cayó, o se perdió, o se deshizo, quién sabe a dónde fue a parar aquel objeto diminuto. La leyenda acaba con que se encuentra en el tapiz donde ella misma pudo tejer esta historia.

En las últimas páginas me gustaría tejer la mía.

UN TELAR DE HISTORIAS (EPÍLOGO)

> El cuento como forma de olvidarse por un momento de la muerte, como forma de entrar en ella o simplemente como forma de mirar hacia otro lado mientras la vida sigue pasando.
>
> MUNIR HACHEMI,
> *Cosas vivas*

El anclaje de este libro aparece a comienzos del otoño de 2024, a las afueras de Córdoba, en un lugar tranquilo donde algunas amigas nos juntamos dos o tres veces al año. Ocurrió que, en un momento de calma durante la sobremesa, me animé a contar un sueño que había tenido días antes.

Los sueños, ya lo sabemos, son un espacio de aprendizaje, de procesamiento de lo experimentado cuando andamos despiertos, y un simulador de los desafíos emocionales que la vida pueda ponernos por delante. Se componen de piezas abstractas y complejas que transformamos en algo narrable nada más despertar. Precisamente por eso también pueden ser literatura.

De regreso a casa aquel día, pensé en ese ensayo de narración oral directa e improvisada. Frente a sus reacciones más inmediatas, a sus ojos mirando sin pestañear los míos, había jugado a articular el relato mientras asimilaba de forma instintiva sus emociones presentes, para ir basculando entre lo recordado y lo inventado. Una

de las cosas que más llamó mi atención al acabar fue que nadie había dicho una palabra mientras yo hablaba; así me di cuenta de que aquel sueño ya tenía estructura de cuento. Por algún motivo nadie suele interrumpir la ficción, como si esta fuera más frágil y pudiera escaparse de la memoria si la soltamos un segundo. Y si tomé unos apuntes esa noche, fue justo por temor a que aquella historia se me olvidara. Desde entonces fui incorporando más notas e ideas —hilos de unión y soporte— al mismo cuaderno.

He procurado en algunas de estas páginas no perder el contacto orgánico de esa oralidad que se da en ocasiones de extrema confianza —como cuando una amiga le cuenta a otra una película (en mi humilde homenaje a Manuel Puig) o esta le confiesa el secreto de su felicidad—, con palabras que interrumpen o hacen variar el trayecto de una historia, porque la vida está plagada de bifurcaciones y cambios de rumbo inesperados. El giro más común suele ocurrir cuando nos cruzamos con el nacimiento de un hijo o la muerte de un progenitor. No creo que haya un arco de transformación personal más radical.

Por eso el eje de estos cuentos es la muerte de mi padre, no solo su defunción, sino también las fases previas y posteriores que se sucedieron hasta mucho después del fin de sus constantes vitales. Mientras sostenía la mano de papá en el hospital, tuve dos revelaciones: la primera, que despedirse de tu monstruo favorito —el que más miedo te da— es una suerte de privilegio que no todo el mundo aprovecha; la segunda, al verlo apagarse lentamente, que *nacer* y *morir* vienen a ser lo mismo.

Creemos conocer mejor cómo comienza la vida que cómo acaba solo porque hay más ganas de mirar o porque disponemos de mejores fórmulas para expresar las cosas o hacer que existan con más vehemencia. Decimos *parto* para denominar el proceso de

nacer, pero no tenemos nada específico para nombrar el transcurso hacia la muerte. Aunque tampoco decimos *nacerse*, pero sí manifestamos de manera natural que hay que *morirse*, como si eso siempre lo decidiera una misma, como cuando entras a la peluquería de tu barrio y dices vengo a *cortarme* el cabello, incluso sabiendo que te lo cortará otro.

El título de este libro, por cierto, es heredero del epígrafe de Dorothy M. Johnson con el que da comienzo. Pertenece a un relato que cuenta la historia de un joven que, cada vez que se adentra en el bosque con la esperanza de tener un sueño espiritual que le indique cuál es su camino en la vida, lo único que oye es el llanto de un bebé. Pero, de regreso en el poblado, los sabios de la tribu invalidan como *medicina* ese llanto diciéndole que aquello que oía probablemente no era un sueño ni, por lo tanto, una visión.

Es comprensible el veredicto: llorar puede parecer un gesto corriente, pero es que muchas veces no distinguimos un prodigio cuando lo tenemos delante, porque no viene rodeado de grandes pompas. Nunca vi llorar a mi padre, pero en cambio, lo único que es capaz de oír mi protagonista en «El hombre de azul claro» es precisamente el llanto de su hija.

Quise hacer de la muerte de mi padre el momento solemne e importante que yo necesitaba para justificar o dar sentido a todo el vacío y la incomunicación anterior. Y, como ese final no fue posible, intenté compensar la falta con la ficción de estos cuentos, hacer así el duelo del duelo de un padre que solo en algunos destellos se parece al mío. Al releerlos, me doy cuenta de que mis textos van por delante de mí, que hay tanta pérdida como aceptación de lo que no podemos controlar y que, al final, ni la fantasía ha conseguido alterar las emociones más reales. Cortarse el cabello tras su muerte habría sido algo consustancial, un tributo a cómo él requería todo: *a*

mi padre le gusta más así, práctico, funcional. Pero yo sigo viva, otro milagro sin opulencia, de modo que, mientras que mi pelo seguía creciendo, dando cuenta de una especie de rebeldía, mis personajes se lo acaban cortando para poder seguir adelante.

Volviendo a «El exilio del guerrero», el joven ya convertido en hombre, considerándose un paria por el que nadie se cortará los cabellos para honrar su muerte, decide ir una última vez en busca de esa epifanía que parece llegar sin problema a cualquiera menos a él. De nuevo en el bosque oye otra vez el mismo sollozo, aunque en esta ocasión, pensando que quizá alcanzar su medicina requiera de más esfuerzo, se levanta con la misión de descubrir de dónde procede aquel sonido. Las ondas retumbando en sus tímpanos lo llevan hasta una mujer que sostiene a un bebé que llora, con quienes más tarde regresará triunfal a la tribu. Esta historia —casi una fábula cuántica— nos dice que aquel llanto se le reveló en sueños años antes incluso de que aconteciera, o que todo acontece a un mismo tiempo.

Aparte de lo mucho que resuena en mí este relato de Dorothy M. Johnson sobre la búsqueda de identidad y el deseo de dejar huella tras nuestra marcha, meses antes de la de mi padre yo ya soñaba que se moría. Entonces, cuando todavía defendía que una podía escribir lo que quisiera, me descubrí abandonando una novela encauzada y prácticamente terminada porque me parecía frívola e incongruente con lo que me recorría por dentro.

Hay ocasiones en que las cosas —como las palabras— no son lo que ansiamos. Hasta que hice unas búsquedas rápidas en internet —como hace mi protagonista para saber quién fue Peggy Webling— pensaba que *parto* venía de *partir* o que al menos compartían raíz etimológica, pero no tienen nada que ver y, aun así, en español

también decimos *parto*, del verbo *partir*, que usamos tanto para empezar o derivar de algo como para marcharnos de un sitio, incluso de la vida.

Y es que las palabras, en mi caso, siempre me dan mucho más de lo que espero, sobre todo en estas páginas en las que la vida y la muerte se dan la mano. En estas historias se esconden arquetipos clásicos de la literatura fantástica y de terror, esos que condensan la culpa, la transgresión, los deseos prohibidos, la animalidad reprimida y las preguntas más antiguas sobre la mortalidad, solo que aquí no dan ningún miedo. Fantasmas, seres mitológicos, vampiros, zombis, mujeres lobo, hasta una criatura del pantano —o de *le bois*— se mezclan con lo ordinario en donde, por supuesto, siempre está presente el otro monstruo.

Pienso en papá y lo que más recuerdo de él, como identitario, es su sordera, pero ahora, en lugar de ver ese déficit como una desdicha, creo que era una ayuda para ocultar su otra carencia. Así se protegía del ruido del mundo. A veces, cuando lo que nos hace diferentes no salta a la vista —como una depresión crónica o un trastorno del espectro autista—, no tenemos más remedio que forzarlo, tal como él hacía cuando rechazaba ponerse el audífono. No para que nos acepten los demás, sino para poder reconocernos a nosotros mismos.

Los cuentos no son un remiendo de nada, si acaso una oportunidad, como decía al principio, de despedirme del monstruo. Por supuesto, no me refería al de mi padre, sino al que yo llevaba dentro.

He tejido este libro, esta telaraña de pelo, con las imágenes fantásticas y las anécdotas cotidianas que tenía más a mano. La mayoría de los cuentos proceden de sueños que tuve en el último año, justo antes y después de ver la partida —o el parto— de mi

padre. De esa oscuridad están hechos los hilos que unen cada historia, solo para arroparme del frío que deja una pérdida —todas las pérdidas—, desde la de una extraña mascota hasta la de nuestra inocencia. He transitado el duelo a través de unas gemelas unidas por el cabello; un hombre que busca a sus abejas desaparecidas; vampiros que viajan en un barco cuyo destino es naufragar; una joven que se marcha a vivir con los indios; un cadáver del que no quiero separarme; un bebé fallecido que acuno en mis brazos; una manzana podrida; una barba que algunos me quieren cortar, pero de la que yo me siento orgullosa.

Dicen que cada personaje que aparece en un sueño es la proyección de una misma. Si tener hijos también es proyectarse hacia el futuro, los genes de mi padre —también su legado y su memoria— ya están perfectamente integrados con los míos. Espero darles las emociones y el afecto que él no pudo tener; vivir el momento. Si no, siempre nos quedarán estos sueños.

AGRADECIMIENTOS

A Beth Hickling-Moore, por insistirme en que le enseñara uno de mis cuentos.

A Sara, Esperanza y Jana, por leerme desde su posición de madres.

A Rebeca y Olga, por leerme desde el duelo.

A Nerea, por impedir que el libro saliera con otro título.

A Elena Ramírez, mi editora, por su vista de águila, sus consejos, entusiasmo, cuidado y cariño.

Al podcast *Niños gratis*, es decir, a Paz y a Weldon, por traernos los relatos del Oeste de Dorothy M. Johnson, sin los cuales este libro no tendría sentido.

Y a Jose, por cogerme de la mano, sumarse a los días de hospital, meterse en mi familia hasta darme cuenta de que ya formaba parte de ella.

Cortarse el cabello
Rosario Villajos

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Alex Ferreiro

© Rosario Villajos, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-322-4943-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta